

LA CASA DE ARENAS MOVEDIZAS



CARLTON MELLICK III



BIZARRO

LA CASA DE ARENAS MOVEDIZAS



CARLTON MELLICK III



BIZARRO

Blurbs

«Si todavía no has leído a Mellick, no eres lo suficientemente perverso para el siglo veintiuno.»

JACK KETCHUM, *LA CHICA DE AL LADO*

«La novela de género bizarro por antonomasia, aquella que deberían recibir los lectores que sientan curiosidad por dicho género: una mezcla a partes iguales de ciencia ficción distópica, terror *survival*, comedia y extrañeza. Y, como en los mejores libros bizarros, también constituye un análisis y deconstrucción, en este caso, de la familia nuclear. Es como juntar *Flores en el ático* con *1997: Rescate en Nueva York*, con *Alicia en el País de las Maravillas* y con *Fallout 3*».»

BRIAN KEENE, *EL ALZAMIENTO Y MAR MUERTO*

«La novela más emotiva y conmovedora de Mellick hasta la fecha. En ella se pueden encontrar más ideas salvajes y originales que en todos los libros de la lista de los más vendidos del *New York Times*, juntos. Una sentida historia de supervivencia que mezcla dolor, miedo y anhelo con la maravilla, la belleza y el afecto infantiles. Para los que hayan leído antes a Mellick, la profundidad emocional de esta historia les supondrá una grata sorpresa. Para los que no, es un gran libro para empezar.»

VERBICIDE

«Carlton Mellick III es un genio con una imaginación terriblemente preciosa.»

JOE AUGUSTYN, *LA NOCHE DE LOS DEMONIOS*

«Su mejor libro hasta la fecha, construido de manera sólida sobre la estructura de una historia clásica que se ve inundada por personajes, lugares y situaciones extraños, como pasa con toda la obra de Mellick. *La casa de arenas movedizas* es apocalíptica y distópica, aunque también nostálgica, positiva e incluso esperanzadora.»

MIDWEST BOOK REVIEW

«¿El novelista más original de hoy en día? ¿El más extravagante? ¿El más impredecible? Todos estos superlativos no son fáciles de conseguir, pero Carlton Mellick es todas esas cosas y está detrás de un canon de libros que se apartan de manera irreverente de la forma y el concepto de la novela tradicional; y que aventuran al lector en una tierra de maravillas oscura y de una inventiva de lo más extraña, desmedida y sorprendente.»

EDWARD LEE, *CIUDAD INFERNAL*

«Carlton Mellick III es uno de los cultivadores del género bizarro con más talento. Un virtuoso del relato surrealista de ciencia ficción.»

CORY DOCTOROW, *PEQUEÑO HERMANO*

«Es, tranquilamente, el escritor más loco, raro, extraño divertido y obsceno de Estados Unidos.»

GOTHIC MAGAZINE

Créditos

Orciny Press

Midian nº 2

Título original: *Quicksand House*.

Primera edición dentro de la colección Midian: febrero de 2016.

© 2013 by Carlton Mellick III

© de la traducción: 2016 Hugo Camacho

© de la presente edición: 2016 Orciny Press

editorial@orcinypress.com

www.orcinypress.com

© del diseño de la cubierta: Pol Abran / Branca Studio

© de las ilustraciones: Marta Maldonado / Maldo Illustration

Maquetación: Orciny Press

Corrección: Juanma Santiago

ISBN: 978-84-945181-2-6

Depósito Legal: B-5427-2016

Queda terminantemente prohibida sin la autorización escrita de los titulares del copyright la comunicación pública, transformación, distribución y reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro, incluidas las fotocopias y la difusión por internet. Todos los derechos reservados.

Si has descargado este eBook por vías “no comerciales” y te ha gustado, quizá quieras compensar al autor a posteriori. Puedes hacerlo de manera anónima a través de paypal y al email de la editorial. Gracias. Si lo has pagado, obviamente no hagas caso.

Nota del autor

Tenía esta historia en mi cabeza desde que era un niño. Había algo en esta idea que siempre me había obsesionado: dos niños que nunca han conocido a sus padres a pesar de que viven bajo el mismo techo. Saben que sus padres están con ellos en algún lugar de la casa, pero no saben dónde. No saben qué aspecto tienen ni por qué se niegan a ir a verlos. A veces oyen una risa lejana al otro lado de la casa, huelen un rastro de perfume en una habitación o se encuentran un cigarrillo encendido en un cenicero, pero nunca han visto ni a su padre ni a su madre en persona. Es prácticamente una historia de fantasmas, solo que a los niños los acosa gente que todavía está viva.

La casa de arenas movedizas es una de las historias más personales que he escrito. La mayoría de la gente recuerda su infancia como un lugar seguro, divertido y despreocupado, pero para mí fue confusa y aterradora. Siempre tenía la sensación de que el mundo que había bajo mis pies me iba a ser arrebatado, y que tendría un futuro incierto y solitario. Con este libro he querido crear una historia que contenga esas emociones.

Espero que te guste. Esta historia llevaba años rondándome por la cabeza, y estoy feliz de habérsela presentado por fin al mundo. Es una de mis favoritas.

CARLTON MELLICK III, 17 de junio de 2013, 3:05 A. M.

La casa de arenas movedizas

Carlton Melck III

Traducción de Hugo Camacho



Uno



Polly ha crecido demasiado para la guardería.

Los brazos y las piernas se le salen por los lados de la pequeña cama de color rosa en la que duerme, y descansan sobre el suelo frío como blandas serpientes enrolladas al tronco de un árbol. Las sábanas tan solo le cubren una cuarta parte del enorme cuerpo. La almohada solo sirve para dar reposo a una de sus mejillas.

Si se pone en pie en el cuarto de los juguetes, Polly se tiene que encorvar para no golpearse la cabeza contra el techo. Cuando se sienta a la mesa en la sala del té, apenas puede estrujar el trasero en las diminutas sillas de madera sin hacerlas pedazos. Todo eso le resulta exasperante.

—¿Por qué se están encogiendo las cosas? —le pregunta Polly a la Tata Warbrough, mientras esta intenta abrocharle la parte trasera del vestido.

Antes, los vestidos le colgaban hasta los tobillos, pero ahora apenas le cubren las rodillas.

—No se están encogiendo —responde la tata al tiempo que le añade nuevos cordones al vestido para que se mantenga en su sitio—. Es solo que estás creciendo. Te estás convirtiendo en una mujer.

Polly se mira al espejo. Tiene la espalda al aire y se le ve la piel blanca y pecosa. Es la única manera que se le ocurre de ponerse la ropa que tiene, de tallas demasiado pequeñas.

—No quiero —protesta Polly. Es lo que dice siempre de un tiempo a esta parte—. Me gustaría poder tener vestidos nuevos...

Al ir a atarse una cinta en el pelo, se clava en la muñeca uno de los huesos puntiagudos que le salen de la cabeza.

—¡Ay! —grita, y se aprieta con el pulgar para cortar la hemorragia—. Malditas cosas estúpidas.

La Tata Warbrough le limpia la sangre de la punta del cuerno.

—Debes aprender a tener cuidado con ellos —le dice—. Tus cuernos seguirán creciendo con el tiempo.

—Pues yo me los quiero arrancar —responde Polly, que se los agarra y

tira de ellos—. Me hacen tener una pinta ridícula.

La tata le aparta las manos de las astas y le aprieta la cinta del pelo.

—Las astas son un símbolo de tu feminidad. Deberías estar orgullosa de ellas. Cuanto más crezcan, más fácil te resultará encontrar marido.

—Yo no quiero marido. Odio a los niños. Como a Pulga. Es insufrible.

—No estoy hablando de niños como tu hermano —dice la niñera mientras hace dos coletas en el pelo verde y brillante de Polly—. Hablo de hombres adultos. Algún día saldrás de la guardería. Habrá más hombres de los que puedas contar, y querrás estar extraguapa para ellos. Entonces querrás que tus astas sean altas y majestuosas.

Polly mira con gesto despectivo su imagen en el espejo. La tata lleva toda la vida diciéndole que algún día podrá salir de la guardería, pero ese día no parece llegar nunca. Ya es casi una mujer, pero sigue allí. Hace siglos que esperaba haberse ido.

—Tienes que esperar a que tus padres vengan a por ti —le dice la tata—. Estoy segura de que será un día de estos. Y seguro que están deseando ver la preciosa mujer en que te has convertido.

La niñera le dedica una sonrisa a la niña con sus labios arrugados.

Polly odia que le diga cosas como esa. Lleva años diciéndole que sus padres vendrán «un día de estos». Cuando la tata se da la vuelta, coge el pintalabios con aroma a caramelo y se llena la cara de círculos de color lila para hacerla enfadar. Con esos huesos feos que le crecen en la cabeza y los vestidos que le quedan pequeños, ya no le ve ningún sentido a querer estar guapa.



Pulga observa a su hermana y a la Tata Warbrough a través de una grieta en la pared. No pueden verlo porque está escondido en el espacio de ventilación que hay entre la pared y los muros de la casa. Ese es su territorio. Cuando Polly era más pequeña, se escondían juntos de la tata en esos túneles secretos, pero ahora ella es demasiado grande para poder utilizarlos, y se han convertido en terreno exclusivo de su hermano pequeño.

—Te oigo respirar, Pulga —dice Polly.

Él aguanta la respiración.

—Deja de espíarme, pervertido —le espeta.

—No soy un pervertido —contesta él—. Solo quería ver qué estabais haciendo.

—Pues no quiero que veas lo que estoy haciendo —responde Polly—. Por eso está la puerta cerrada.

—Pero es que me siento solo —protesta su hermano.

—¿Es que quieres que te mate? —pregunta ella.

La Tata Warburough se dirige con calma a la pared y la golpea tres veces con sus nudillos duros y redondos.

—Sal de la pared inmediatamente, niño. El espacio de ventilación está prohibido.

—Pero es que me gusta estar aquí.

—Ahí no hay protección contra los siniestros —le rebate la tata—. ¿O es que quieres que te atrapen?

Pulga mira a su alrededor. El espacio de ventilación está oscuro y lleno de polvo y telarañas, pero está seguro de que no hay nada allí con él.

—Nunca he visto a los siniestros aquí dentro —dice Pulga.

—Porque no puedes verlos —responde la tata—. Se esconden en la oscuridad y te atrapan cuando menos te lo esperas.

—Es mentira —protesta.

—Sal de ahí de una vez y prepárate para ir al colegio —sentencia la niñera.

Pulga se arrastra para apartarse del agujero que hay en la pared de la habitación de su hermana. El pasadizo está oscuro y la única luz que entra proviene de las finas rendijas de los conductos de ventilación y de las grietas que salpican las paredes aquí y allá. A pesar de que hay muchas esquinas sumidas en las sombras a las que nunca llega la luz, Pulga no cree que pueda haber siniestros escondidos allí con él. Al principio, los espacios de ventilación le parecían peligrosos y le daban miedo, pero ha entrado tantas veces que ahora le parecen tan seguros como el resto de lugares de la guardería. Y aparte, tampoco cree que los siniestros existan en realidad.



—Cámbiate de ropa —le ordena la Tata Warburough a Pulga en cuanto este entra en su cuarto por el conducto de ventilación.

—¿Por qué? —protesta, con la cara llena de polvo y hollín. Tiene el pelo

negro revuelto, y lleva semanas sin peinárselo.

—Estás todo sucio —dice la tata al tiempo que se acerca tambaleando con su cuerpo redondo de enana.

—¿Y qué? —Pulga se encoge de hombros—. A nadie le va a importar en el colegio.

—Bueno, a mí sí que me importa —sentencia ella mientras sale de la habitación—. Ahora date prisa, o te vas al colegio sin desayunar.

Pulga se quita la camisa. En el armario hay veinticinco uniformes escolares, cinco de cada talla. Ahora está usando los más grandes porque ha crecido demasiado para los otros veinte. Lo más probable es que los tenga que llevar durante un tiempo hasta que se le queden pequeños como a Polly. Pero no le preocupa. Si crece tanto como su hermana, tiene planeado hacerse su propia ropa con las cortinas y con pijamas viejos.

—El desayuno está listo —llama la tata desde la sala del té.

Pulga se pone el uniforme más limpio que encuentra (que tampoco es que lo esté demasiado) y se dirige a la sala del té. La mesa está puesta para dos personas. En el centro hay toda una serie de bandejas de frutas, yogures, cruasanes, beicon, gelatinas y huevos pasados por agua. Es uno de los seis desayunos diferentes que les suelen servir. También hay tres tipos de zumo: de naranja, de uva y de tomate. Y además de dos refrescos: Dr Pepper y Coca-Cola.

Coge una tira de beicon de la bandeja y le pega un mordisco para paladear el sabor correoso a goma ahumada.

—Come bien —le ordena la Tata Warborough, y le señala una de las sillas a la vez que sale de la habitación.

La tata no come nunca con ellos. Se pasa el tiempo haciéndoles la cama y limpiándoles la habitación. Suele llamar a los niños «mis cerditos» por lo desordenados que son.

Pulga se llena un plato de comida y se sienta enfrente de Polly. La adolescente parece un gigante sentado en una mesa diseñada para niños de cinco años, y las rodillas le sobresalen por el borde. Es como la Alicia del País de las Maravillas cuando se convierte en gigante, pero con unos cuernos que le crecen en la cabeza.

—Estás enfadada —le dice Pulga a su hermana mayor.

—No lo estoy. —Polly se dedica a mirar la comida, y parece que se vaya a estampar la cara contra el plato de yogur de un momento a otro.

—Yo sé cuándo estás enfadada.

—Cállate, Pulga.

«Pulga» no es su verdadero nombre. Se llama Rick, pero ella lo llama así para insultarlo. Dice que le recuerda a un insecto. En lugar de ofenderse por el apodo, decidió que le gustaba, y ahora le pide a todo el mundo que lo llamen así, incluso a los niños del colegio.

—¿Es porque la tata te ha dicho que papá y mamá vendrán pronto a buscarte? —le pregunta.

Polly frunce el ceño mientras mantiene agarrados con fuerza un tenedor y una cuchara diminutos que mantiene alzados sobre el plato y la taza en miniatura.

—Estoy harta de esperarlos —responde.

—Pues deja de esperarlos —replica Pulga, y apuñala el huevo pasado por agua, lo que causa una explosión de mejunje blanco y amarillo que se extiende por todo el plato—. Sal de la guardería y ve tú misma a buscarlos.

—¿Estás loco? —suspira Polly—. No seré capaz de encontrarlos ahí fuera.

—Viven en algún sitio de esta casa —dice él—. Si los buscas, te los tienes que encontrar en algún momento.

—La tata dice que esta casa es demasiado grande como para encontrarlos por mucho que los busquemos —contesta ella—. Viven al otro lado.

—¿Y qué? —pregunta Pulga—. Es mejor que quedarse aquí toda la vida esperando.

—No me voy a quedar aquí toda la vida esperando —responde—. Vendrán a por mí un día de estos.

—¿Y si se han olvidado de ti? —inquire él.

Polly se queda callada.

—Si se olvidan de mí cuando ya sea demasiado grande para la guardería, saldré a buscarlos —asegura Pulga—. Yo no me quiero quedar aquí metido para siempre. Quiero ver el resto de la casa, y a lo mejor hasta salgo de ella para ver el resto del mundo.

—No voy a salir de la guardería hasta que vengan ellos—sentencia Polly.

—¿Por qué no?

—Porque no lo tenemos permitido.

—Tú lo que tienes es miedo de los siniestros —dice Pulga.

Polly se vuelve a quedar callada. No le gusta hablar de los siniestros.

—¿Acaso has visto algún siniestro? —le pregunta su hermano—. A mí me parece que se los han inventado.

—Por supuesto que no se los han inventado —exclama Polly—. La casa entera está llena. Solo la guardería está protegida.

—No existen —se reafirma Pulga—. La tata nos dice que los siniestros están ahí fuera para que no queramos salir de aquí.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando. Que no los hayas visto no significa que no existan.

—¿Y tú los has visto?

—Sí...

—Mentirosa.

Pulga moja uno de los cuernos de su cruasán en el huevo y se lo lleva a la boca.



Cuando llega la hora de ir al colegio, Pulga y Polly se encuentran en la habitación del teletransporte.

—¿Tenéis los archivos con los deberes? —pregunta la Tata Warburough.

Los niños le dan sus tarjetas de memoria y ella las inserta en el sistema de teletransportación para enviarlos a los ordenadores del colegio.

—Hoy me toca sentarme al lado de Darcy —dice Pulga con una sonrisa en la cara.

—¿Quién es Darcy? —pregunta la tata.

—¡Ya te he hablado de ella un millón de veces! —exclama él.

No entiende por qué la tata siempre se olvida de quién es su novia. Últimamente se le olvidan mucho las cosas.

—Es la niña que le gusta del colegio —explica Polly mientras se ata una cinta de teletransportación alrededor de la cabeza—. Qué inmaduro eres.

—No soy inmaduro —protesta Pulga—. Es mi novia.

—Eres idiota.

—Vamos, Polly —interrumpe la niñera—. Me acuerdo de que a ti también te gustaba un niño cuando tenías su edad.

Polly pone los ojos en blanco y se estira en la camilla de teletransportación.

—Yo también era idiota.

Cuando los niños están en posición, la tata opera los controles y el cuerpo se les pone flácido. Las mentes viajan lejos de allí.



—Sentaos, por favor —está diciendo el profesor cuando Pulga se materializa en la clase.

Otros niños van apareciendo en las esquinas, uno cada vez. Llevan uniformes negros como el suyo, y todos tienen la piel de un color parecido y el mismo peinado. Como siempre, mantienen la voz baja y responden obedientes al profesor. El señor Robertson no es muy tolerante con los estudiantes que perturban la clase.

—Aquí no se viene a cotillear —dice el señor Robertson sin dirigirse a nadie en particular mientras se ajusta las gafas de alambre—. Aquí se viene a aprender.

Pulga se sienta en su pupitre a esperar a que llegue Darcy. Se va a sentar junto a él y van a compartir mesa. Hay tres filas de pupitres, y en cada uno de ellos caben un niño y una niña. Siempre ha sido así desde el jardín de infancia. Los niños y las niñas trabajan juntos como un equipo de dos personas, y de ese modo se preparan para la vida de casados cuando sean adultos. Como es natural, cada niño y cada niña quieren que les toque sentarse con quien más le gusta. Esta será la primera vez que a Pulga lo emparejen con Darcy, la niña de la que está enamorado desde tercero.

La clase se va llenando, pero el asiento que hay junto a él sigue vacío.

—¿Aún no ha llegado Darcy? —le pregunta a la pareja que se sienta delante.

El niño y la niña se encogen de hombros a modo de respuesta.

Pulga mira las esquinas de la clase esperando a que aparezca.

A Darcy nunca la han considerado la niña más guapa del colegio. La única excepción es Pulga, a quien siempre le ha gustado mucho. Tiene el pelo corto de color azul pepsi, con un flequillo largo que le tapa un ojo. Tiene la piel de un tono ligeramente más oscuro que la del resto, pero más suave y brillante. Es más o menos baja y un poco demasiado delgada, pero cuando lo mira se le iluminan los ojos negros. No sonríe casi nunca; pero, cuando lo hace, su sonrisa es la más grande de la clase.

Siempre ha soñado con sentarse a su lado. Ayer le dijo a Pulga que

podría cogerla de la mano durante la clase, a lo mejor incluso todo el rato, siempre que el señor Robertson no los pillase. Ahora está sentado en su pupitre, temblando de emoción, pero Darcy todavía no ha llegado.

—Cámbiate a mi sitio —dice una voz detrás de él.

Se da la vuelta y ve que se trata de Mike, el niño más grande de la clase. A Pulga no le ha gustado nunca. En primero ya era un completo idiota.

—¿Qué? —pregunta Pulga.

—Me quiero sentar con Darcy —declara Mike—. Tú ponte con Tori.

—Ni hablar —responde Pulga—, yo me quiero sentar con Darcy.

Mike tira del respaldo de la silla de Pulga, apartándolo de su pupitre.

—No seas egoísta —insiste Mike—. Me merezco sentarme con ella. Me ha dicho que le gusta.

—Eso es mentira.

Pulga sabe que solo puede estar mintiendo. No se cree que a Mike le guste Darcy, y mucho menos que a ella le guste él. Nunca ha habido peleas por su amor. Siempre ha sido la chica de Pulga.

—¿Y cómo lo sabes? —inquire Mike—. Estamos hechos el uno para el otro. Lo sabe todo el mundo.

—¡Es mi novia!

Mike hace caso omiso de esa afirmación y empuja el respaldo de la silla de Pulga, intentando hacer que se caiga.

—Sal —ordena Mike, forcejeando para tirarle al suelo.

Todos se les quedan mirando.

—Michael, vuelve a tu asiento —dice el señor Robertson.

—Esa es mi silla —pretextó—. Me la ha robado.

—¡Mentira!

—Siéntate —ordena el profesor.

Mike suelta la silla y se dispone a sentarse en su sitio, al fondo de la clase, al lado de la niña gordita con coletas. Cuando Pulga se gira a mirarle, el otro niño le susurra desde allí: «Eres hombre muerto».

Pulga se mete los dedos en la nariz y le saca la lengua, haciéndole una mueca.



Cuando se inicia la clase, Darcy todavía no ha aparecido y Pulga empieza a

ponerse nervioso. Se está empezando a preocupar.

—Señor Robertson —llama al profesor—. ¿Dónde está Darcy?

El profesor hace una pausa en la lección. No está acostumbrado a que sus alumnos lo interrumpen.

—Se ha ausentado —responde.

—Pero es que ella no falta nunca —insiste Pulga.

—Basta de interrupciones —sentencia el profesor.

Pulga mira el monitor de su pupitre, pero no se puede concentrar en la lección. Está preocupado por Darcy. La mayoría de los niños van al colegio aunque se hayan hecho daño o no se encuentren bien. Le tiene que pasar algo muy serio para que se pierda la clase. Entonces se da cuenta de que también faltan otros estudiantes. Eso es raro. Nunca antes han faltado más de dos niños el mismo día, y eso pasa una vez al año, como mucho. Se pregunta si el aparato de teletransportación está estropeado.



A la hora del recreo, Pulga decide no preocuparse más por Darcy durante un rato. Seguro que mañana sí que vendrá. Entonces le preguntará por qué ha faltado hoy.

—¿Quieres jugar al baloncesto? —le pregunta Justin en el patio.

Justin es el mejor amigo de Pulga en el colegio. Es un niño torpe y desgarbado, con el pelo largo y gafas. Todos lo llaman Rana porque siempre va dando saltitos, especialmente cuando juega a baloncesto. Son amigos desde hace un par de años, sobre todo porque Pulga es el único que se atreve a jugar al baloncesto con él: es imposible ganarle en un uno contra uno.

—Claro —le responde.

Por lo general, Darcy les observa jugar desde los columpios. Eso es lo que más le gusta del baloncesto, que ella lo anime desde allí. Por eso le resulta un poco absurdo jugar si ella no está.

—Hoy no valen triples —dice Justin.

—Vale.

Justin hace botar la pelota en el pequeño campo de hormigón y se la pasa. El patio no es muy grande. Tiene el mismo tamaño que la clase, solo que está al aire libre. La mitad es arena y la otra mitad está asfaltada. En el lado de tierra hay dos toboganes, tres columpios, un carrusel y un puente. Todos

apelotonados. En el lado del asfalto hay dos postes de *tetherball*[\[1\]](#), una canasta de baloncesto en una de las paredes del colegio y espacio extra para la rayuela, saltar a la comba o jugar a las cuatro esquinas. Un muro de cinco metros de alto rodea el patio, y más allá de él solo se ve el cielo azul.

—Yo voy con Rana —dice Mike acercándose a ellos.

Pulga puede ver en sus ojos que todavía está enfadado por lo de antes.

—No puedes jugar —le espeta—. Es uno contra uno.

—No. Es dos contra uno —responde Mike, y le quita la pelota de las manos—. Y si quiero, juego.

Mike hace botar el balón. Pulga intenta arrebatárselo, pero este le dribla y se aparta de él.

Justin da un paso al frente.

—Puedes jugar si encuentras a otro. Me gustaría jugar un dos contra dos.

Pulga se lo queda mirando. Su amigo no sabe lo que hace. Mike no quiere jugar para divertirse. Lo único que quiere es tener una excusa para empujarlo, clavarle el codo y tirarlo al suelo haciendo ver que es sin querer.

—Si quieres jugar un dos contra dos, ve a buscarte un compañero de equipo —le suelta Mike a Pulga.

Justin y él miran a su alrededor pero todo el mundo está ocupado saltando a la cuerda o encaramándose a los columpios.

—Nadie más quiere jugar al baloncesto —dice Pulga.

—¿Y Simon? —sugiere Justin—. Antes jugaba con nosotros algunas veces.

Pulga se queda congelado cuando oye el nombre de Simon. Nadie ha pronunciado su nombre desde hace un tiempo.

—¿Simon? —pregunta Pulga, mirando hacia la puerta de la clase—. ¿Estás de broma?

—Venga, ve a pedírselo —dice Mike.

Simon lleva todo el año sin salir al patio. De hecho, lleva sin pronunciar una sola palabra desde cuarto. Lo único que hace todo el día es sentarse al fondo de la clase, mirar hacia delante y no decir nada. Nunca hace los deberes ni se levanta de su sitio. Se limita a temblar y sacudirse en su silla, tiritando de manera incontrolable.

—No se lo pienso pedir —protesta Pulga—. Es raro.

Los tres niños miran a Simon a través de la ventana. Sigue ahí, temblando, y los dientes le castañetean. Es como si hubiera pasado por un

trauma psicológico terrible del que no es capaz de recuperarse. Cuando eran más pequeños, Pulga y él eran amigos, pero no tiene ni idea de qué puede haberlo hecho cambiar de esa manera.

—¿Qué le pasa? —pregunta Pulga.

—¿Se lo vas a pedir o no? —insiste Mike.

—Seguro que juega si se lo pides —dice Justin.

Lo más raro de Simon es que nadie habla nunca de él. Ni el profesor ni los otros alumnos. Es como una especie de fantasma que solo él puede ver, encantando el fondo de la clase. Nadie ha mencionado nunca por qué se sienta ahí temblando. Mike y Justin son los primeros que hablan de él en mucho tiempo, y ni siquiera parece que se den cuenta de la manera tan rara en que se comporta.

—Pídeselo tú —dice Pulga—. Yo no me pienso acercar a él.

—Bueno, pues me parece que va a ser un dos contra uno —alardea Mike sosteniendo la pelota sobre su cabeza para que Justin no pueda alcanzarla—. Rana y yo contra ti.

—Un dos contra uno no es justo —protesta Pulga—. Tiene que ser dos contra dos, o uno contra uno.

—¿Y qué tal un nadie contra nadie? —pregunta Mike y lanza la pelota, con todas sus fuerzas, más allá del muro hacia el cielo azul.

—¡Oye! —grita Justin al ver desaparecer su balón.

—Eres idiota, Mike —le espeta Pulga.

Mike lo empuja y se va en dirección a la clase.

—Mañana me pienso sentar en tu sitio —lo amenaza—. Si te veo allí sentado cuando llegue a clase, lo próximo que tire por encima del muro va a ser tu cabeza.

Entonces empuja a otro niño y lo hace caer del columpio por el simple placer de verlo aterrizar de cara contra el suelo.



—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Justin.

Las lágrimas casi afloran en sus ojos. Le gusta mucho el baloncesto y esa era la única pelota que tenían en el colegio.

—Tendríamos que ir a buscarla —responde Pulga.

—¿Cómo?

Pulga sabe que tiene que haber alguna manera de recuperar el balón. Les basta con ir al otro lado del muro, pero no se le ocurre cómo hacerlo. No hay puertas que lleven al otro lado. El patio está completamente cerrado. La única puerta lleva a la clase, y esta no tiene salidas. La escuela consiste en una habitación y un patio con una puerta que los comunica. Los niños se teleportan para llegar y para marcharse, y la única prueba de que existe un mundo ahí fuera es ese cielo azul.

—Vamos a intentar escalar el muro —propone Pulga.

—Está prohibido —protesta Justin.

—Ayúdame a subirme a la canasta —le pide.

Justin suspira y lo acompaña hasta allá. Deja que Pulga lo utilice como escalera para encaramarse al aro de la canasta y este se cuelga por una pierna. Los demás niños dejan lo que están haciendo para observarlo.

—No deberías cruzar el muro —le advierte Justin.

Pulga se pone de pie poco a poco, sujetándose en el tablero. Ahí arriba, la cabeza de Pulga está a la misma altura que el borde de la tapia, pero aún no alcanza a ver qué hay más allá.

—Me da igual si me castigan —dice Pulga.

—Pero es peligroso —gime Justin.

—¿Por qué es peligroso? ¿Hay siniestros al otro lado?

—¿Qué son los siniestros? —pregunta Justin.

Pulga se lo queda mirando desde arriba.

—¿Nunca has oído hablar de los siniestros?

El otro niño se encoge de hombros.

—Ya sabes, las cosas que se esconden en las sombras —responde Pulga—. ¿No hay siniestros en los pasillos de fuera de tu guardería?

Justin no tiene ni idea de qué le está hablando.

—Es que nunca he salido de mi guardería —responde—. No sé qué es lo que hay fuera.

Pulga se baja de la canasta antes de que el profesor le pille. Quiere hablar con Justin cara a cara.

—Entonces, ¿nunca has oído hablar de los siniestros? —le pregunta.

—No, nunca. —Justin se vuelve a encoger de hombros.

Pulga se plantea que tenía razón sobre el tema. Se pregunta si los siniestros no son algo que la Tata Warburough se ha inventado para que no salgan de la guardería.

—¿Son monstruos? —le pregunta su amigo.

—No lo sé —alcanza a responder Pulga—. Mi tata dice que son peligrosos.

Justin lo mira con cara rara, como si estuviese hablando con un loco.

—Olvidalo —dice Pulga—. Seguramente, ni siquiera existen.

Dos



Pulga lleva años imaginando cómo deben de ser sus padres. Pasa horas y horas dibujándolos en la mesa de la sala del té, concentrándose todo lo que puede en intentar capturar su verdadera esencia. Cree que en algún lugar profundo de su subconsciente sabe cómo son exactamente y que, si sigue haciendo dibujos de padres y madres, una de esas imágenes conseguirá despertar ese conocimiento oculto.

Sus toscos dibujos están desperdigados por toda la guardería: colgados del techo y en las paredes, metidos debajo de los muebles, escondidos en los espacios de ventilación y amontonados en cada una de las estanterías de la biblioteca. Incluso después de haberlos dibujado tanto, sigue sin saber cómo son, pero está bastante seguro de que su padre tiene el pelo negro y lleva gafas como su profesor. También piensa que su madre debe de tener el pelo verde, como su hermana.

Se la imagina muy parecida a Polly, solo que es más alta, más lista, más fuerte, más guapa y sus astas probablemente llegan hasta el techo. Y si la llegase a conocer, sabe que siempre sería feliz y nunca se quejaría ni le haría daño si entrase en su habitación. Sería amable con él todo el tiempo. Siempre.

Polly suele decirle que su madre debe de ser vieja como la Tata Warburough, pero Pulga cree que no se le debe de parecer en nada. La tata es baja, gorda, fea y ya ni siquiera tiene cuernos. Está en las antípodas de lo que debe de ser su madre.

Como la tata es muy vieja y Polly es muy joven, Pulga se imagina que su madre se parece a las mujeres de la biblioteca. La mayoría de los libros que ha leído, o que ha intentando leer, están llenos de imágenes de mujeres adultas. Ninguna de ellas tiene cuernos, ni el pelo verde. La Tata Warburough dice que es porque los libros son muy antiguos, de antes de que las mujeres tuvieran cuernos, pero él se imagina que su madre puede ser como cualquiera de ellas.

Antes le gustaba colorear los libros y pintar cuernos y el pelo verde a los dibujos de mujeres, pero la tata se ponía furiosa cuando lo hacía, y le decía que los libros son demasiado importantes como para pintarlos. Pulga nunca

llegó a entender por qué, pero ya no los pinta. Solo los utiliza como referencia para sus propios dibujos.

No estaría tan obsesionado con sus padres si le hubiesen dejado alguna foto suya a la Tata Warbrough, pero él siempre está pensando en ellos.

—¿Quiénes son? —pregunta siempre—. ¿Cómo son? ¿Por qué no pueden venir a vernos?

—Son gente muy importante —contesta siempre la tata—. Están demasiado ocupados para venir a veros.

—¿Ni siquiera unos minutos?

—Ni siquiera unos minutos.

—¿Pero qué hacen todo el rato al otro lado de la casa? ¿Qué es eso tan importante que tienen que hacer que no nos dejan entrar en sus vidas hasta que crecemos?

—Los padres son así hoy en día —suele responder la tata—. Sobre todo, los vuestros.

—Pero yo quiero saber cómo son. Tengo que saberlo.

—La casa es muy grande. Sería demasiado complicado que hicieran todo el camino hasta aquí solo para satisfacer la curiosidad de un niño. —Entonces la tata acostumbra a decirle—: Algún día los verás, cuando te hagas mayor. Entonces ya estarán listos para verte. Y a partir de ese momento, te convertirás en una parte muy importante de sus vidas.

Pulga nunca continúa discutiendo con ella a partir de ahí, pero sigue sin sentirse satisfecho. Sigue sintiendo la necesidad de dibujarlos de manera regular porque es lo más parecido a estar con ellos.



Pulga aprieta el botón de la mesa de la sala del té. El centro se abre, y unas bandejas de comida caliente emergen a la superficie. Hay jamón en lonchas, mostaza, macarrones con queso, guisantes con zanahorias, cuencos con fruta, leche y Coca-Cola normal. Es una de las once cenas diferentes que les sirven.

—¿De dónde viene toda esta comida? —pregunta Pulga, y mira por el agujero de la mesa a medida que van saliendo los platos.

—Pues de dentro de la mesa —responde Polly—. No seas idiota.

—Pero ¿quién la hace?

—No la hace nadie.

—Alguien tendrá que hacerla.

La Tata Warbrough entra en la sala del té y le limpia la cara a Pulga con una toallita húmeda.

—Tata, ¿de dónde viene la comida?

—La hacen las máquinas que hay abajo —responde ella—. Está todo automatizado.

—¿Quieres decir máquinas como la lavadora?

—Sí, como la lavadora. Solo que en lugar de lavar la ropa, hacen la comida. Las programaron hace mucho tiempo.

Pulga le pega un bocado a una loncha de jamón.

—Me gustan las máquinas cocineras —asegura, sonriente—. Son majas.

La tata le revuelve el pelo y sale de la habitación.

—Las máquinas cocineras no pueden ser «majas» —le suelta Polly—. No son más que máquinas.

—Pues yo creo que son majas porque nos hacen mucha comida.

—Tú siempre piensas que todas las máquinas son majas.

—La mayoría —dice Pulga—. Menos la máquina de bebés. Esa no me gusta. La máquina de bebés es malvada.

—¿Que es malvada? —se ríe Polly.

—Es imbécil.

—¿Cómo que es imbécil?

Polly se ríe de la cara tan seria que pone su hermano.

—Me da miedo.

—¿Y cómo sabes qué pinta tiene la máquina de bebés? —le pregunta—. No se te permite entrar en la habitación del bebé.

—La veo desde el espacio de ventilación. Yo creo que esa máquina la hizo el diablo.

—No deberías acercarte a la habitación del bebé —dice Polly—. Los siniestros podrían entrar a través del túnel de bebés.

—Nunca he visto a ningún siniestro.

—Pero ellos sí que te pueden haber visto a ti.

—Ni siquiera son de verdad. En el colegio, le he mencionado los siniestros a Justin y nunca había oído hablar de ellos.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo. Pues claro que son de verdad.

—Pues yo no creo en ellos.

—¿Y por qué no crees en ellos?

—¿Y tú? No los he visto nunca. ¿Cómo voy a creer en algo que no he visto nunca?

—Tampoco has visto nunca a papá y a mamá —replica Polly—. ¿Es que no crees en papá y mamá?

—Pues claro que creo en papá y en mamá.

—¿Pero no en los siniestros?

—No.

—Si no crees en ellos, sal al pasillo a ver qué pasa.

Pulga se queda callado y baja la vista. Nunca ha salido al pasillo.

—¿Que tienes miedo? —inquire Polly—. Si no crees en los siniestros, ¿por qué les tienes tanto miedo?

—No es eso —responde Pulga—. Es que ahí fuera está oscuro.

—Pues llévate una linterna —dice ella—. Si no existen, no tiene por qué pasarte nada.

—Es que no existen.

—Demuéstralo.

—Pienso hacerlo.

—Sal al pasillo, entonces.

—Lo haré.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.



Pulga solo ha mirado fuera de la guardería dos veces en toda su vida. La primera fue porque Polly le había prendido fuego a una de sus muñecas y la Tata Warbrough tuvo que ventilar por culpa del humo. Aunque no había luz en el pasillo, Pulga creyó ver caras y cosas que se movían en la oscuridad. La tata lo convenció de que la manera en la que el humo se retorció entre las sombras le había hecho ver cosas horribles que no estaban allí de verdad.

—Ahí tienes la puerta —le espetó Polly, y señaló la salida de la guardería—. Sal si quieres demostrar que los siniestros no existen.

Pulga se la queda mirando. Esa puerta es más grande que cualquiera de las otras que hay en sus habitaciones. Es de madera y está reforzada con hierro muy pesado. Tiene una línea de pestillos y cerraduras de metal que van desde

el suelo hasta el techo.

—Te lo demostraré —dice Pulga, y se acerca despacio a la puerta.

La segunda vez que Pulga miró fuera de la guardería, se encontraba solo. Era tarde y se suponía que tenía que estar durmiendo, pero había soñado que sus padres habían ido a visitarlos y aquella idea lo desveló. Incapaz de decir si seguía soñando, se había tambaleado en la oscuridad en dirección a la salida, nervioso porque iba a ver a sus padres por primera vez. Pero no estaban por ninguna parte. Su hermana y la tata dormían en sus camas, pero la entrada de la guardería estaba abierta de par en par. No tenía ni idea de quién la podría haber abierto.

El pasillo que había fuera parecía muy antiguo. Era como si nadie hubiese estado allí en un centenar de años. Había ido hacia el umbral y, cuando estaba a punto de sacar la cabeza, algo lo detuvo. Le había llegado el eco de un sonido de rasguños, como de clavos oxidados que rascaran en una pizarra. El sonido se había hecho más intenso a medida que se acercaba a la entrada de la guardería. Pulga había cerrado con un portazo y había regresado corriendo a su habitación.

En aquel momento, había tenido claro que los siniestros existían, pero ahora no lo tiene tanto. Está convencido de que todo fue un sueño. Lo más seguro es que estuviera medio dormido y se lo imaginase todo. Es la única explicación de que aquella puerta estuviese abierta.

—¿Dónde está la tata? —le pregunta Pulga a su hermana, para asegurarse de que no lo castigará por salir de la guardería.

—Haciendo la colada —responde Polly—. No te preocupes, que con el ruido de las máquinas no te oirá.

Pulga asiente y se dirige a la puerta. Tiene que hacer palanca para abrir el primer pestillo. Está rígido y pegado a causa del óxido. Para poder girarlo, tira con todas sus fuerzas hasta que los nudillos se le ponen blancos y las yemas de los dedos se le giran hacia atrás. Es como si la puerta llevara décadas sin abrirse. Después de tan solo tres pestillos, tiene que dejar descansar las manos.

—¿Vas a venir conmigo? —sugiere Pulga, agitando los dedos.

Polly se ríe con sarcasmo.

—¿Es que tienes miedo de salir tú solo?

—No, solo pensaba que a lo mejor querías ver lo que hay ahí fuera.

—Demuéstrame que no hay siniestros y a lo mejor te sigo —dice ella.

Le lleva un tiempo, pero Pulga consigue abrir todos los cerrojos y los pestillos. Cuando tira del pomo, la puerta no se abre.

—¿Qué pasa? —le pregunta Polly.

—Está atascada —aclara él.

Pone el pie en la pared, justo al lado de la manecilla, y tira con fuerza, pero la puerta no se mueve.

—Qué flojo que eres —dice Polly—. Déjame a mí.

La hermana mayor tira del pomo mientras Pulga lo hace de dos de los pestillos de abajo. Tiran y tiran hasta que oyen un fuerte crujido.

Justo después de abrir la puerta, una ráfaga de aire rancio les llena los pulmones y se alza una nube de polvo. Un olor a guantes húmedos les golpea las fosas nasales.



Polly y Pulga sacan sus cabezas de la guardería como tortugas de sus caparazones. No hay luz en el largo pasillo que se extiende a izquierda y derecha. Tan solo pueden ver hasta unos cinco metros en cada dirección antes de que el corredor desaparezca en la oscuridad.

—Huele a... —se queja Polly, y estornuda contra su muñeca, ya que le ha entrado polvo en la nariz.

La alfombra vieja y gris que hay en el suelo del pasillo contrasta con el azul brillante de la que tienen dentro. Hay dos cuadros en la pared de fuera, pero están tan cubiertos de telarañas que Pulga es incapaz de decir de qué se supone que son. Parecen imágenes de piedras en el lodo.

—¿Qué crees que hay detrás de esa puerta? —susurra Pulga, y señala una que hay un poco más allá.

Polly entrecierra los ojos. Justo antes de que acabe la zona iluminada, hay una puerta. A juzgar por la cara que pone, su hermano puede adivinar que es la primera vez que ve el corredor.

—Debe de llevar a otra parte de la casa —susurra también ella.

—¿Es la habitación de alguien? —pregunta Pulga.

Polly se encoge de hombros.

Su hermano se inclina todo lo que puede sin llegar a salir del vestíbulo.

—¿Crees que ahí vive alguien?

—¿Como quién?

—La tata dice que, además de papá y mamá, también hay otros criados que viven en algún sitio de la casa. A lo mejor es la habitación de una sirvienta.

No sale luz por debajo de la puerta. Es posible que lleve años cerrada.

—No vive nadie más en esta zona de la casa —dice Polly—. Si viviera una sirvienta, seguro que este pasillo estaría mucho más limpio de lo que está.

—Pero ¿y si vive alguien? A lo mejor también tenemos abuelos que viven por aquí en algún sitio.

—Tal vez no sea más que una habitación de invitados, o a lo mejor la usan para guardar cosas.

—Quiero ir a ver —dice Pulga.

Y sale de la guardería.

—No salgas.

Polly intenta agarrarlo, pero él es mucho más rápido.

—Voy a llamar a la puerta —anuncia Pulga.

Se aleja de su hermana entrecerrando los ojos para poder ver mejor.

—Vuelve aquí —susurra Polly con todas sus fuerzas.

Su hermano hace oídos sordos.

—Seguro que está llena de siniestros —continúa Polly.

A medida que Pulga avanza por el pasillo, la vista se le acostumbra a la oscuridad. El pasillo llega hasta unos seis metros más allá y luego termina. Hay dos puertas más en esa dirección, que deben de dar a sendas habitaciones. Se pregunta qué habrá en esos lugares que nunca ha visto antes.

Cuando llega a la puerta más cercana, sonrío como si de un regalo de cumpleaños se tratase. La madera está vieja y desgastada, y tiene varios arañazos a lo largo de la superficie, como si un gato muy grande hubiese tratado de entrar. El pomo de latón tiene la forma de un cisne que duerme. Pulga pasa el dedo por el cuello del cisne, y le quita la espesa capa de polvo que lo cubre.

—Sal de ahí —ordena Polly.

Pulga se gira y ve que a su hermana le está dando un ataque de pánico. Incluso desde esa distancia, ve cómo le tiemblan los ojos, crisa los dedos contra el marco de la puerta y cambia el peso de un pie a otro con rapidez.

Él levanta la mano para llamar.

—No lo hagas —grita ella.

Pero Pulga llama tres veces. El sonido retumba en la puerta. Polly puede

oír cómo el eco viaja más allá del pasillo y se hunde en otras zonas de la casa, lejos de la guardería.

Polly se mete en el vestíbulo cuando Pulga vuelve a llamar tres veces. Esta vez, los golpes son más fuertes que la primera y el eco parece llegar tan lejos que Polly piensa que sus padres los van a oír.

—¿Hay alguien ahí dentro? —pregunta Pulga.

Nadie responde.

Polly cierra la puerta a la mitad.

—Como no vuelvas ya, te dejo encerrado fuera.

Pulga pone la oreja en la puerta.

—Te voy a dejar a oscuras —grita ella. Ya no se preocupa en mantener la voz baja.

Pulga escucha con atención. De dentro sale un sonido, pero no es un ruido de persona. Suena más bien como la rama de un árbol agitada por el viento y rascando un cristal.

—¿Hola? —pregunta Pulga.

Llama dos veces más.

El sonido de rasguños aumenta de volumen.

—Venga, Pulga —chilla Polly—. ¡La voy a cerrar!

Al entornar la puerta y dejar solo una rendija para que su hermano pueda oír su voz, la luz que entraba en el pasillo desaparece. El corredor se sume en la penumbra y Pulga se encuentra solo en la oscuridad.

Agarra el pomo con forma de cisne y dice:

—Voy a entrar.

Y lo gira.

En el mismo momento en el que él abre la puerta, Polly cierra la de la entrada. Oye cómo su hermana está cerrando los pestillos, dejándolo encerrado fuera en el corredor. Pero Pulga solo se queda en la oscuridad total durante un breve instante. Hay una luz débil y marrón que ilumina una parte de la estancia.

—¿Hola? —pregunta.

No es mucho más grande que su dormitorio. Puede distinguir una cama más grande que ninguna otra que haya visto nunca. También hay un ropero y otros armarios. Uno de ellos es muy grande y está empotrado al fondo de la habitación, y hay una puerta que podría ser la de un baño, pero ninguna más.

Pulga no puede decir de dónde sale esa luz marrón. La fuente parece estar

en algún sitio cerca del suelo, bajo la cama. La luz se hace más brillante y luego más oscura, a la vez que cambia del marrón al amarillo, al rojo y al azul, como luces de fiesta.

A medida que se adentra en la habitación, vuelve a oír el sonido de rasguños. Es como de metal rascando contra metal. El ruido le envuelve y le corta las orejas por dentro. No puede ver nada, pero siente que hay algo ahí con él escondido entre las sombras, tras los muebles.

—Siento molestarle —dice Pulga dirigiéndose a la oscuridad.

Vuelve al pasillo y agarra el pomo con forma de cisne, pero antes de cerrar la puerta, algo la empuja desde dentro, y la cierra de golpe. La inercia le tira hacia atrás y lo hace caer al suelo.

Otro portazo pasillo abajo hace temblar el suelo. Entonces se oye un traqueteo cuando los pomos de las puertas se empiezan a agitar por todo el corredor. Hay cosas en las habitaciones que lo rodean y están intentando salir al pasillo para atraparlo.

La luz se vierte sobre el pasillo cuando la Tata Warbrough sale corriendo de la guardería con una linterna.

—¿Estás loco? —grita la mujer achaparrada mientras corre por el pasillo en dirección al niño.

Pulga se levanta, con la ropa cubierta de una gruesa capa del polvo que hay en el suelo.

—Sal de aquí, rápido —lo apremia.

Lo arrastra del brazo para llevarlo de vuelta a la guardería mientras las puertas del pasillo se agitan.

Las lágrimas le escuecen a Pulga en los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Qué es ese ruido?

Pero la tata no puede oírle por culpa de los chirridos y los rasguños.



Cuando vuelven a entrar en la guardería, la Tata Warbrough atranca la puerta y cierra con firmeza cada uno de los pestillos.

—¿Cuántas veces te he dicho que no salgas ahí fuera, niño? —dice cerrando la puerta con llave—. Ahora los siniestros saben que estamos aquí.

Polly y Pulga se esconden tras la esquina, sacando las cabezas para mirar el vestíbulo. La tata le ordena a Pulga que se le acerque con un gesto.

—No te quedes ahí plantado. Ayúdame —le dice—. Esto es culpa tuya. Pulga se acerca y le ayuda con los pestillos de abajo.

—¿En qué estabas pensando? —le grita.

—Es que creía que no existían —contesta Pulga.

—Claro que existen —le chilla Polly desde el otro lado del vestíbulo.

—Pero es que parece que os los hayáis inventado, como si fuera un cuento. Y Justin nunca ha oído hablar de ellos.

La tata lo aparta de la puerta en el preciso instante en el que acaban de cerrar por completo todos los pestillos.

—Pues son muy reales —dice.

Los ruidos se van haciendo cada vez más altos en el pasillo, como si cientos de criaturas trastornadas estuviesen intentando abrirse camino con sus garras.



La Tata Warbrough sienta a ambos niños en la sala del té.

—No volváis a hacer eso —les apremia, inclinándose sobre la mesa y mirándoles a los ojos—. Ninguno de los dos. Esto no es un juego. No podéis salir de la guardería hasta que vuestros padres vengan a por vosotros. No es seguro.

Pulga está consternado por haber descubierto que los siniestros existen; demasiado como para arrepentirse de lo que ha hecho. Es tan emocionante como espeluznante. Quiere hacer muchas preguntas.

—¿Qué son? —inquire.

—No importa lo que sean —responde la tata—. Son peligrosos.

—Pero ¿qué es lo que quieren? ¿Se nos están intentando comer?

—Eres muy pequeño para entenderlo —contesta la niñera—. Cuando seas mayor, tus padres te lo explicarán.

—¿Son monstruos? ¿Son como los vampiros que salen en los libros viejos que hay en la biblioteca?

—No exactamente —admite la tata—. Tú límitate a mantenerte alejado de ellos. Esto es muy serio.

—Ya lo entiendo —dice Pulga mientras se mira las manos sucias.

—No —le rebate la tata—. No creo que hayas entendido todavía lo serio que es todo esto.

Coge al niño por los hombros y lo mira a los ojos. Sus dedos gordos y pesados le aprietan tanto que le van a dejar morados en la piel.

—Tengo que deciros algo que no os había mencionado hasta ahora —le dice. Entonces, se gira hacia su hermana—: Por aquel entonces, Polly solo tenía dos años. No se va a acordar, pero estaba presente. Ella vio cómo ocurría.

Polly pone cara de aprensión. Es como si su subconsciente ya supiera lo que va a decir la tata.

—Teníais un hermano mayor. Se llamaba Roger. —La niñera aparta la mirada unos instantes y se pasa la lengua por los labios grises y arrugados—. Tenía siete años cuando los siniestros se lo llevaron. Nunca os había hablado de él porque no quería que os pusierais tristes. Era un niño muy dulce y educado.

Polly recuerda haber tenido otro hermano. En sus sueños, siempre estaba presente, jugando con ella y enseñándole cosas nuevas. Nunca ha hablado de él en voz alta, pero en lo más profundo de su mente siempre ha sabido que era real.

—Los siniestros se lo llevaron mientras dormía —dice la tata—. Entraron en la guardería y lo arrancaron de su cama. Cuando me desperté, ya no estaba. Solo había un rastro de sangre que empezaba en su habitación y se internaba en el pasillo. Pensaba que también se habían llevado a Polly, hasta que la encontré escondida debajo de la mesa de la biblioteca.

Polly tiene los ojos rojos y está llorando. Al ponerse en pie de golpe, derriba la pequeña silla en la que estaba apretujada y sale corriendo de la sala del té. No recuerda esos detalles con exactitud, pero no quiere seguir oyéndolos.

—No lo entiendo —le dice Pulga a la Tata Warburough cuando se quedan solos—. ¿Cómo se las arreglaron para entrar? Siempre dices que la guardería está protegida de ellos.

—Aquí dentro estáis más a salvo —responde la tata—, pero en realidad ningún sitio es seguro del todo. Como la guardería tiene electricidad, los siniestros se mantienen alejados de ella. No les gusta la luz porque los hace desaparecer. Pero el día en que se llevaron a Roger, había habido un corte. Es algo que pasa de vez en cuando. Si se apagan las luces, nadie está a salvo de los siniestros.

Pulga recuerda que la luz se ha ido algunas veces. Siempre que pasa, la

tata los coge y los encierra con llave en la sala de juegos. Entonces se pone a trabajar con las máquinas que hay en la habitación del bebé hasta que vuelve. Ahora entiende por qué se pone tan nerviosa siempre que pasa. Simplemente pensaba que le daba miedo la oscuridad.

—¿Tampoco papá y mamá? —pregunta Pulga.

Esa pregunta pillá desprevenida a la Tata Warbrough.

—Bueno, no... —empieza a decir.

—¿Y por eso no han venido nunca a buscar a Polly? —inquire él—. ¿Los han cogido los siniestros?

—Por supuesto que no —responde la tata—. En absoluto.

—Pero es posible, ¿verdad? —insiste.

La niñera niega con la cabeza.

—No, no es posible. Tus padres son fuertes. Saben cómo protegerse de los siniestros. Son los niños los que son vulnerables.

La tata hace levantarse a Pulga y le limpia el polvo de la ropa. Se lo lleva a su habitación, le pone el pijama y lo mete en la cama.

—¿Entiendes ahora lo serio que es todo esto?

Pulga asiente y la mira a los ojos negros, pequeños y brillantes. La tata también tiene las mejillas grandes y sonrosadas.

—Hoy has tenido suerte —insiste ella—. Puede que no la vuelvas a tener. Esta casa en la que vivimos es un lugar muy peligroso, y no deberías volver a salir de la guardería.

Pulga cierra los ojos. Promete que no volverá a salir de la guardería. Tampoco está seguro de si volverá a ser capaz de dormir con la luz apagada.

Tres



La madre de Pulga lo visita en medio de la noche. Al entrar en la habitación no parece una mujer de verdad. Está hecha de papel y de ceras para colorear; como uno de sus dibujos, pero con vida. Pero aunque se trate de un dibujo bastante tosco, Pulga cree que es de verdad. No sabría decir si es producto de su imaginación o no.

—Hola, mamá —saluda.

La madre de papel se sienta en la cama a su lado. Se inclina y le da un beso en la mejilla con labios de papel huecos que se aprietan con suavidad contra su piel.

—Hola, cariño —dice ella. El movimiento de sus labios garabateados en rojo no está sincronizado con su voz—. ¿Qué tal te ha ido el día?

Sus ojos no son más que dos óvalos mal dibujados. Las pupilas (dos pequeños asteriscos) se mueven de manera extraña dentro de los óvalos cada vez que lo mira. Las pestañas torcidas se unen como fuegos artificiales en miniatura cuando pestañea.

—No muy bien —responde Pulga—. Darcy, la niña que me gusta, no ha ido a clase. Creo que estaba enferma, pero eso no tiene sentido porque nunca se pone mala. Estoy preocupado por ella.

Su madre le pasa los dedos arrugados por el pelo revuelto.

—No te preocupes, cariño —lo consuela—. Seguro que se encuentra bien.

Al acariciarle el cuero cabelludo, los dedos de papel hacen un ruido fuerte de rozadura.

—Pero ¿y si no vuelve nunca más? ¿Y si la han expulsado del colegio?

—Volverá —responde ella—. Ya verás.

La punta de una de sus uñas le roza la frente y le produce un corte con el papel. Pulga se encoge durante un segundo, pero no le molesta demasiado. Se siente muy feliz de estar con ella.

—Pero aunque vuelva, también estoy preocupado por culpa de Mike — prosigue Pulga—. Es el matón del colegio. Dice que está enamorado de Darcy,

y que ella también le quiere.

Pulga se enjuga la sangre que le gotea de la frente. Entonces su madre de papel vuelve a hacerle un corte cuando lo besa de nuevo en la mejilla. Lo normal es que le haga varios cortes a Pulga cada vez que lo visita. Está hecha de papel, no lo puede evitar.

—Está mintiendo —dice—. No te preocupes por él. Darcy solo te quiere a ti.

—Pero yo pensaba que era el único que la quería.

—Darcy es una niña muy guapa. Estoy segura de que muchos niños querrán ser sus novios. Pero ella solo te quiere a ti. Sé que es así.

—Pero ¿qué hago con Mike? Me ha dicho que soy hombre muerto si me siento con ella.

—No puedes dejar que te la arrebate.

—¿Y qué hago si me quiere pegar?

—A veces tienes que luchar por la persona a la que amas. No la dejes sin antes pelear por ella.

—Vale —accede él, y le dedica una sonrisa a la cara de papel—. Gracias, mamá.

Pequeños chorros de sangre le surcan la cara a causa de los cortes, pero no le importa. Quiere mucho a su madre de papel. Cuando está con ella, sus problemas siempre desaparecen. Ya no le preocupan ni Darcy ni Mike. Tampoco le preocupa que los siniestros invadan la guardería. Se siente en paz con el universo.

Cuando Pulga la abraza para despedirse, lo hace tan fuerte que le arruga la cadera y se la deja como una bola de papel.

—Te quiero, mamá —dice.



—¿Qué has dicho?

La Tata Warburough se inclina sobre Pulga y lo despierta cuando él trata de abrazarla. Cuando los ojos del niño se abren, la cara dibujada con ceras de su madre se convierte en la cara de la tata.

—¿Eh? —pregunta Pulga mientras recobra la consciencia.

—¿Acabas de decir que me quieres? —inquiere la tata.

Está enfadada. Tiene la mano alzada como si estuviera a punto de

abofetearlo.

—Lo siento —se excusa—. No sabía que eras tú.

La niñera le da dos bofetadas en la frente antes de que le dé tiempo a hacer nada.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me digas eso? —le grita mientras le pega en las manos cuando el niño trata de protegerse—. Primero sales de la guardería ¿y ahora esto? ¿Qué te ha dado, niño?

—Solo estaba soñando —implora Pulga, y se acurruca en una esquina de la cama—. No me pegues más.

—Ya conoces las normas —le informa la tata—. No me puedes abrazar, no me puedes llamar «mamá» y nunca, nunca me digas «te quiero».

Pulga se tapa con la sábana y se pone a llorar. La tata le golpea tres veces más en la cabeza y se va.

—No lo vuelvas a hacer —le espeta, muy enfadada—. Y ahora, prepárate para ir al colegio o llegarás tarde.

Cuando se va, Pulga le grita:

—¡No te lo estaba diciendo a ti! ¡Estaba soñando con mi madre!

Pero no está seguro de que le haya oído.

Mientras Pulga se quita el pijama y se pone el uniforme del colegio, maldice a la Tata Warbrough por no haberle escuchado. No lo hace por haberle agredido. Él sabe que lo que más detesta es pegarle y que a ella no le queda más remedio. Esas son las normas que le impusieron sus padres. Hay que responder a toda muestra de afecto con un castigo físico.

No entiende por qué el no poder decirle a su tata que la quiere es una norma tan importante. Ahora ya sabe por qué no puede salir de la guardería, pero esta otra regla no tiene ningún sentido.

La Tata Warbrough dice que la norma está pensada para que Pulga y Polly no la vean como una figura materna. Ella es quien los cuida, y nada más. Cuando crezcan y dejen la guardería no volverán a verla en la vida. Estarían malgastando su amor con ella. En lugar de eso, deben centrarse en querer a sus padres de verdad. La tata siempre le dice a Pulga que sus padres son muy celosos y que no se le permite amar a otros que no sean ellos. Aunque no los conozca, está obligado a quererlos con todo su corazón.

De hecho, Pulga sí que quiere a sus padres con todo su corazón, pero también quiere a la Tata Warbrough. Aunque no lo diga en voz alta, siempre la querrá. No se imagina el día en el que ella salga de su vida para siempre.



Llega a clase en el mismo instante en que lo hace Mike. Se miran el uno al otro desde esquinas opuestas de la habitación. Entonces, Pulga sale corriendo hacia su sitio. Mike intenta ganarle acortando por el pasillo de en medio, pero Pulga es más rápido que él.

—¿Qué haces en mi sitio? —grita Mike—. Ya te dije que me iba a sentar aquí.

Pulga mira en dirección al profesor.

—Señor Robertson, dígame a Mike que deje de intentar quitarme el sitio —le pide.

—Sentaos en vuestros sitios, por favor —dice el señor Robertson.

Mike da un paso atrás, y lo mira fijamente.

—Aquí no se viene a cotillear —continúa el profesor mientras se ajusta las gafas de alambre—. Aquí se viene a aprender.

Mike le pega un empujón a Pulga cuando el profesor mira para otro lado.

—¿Así que ahora te chivas? —espeta—. Eres hombre muerto.

Cuando Mike vuelve a su sitio, el señor Robertson empieza la lección. Darcy no ha llegado todavía. Pulga mira por la clase y se pregunta dónde puede estar, pero no la ve. Falta por segundo día consecutivo. Se fija en que están ausentes la mitad de los alumnos y nadie parece haberse dado cuenta excepto él.

—¿Dónde está todo el mundo? —le pregunta al profesor, levantando la mano.

El profesor pasa la mirada por toda la clase.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

—Los demás alumnos. ¿Qué les ha pasado?

—Se han ausentado —responde.

—¿Todos a la vez? —insiste Pulga.

—Basta de interrupciones —sentencia el profesor.

Solo quedan unos doce niños en la clase. Mike y Justin se encuentran entre ellos. Al mirar por toda el aula, Pulga se da cuenta de que al resto de los niños presentes les pasa algo. Simon, el niño raro que se sienta al final de la clase, ya no es el único que tiembla. Rebecca, la niña que se suele sentar junto a él, también tiritita y se agita mientras toma apuntes. Samantha, que se sienta en

la otra punta de la fila, sacude de vez en cuando la cabeza como una loca, como si la estuviesen electrocutando cada tres minutos. Y Tori, la niña que se sienta al lado de Mike, lo hace mirando hacia atrás, tomando apuntes y con la vista puesta en la pared del fondo, como si la hubiese confundido con la pizarra.

Pulga se pregunta qué les pasa. Parece como si todos fueran enfermos mentales. Piensa que quizá sea una enfermedad que se está extendiendo por la clase y que obliga a muchos de sus compañeros a quedarse en casa. Al ver a Samantha sacudir la cabeza mientras los ojos le dan vueltas, Pulga empieza a sentir miedo. No quiere contagiarse de algo tan horrible.



A la hora del patio, Pulga le pregunta a Justin si sabe por qué faltan tantos alumnos en clase, y qué les ha pasado a los niños que tiemblan de manera extraña.

—No lo sé —responde Justin, más preocupado por hacer botar el balón contra el suelo.

—¿Crees que todos están malos? —inquire Pulga—. Mi tata dice que la gente ya apenas se pone enferma.

Justin lanza a la canasta.

—Debe de ser una casualidad —sentencia.

Igual que pasó el día anterior con Simon, no se da cuenta del extraño comportamiento de los otros alumnos.

—Me preocupa que se los hayan llevado los siniestros —continúa Pulga—. Mi tata me dijo lo peligrosos que eran. Matan a los niños mientras duermen y se llevan los cuerpos.

Justin no está atento a la conversación cuando le menciona a los siniestros; en vez de eso, está concentrado en atrapar el balón y hacerlo botar.

—Es verdad —prosigue él—. A mi hermano mayor se lo llevaron cuando Polly era pequeña. Lo mataron. ¿Y si los siniestros están matando a los otros niños? ¿Y si han matado a Darcy?

Justin vuelve a lanzar la pelota a la canasta, pero falla y rebota en el tablero. No le está prestando atención a Pulga. Es como si lo estuviera desdeñando a propósito, como si en el fondo supiera de la existencia de los siniestros pero se negara a admitirlo.

—Mi tata dice que pueden entrar en las guarderías cuando se va la luz —continúa—. Si la luz se ha ido muchas veces, pueden haber muerto un montón de niños.

Justin no quiere seguir escuchando.

—¿Vamos a jugar o qué? —le suelta.

Pulga se da cuenta de que no va a conseguir nada con él. Se pregunta si todo este asunto no será culpa de los siniestros. Los niños que tiemblan le han hecho pensar que a lo mejor se trata de una enfermedad que se está propagando, pero a lo mejor no se comportan de manera extraña porque estén malos. Puede que en realidad están traumatizados por los siniestros que han invadido sus habitaciones.

—Espera un momento... —Pulga acaba de tener una revelación extraña al contemplar a Justin botando el balón—. ¿De dónde ha salido esa pelota?

—¿Qué quieres decir? —pregunta Justin.

—¿Es nueva?

—No —responde el otro niño.

—Ayer, Mike la tiró al otro lado del muro, ¿te acuerdas? ¿Cómo la has recuperado?

Justin se encoge de hombros.

—No lo sé. A lo mejor el señor Robertson fue a buscarla.

—¿Y él cómo la ha conseguido? No hay ninguna puerta que te lleve al otro lado de la pared.

—A lo mejor alguien del otro lado la volvió a tirar dentro.

Pulga se queda mirando la pared. Se pregunta quién puede haber allí para devolvérsela.

—¿Acaso vive gente al otro lado del muro? —inquire—. Nunca he oído ningún ruido que venga de allí. Ni voces. ¿Cómo podemos saber si hay alguien ahí?

Justin lanza a canasta.

—¿Qué más da? Vamos a jugar.

Pulga accede, y el otro niño le pasa el balón. Lo dribla tres veces, pero entonces repara en que Mike va hacia él. Tiene cara de enfadado, como si planease hacerlo picadillo.

—Perdona, Justin —se disculpa Pulga, y le pasa el balón a su amigo—. Me parece que me voy a ir pronto a casa.

—¿De verdad? De ninguna manera.

Justin no parece darse cuenta del peligro en el que se encuentra su amigo. Pulga va en dirección contraria a donde está Mike, dirigiéndose hacia la clase.

—Nos vemos mañana.

Entonces sale corriendo hacia la clase y se teletransporta de vuelta a casa.

Cuatro



Polly grita y embiste con sus cuernos contra la caja de juguetes. Tiene la cara roja y aprieta los dientes. Aplasta un tren en miniatura contra el suelo y carga hacia delante, clavando las astas en la pared. La habitación se ha convertido en una zona catastrófica. El papel pintado de la pared está rajado, la puerta llena de agujeros y la alfombra está plagada de juguetes rotos. El vestido de la niña está cubierto de polvo de yeso.

—¿Qué le pasa? —pregunta Pulga a la Tata Warburough.

El niño se ha refugiado debajo de la mesa de estudio de la biblioteca y se esconde de su hermana mientras esta destroza la guardería y ataca a todo lo que se le pone por delante. Le sale espuma por la boca mientras gruñe y grita. Se ha vuelto completamente loca.

—Ahora ya es una mujer —responde la niñera—. Las mujeres adultas se comportan así cuando están en celo.

La tata se agacha debajo de la mesa y rodea al niño con sus brazos rechonchos. Él cierra los ojos y se relaja, dejándose abrazar. Aunque no le está permitido abrazar a la tata, ella sí que lo puede hacer si tiene que calmarlo, aunque nunca se refiere a ese gesto como «abrazo».

—No te preocupes —continúa—. El ataque se le pasará pronto.

Pulga no se explica cómo una persona se puede enfadar tanto, ni tan rápido. La tata nunca le explicó todos los cambios por los que iba a pasar su hermana. No sabía que iba a crecer tanto ni que le iban a salir unos huesos horribles con forma de árbol en la cabeza. Nunca se imaginó que fuera a ponerse tan violenta como para romper todo lo que se pusiera en su camino.

—Estos ataques van a ser cada vez más frecuentes —dice la tata—. Pero nunca van a durar más de una hora. Te tendrás que acostumbrar.

—No me gusta cuando se pone así —se queja Pulga.

—Está encerrada en la habitación de los juguetes. No te puede hacer daño.

El eco de los gritos de Polly y el ruido de las astas rascando el yeso resuena por toda la biblioteca. Es como si estuviera sufriendo un dolor

terrible.

La tata sigue hablando:

—Por lo general, las mujeres se toman una medicación que las calma cuando llegan al pico de su ciclo menstrual, pero aquí no tenemos. La guardería no se diseñó para albergar a mujeres adultas.

—Está rompiendo todos los juguetes... —llora Pulga.

La tata lo aprieta contra su pecho rollizo y él llora contra su cuello.

—No te preocupes por los juguetes. No pasa nada. No son cosas vivas.

Pulga se tapa las orejas e intenta no escuchar. No tenía suficiente con preocuparse de los siniestros y de lo que sea que hace que los demás niños del colegio falten a clase, que ahora también se tiene que preocupar de si su hermana le va a atacar porque está en celo. Desea que su hermana vuelva a ser normal. Desea que no siga creciendo.



Pulga no reconoce lo que hay para cenar. Ha presionado el botón para hacer que la comida salga de dentro de la mesa como cada noche, y esperaba que salieran el pollo y las empanadillas que tocaban hoy, pero lo que ha salido de la mesa es algo completamente diferente. No se trata de una de las once cenas que les suelen servir.

—¿Qué es esto? —pregunta.

Polly no responde. No ha dicho nada desde el episodio violento de la habitación de los juguetes, y está tan cansada que no puede mantener los ojos abiertos durante más de dos minutos. El pelo verde le tapa la cara, y una de sus mejillas descansa sobre su hombro sudado.

—¿Es comida? —sigue preguntando Pulga mientras pincha con un tenedor el trozo de carne con púas que hay en la bandeja.

A Polly se le empieza a caer la baba encima de la mesa.

Pulga llama a gritos a la Tata Warburough, que está en otra habitación:

—¡Tata, la comida está rara!

Ella entra en la sala del té para ver cuál es el problema.

—Mira: está rara y estropeada.

La tata inspecciona la comida de los niños con atención. En lugar del pollo y las empanadillas que se suponía que deberían haber aparecido, es una mezcla de diferentes platos, que incluye pastel de carne, patas de cangrejo,

pudding de tapioca, cruasanes y alcachofas. Parece una escultura de comida surrealista y alienígena.

—Mmm... —dice la niñera. Pincha la escultura con un cuchillo, y un chorro de salsa de rábano supura como una cascada—. Las máquinas de comida deben de estar estropeadas. Tendré que arreglarlas mañana por la mañana antes de desayunar.

—¿Y la cena, qué? —protesta Pulga.

La tata sirve una cucharada del pringue extraño en un plato y lo pone delante de la cara de Polly.

—Cómeme esto —dice, mientras le sirve a Pulga un plato de esa comida grotesca.

—Yo eso no me lo como —grita él—. Es asqueroso.

La tata le pone el plato delante.

—Es todo lo que vas a tener para comer hasta el desayuno de mañana —le espeta—. Puedes comerte esto o puedes morirte de hambre.

—Pero ¿cómo se supone que me tengo que comer esto? —Pulga señala la comida. Las pinzas de cangrejo y los trozos de alcachofa parecen formar la cara de una criatura hambrienta que lo mira desde el plato—. Parece que sea ella la que se me quiere comer a mí.

La tata deja de prestar atención a las quejas del niño.

—No te vas a poner malo por comértelo —dice, saliendo de la sala del té—. Todos los ingredientes están bien cocinados. Imagínate que estás comiendo varias comidas a la vez.

Una burbuja de mayonesa caliente explota en la parte de arriba de una de las protuberancias de la escultura de comida alienígena, y Pulga decide que prefiere no comer nada hasta la hora del desayuno.

A Polly no parece importarle la pinta tan rara que tiene la comida y se va llevando cucharadas a la boca como si fuera una automática.

—¿Cómo te puedes comer eso? —le pregunta Pulga.

—Hambre... —responde ella entre cucharada y cucharada.

—Pero es asqueroso.

—Da igual. Necesito comer.

Pulga es incapaz de mirarla mientras ella sorbe la pasta cremosa que se mueve de manera sinuosa. Pero a medida que come, parece que se va recuperando del cansancio. La está ayudando a recuperar sus fuerzas.

—Das miedo cuando estás en celo —le dice su hermano.

Entonces le lanza una mirada que parece una amenaza de muerte en caso de que le vuelva a mencionar lo que ha hecho en la habitación de los juguetes. Pulga decide que lo mejor será olvidarlo para siempre.



Un ruido de rascadas proveniente del respiradero que tiene sobre la cama despierta a Pulga. Este parpadea dos veces, tratando de acostumbrar los ojos a la oscuridad de la habitación. Vuelve a oír otro sonido de arañazos, esta vez más cercano e intenso. Hay algo en el espacio de ventilación, y acecha entre las paredes de la guardería.

Entonces se da cuenta de que la tata estaba en lo cierto. Los siniestros se pueden colar entre las paredes. No está seguro de cómo han llegado hasta ahí, porque si esos espacios dieran a algún pasillo que lleva fuera de la guardería, él lo habría descubierto hace años. Pero tiene que ser un siniestro. Los ruidos son iguales que los que oyó en el pasillo de fuera.

—No te preocupes, cariño —lo calma una voz amortiguada debajo de él. Su madre de papel sale de debajo de la cama y enciende la luz.

—Los siniestros no te pueden atrapar aquí dentro —continúa—. No con la luz encendida.

Se mete con él en la cama, arrugando los brazos de papel entre las sábanas.

—Están en el espacio de ventilación... —dice él.

—Si no te vuelves a meter ahí, estarás a salvo.

Lo rodea con los brazos y aprieta sus pechos contra la cara del niño.

—No lo entiendes —protesta Pulga—. Hay una cosa muy importante ahí escondida.

Ella le acaricia la frente para calmarlo y hacer que se calle.

—Shhh... Olvídalo, no es tan importante.

—Es un dibujo que hice de ti. Es mi dibujo favorito. No puedo dejar que se lo lleven los siniestros.

Ella lo insta de nuevo a callarse y, al intentar acariciarle con sus afilados dedos de papel, le hace un corte en la zona sensible de detrás de las orejas.

—No necesitas dibujos míos. Ya tienes a mi yo real, guardada para siempre en tu corazón.

Los sonidos de rasguños se van acercando hasta que algo rasca contra la

rejilla del respiradero. La madre de papel le tapa la cabeza con la sábana y lo estrecha entre sus brazos arrugados, le da un beso en la frente y le canta una nana hasta que se duerme.



Una alarma salta, y Pulga se aparta las sábanas de la cara. Su madre de papel ya no está en la cama con él. Ya no hay ruidos de rasguños provenientes del espacio de ventilación, pero por toda la guardería resuena una estruendosa sirena.

—¿Qué es eso? —grita Pulga mientras sale de su habitación.

Polly se frota los ojos y se apoya contra el marco de la puerta de su dormitorio.

—Suena como si viniese de la habitación del bebé —dice.

—¿La habitación del bebé? —Pulga se queda mirando la puerta al otro lado del pasillo. Nunca ha podido ver mucha cosa de la habitación del bebé —. ¿Por qué sale una alarma de ahí?

La Tata Warbrough aparece corriendo en dirección a ellos.

—Algo viene por el túnel de los bebés —anuncia.

Pulga recuerda que ella misma le dijo que los siniestros se podían colar por allí. Se pregunta si será la misma criatura que estaba antes en el espacio de ventilación.

La tata se saca una llave del cinturón y abre la habitación del bebé. Se ven unas luces rojas cuando esta empuja la puerta.

—Si se trata de un siniestro, se disolverá en cuanto entre en la luz —les explica—. No tenéis de qué preocuparos.

—Aparte de un siniestro, ¿qué otra cosa podría ser? —pregunta Pulga.

La tata no responde.

La habitación del bebé está llena de máquinas y de cables. Un tubo elástico y grasiento del tamaño de un saco de dormir cuelga del techo. Es lo que la tata llama el túnel del bebé. También hay un recipiente de goma en el centro de la estancia, bajo el tubo. La tata lo llama «cuna». Dice que ahí dormían Pulga y Polly cuando eran recién nacidos.

—Ahí viene —anuncia la tata.

Los niños se esconden detrás de ella mientras el túnel del bebé late y se agita. Pulga espera que la tata esté en lo cierto con respecto a que los

siniestros se disipan en la luz. Pero también espera poder verlo antes de que desaparezca. Quiere saber cómo son.

Una masa amorfa de mucosidad sale del túnel y el recipiente se llena de un fluido gris y espeso. Entonces, una bola blanca cubierta de mocos rezuma del túnel y se desliza dentro de la cuna de goma caliente.

La Tata Warburough se lleva una mano a la boca, sorprendida al ver la esfera reluciente.

—No me lo puedo creer...

—¿Es un siniestro? —inquire Pulga—. ¿Los siniestros son así?

La tata niega con la cabeza.

—No es un siniestro. Es un huevo.

Se dirige hacia la esfera blanca y frota con los dedos la superficie, que está templada. Algo se mueve en su interior.

La tata se gira hacia Pulga y Polly con una gran sonrisa.

—Vais a tener una hermanita.



Cuando el huevo se abre, la habitación del bebé se llena de un olor a pescado podrido. Un gusano gordo y gris sale de la cáscara carnosa del huevo, chillando y gruñéndole a la tata.

—¿Qué es eso? —pregunta Pulga.

—Ya te lo he dicho —responde la tata—. Es una niña.

Cuando la tata coge en brazos esa criatura blanda que se retuerce, Pulga se pregunta si no se estará equivocando.

—Los bebés no tienen esa pinta. He visto fotos de bebés en los libros de la biblioteca y no son así.

—Eso eran los bebés de antes —aclara la tata—, pero ahora son así.

Pulga mira a su hermana mayor, pero esta está de acuerdo con lo que dice la tata.

—Pensaba que habías dicho que nuestros padres no tendrían más hijos —dice Polly.

—Estaba segura de que habían acabado —responde ella—. Hoy en día, los padres humanos dan a luz cada cinco años hasta que no pueden seguir teniendo hijos. Como el último que nació fue hace diez años, pensaba que ya habrían acabado. A lo mejor el huevo se ha pasado cinco años enganchado en

el túnel en estado de congelación. —La tata se queda pensativa durante unos instantes—. O a lo mejor le pasó algo al último huevo antes de llegar hasta aquí...

Los ojos del bebé se le salen de las cuencas como los de una babosa.

—Supongo que no importa —prosigue la tata—. El bebé está aquí ahora, y eso es lo que cuenta. Tenéis un nuevo miembro en la familia.

La tata les sonríe, pero los niños no le devuelven la sonrisa. Polly está muy enfadada por la aparición del bebé, y Pulga está confuso.

—No me pienso hacer cargo de ella —anuncia Polly—. La última vez fue una pesadilla.

—No, no —responde la tata—. Esta vez es a tu hermano a quien le toca hacerse cargo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta él.

—Alimentarla será trabajo tuyo —le anuncia la tata—. Ven aquí, te enseñaré.

Polly se encoge cuando mira la criatura y gira la cara.

—Me vuelvo a la cama —les dice, y sale de la habitación.

—Pero Polly, ¿no la quieres coger en brazos primero? —pregunta la tata.

—No, gracias —responde, y cierra la puerta de su dormitorio.

El gusano gordo sisea y escupe cuando Pulga se acerca.

—¿Cómo se llama?

—Vamos a ver... —La tata se acerca a uno de los ordenadores mientras mece al bebé cubierto de babas—. Tus padres siempre mandan el nombre del niño cuando lo envían por el túnel.

Arranca un papel que ha salido impreso de la computadora y lo sostiene cerca de la cara para leerlo, pero cuando abre la boca para leer las palabras, Pulga no entiende lo que dice.

—¿Qué has dicho?

Ella lo vuelve a leer, pero Pulga sigue sin entender nada.

—Es lo que pone en el papel —dice, y se lo tiende.

BEBÉ n.º 4

GÉNERO: Hembra

NOMBRE: Kjhg22yu76(y*&^m

Pulga lo lee en voz alta.

—¿Kjhg22yu76(y*&^m? Tiene que ser un error. Ni siquiera es una palabra de verdad.

—Sea una palabra de verdad o no, es el nombre que tus padres han escogido para esta niña. Tenemos que respetar sus deseos.

—Pero ¿cómo se pronuncia?

La tata se vuelve a quedar mirando otra vez esa palabra sin sentido.

—La podemos llamar «Kajhug» para abreviar —dice.

Entonces pone al bebé en la cama y desabotona la chaqueta del pijama de Pulga, quien se aparta a un lado.

—¿Qué haces? —grita este.

—Quiero que cojas en brazos a tu hermana. Te la tienes que acercar a la piel desnuda.

—No quiero cogerla en brazos —exclama Pulga, y se cierra la chaqueta.

—Tienes que cogerla para alimentarla —le riñe la tata—. Es tu responsabilidad.

La tata lo agarra de la muñeca y lo obliga a acercarse a la cuna, donde le vuelve a desabotonar la chaqueta del pijama. El bebé, que no tiene ni brazos ni piernas, se retuerce entre los restos del huevo de textura carnosa del que ha salido. Sus grandes ojos de insecto miran a Pulga y parpadean, al tiempo que el agujero pringoso que tiene por boca se abre en un chillido.

—Que sea rápido —suplica Pulga.

La tata mete al bebé dentro de su chaqueta de pijama y la vuelve a abotonar hasta la mitad.

—Tienes que aguantarlo así —le explica, y pone los brazos de Pulga alrededor de la criatura, que no para de contonearse dentro su pijama.

Pulga gime al notar que el pecho se le llena de mocos y aparta la cara cuando la peste a pescado podrido le invade las fosas nasales.

—Está pegajoso... —protesta.

El bebé empieza a vibrar contra la barriga de su hermano mayor, como si fuese un gato enorme que ronronea.

—Le gustas —lo anima la tata al tiempo que sonrío como si fuera la cosa más mona del mundo—. Sabía que le ibas a encantar.

El ronroneo hace que Pulga empiece a notar cómo se le entumece la barriga.

—Quiero volver a la cama —dice Pulga.

La tata niega con la cabeza.

—No puedes volver a la cama hasta que no le des de comer al bebé.

—¿Y cómo lo hago? —pregunta.

—Basta con que no hagas otra cosa que tenerla en brazos. Ella misma se alimentará de ti.

—¿De mí? —gime el niño—. ¿Qué quieres decir?

De pronto, siente un dolor agudo en el abdomen, como si una docena de cuchillos diminutos le estuvieran abriendo la carne al mismo tiempo.

—¡Me ha mordido! —aúlla.

—Pues claro que te ha mordido. Tiene que comer.

Pulga se desabotona la chaqueta del pijama y ve que la boca del bebé gusano está enganchada justo por debajo de sus costillas, mordiéndole con unos dientes diminutos que parecen los de una lamprea.

—¿Qué me hace? —llora Pulga—. ¡Quítamelo!

—Hace mucho tiempo, a los bebés humanos se los alimentaba con la leche de los pechos de sus madres —explica la tata—. Pero las madres ya no producen leche. Hoy en día, cuando los bebés están en su estado larvario, se alimentan de la sangre de sus huéspedes. Son parásitos. Tú serás su huésped a partir de ahora, y se alimentará de ti cinco veces al día hasta que salga de su estado larval. Cosa que no ocurrirá hasta dentro de un año y medio.

Oye al bebé chistar y succionar al alimentarse de su barriga. Siente cómo la sangre fluye de su cuerpo y baja por la garganta de la criatura.

—Pero ¿por qué yo? —pregunta—. ¿Por qué no lo podéis hacer Polly o tú?

—Esta vez te toca a ti —contesta la tata—. A lo mejor Polly te sustituye una o dos veces si la pérdida de sangre te deja muy débil, pero estás grande y fuerte, así que seguramente no hará falta. Polly solo tenía cinco años cuando tú te alimentabas de ella. Algunos días apenas podía salir de la cama, pero sobrevivió. Tú también sobrevivirás.

Pulga intenta arrancarse a la sanguijuela, pero está firmemente agarrada. No solo porque sus dientes se le anclan a la barriga como pequeños anzuelos, sino también porque su cuerpo de gusano hace succión contra la piel del niño.

—Solo tienes que asegurarte de que no la alimentas durante demasiado tiempo —continúa la tata—. A esta edad, un bebé como ella suele ser muy voraz. Te dejaría seco en un momento.

La cara de Pulga se queda congelada en una mueca de terror mientras el bebé sigue ronroneando y chupando agarrado a su cuerpo, haciéndose cada vez

más gordo y redondo a medida que se va alimentando de su sangre. Ahora desea que lo que llegó por el túnel hubiese sido un siniestro. Le habría dado menos miedo que un bebé humano.

Cinco



El bebé sisea y babea por toda la alfombra del cuarto de los juguetes. Acaba de desayunar copiosamente, por lo que está más rollizo y se le notan más los anillos que forman su cuerpo. Pulga apenas puede creerse que ese insecto monstruoso sea en realidad su hermana.

—¿Por qué es tan fea? —pregunta.

La tata suspira al oírlo.

—Las cosas son así —dice—. Antes, los bebés no eran tan feos, pero las cosas cambian. La evolución humana ha tomado un camino diferente durante los últimos siglos.

A Pulga le tiemblan las manos cuando se frota la herida abierta que tiene en el estómago. La noche anterior, la niña le succionó tanta sangre que apenas pudo dormir. Se sentía enfermo y exhausto, y le dolían hasta los huesos. Pero esta mañana, el bebé parecía tener todavía más hambre. Era como si estuviera decidida a beberse hasta su última gota. Estaba demasiado débil hasta para quitárselo de encima.

—Antes, los bebés eran monos —prosigue la tata—. Al principio, los humanos evolucionaron para desarrollar un factor ternura de modo que los adultos sintieran afecto por ellos y quisieran amarlos y protegerlos durante el tiempo en que fueran niños indefensos. Pero ese factor ternura se ha perdido con los siglos.

La niñera se aparta a la hermana-gusano de Pulga de la pierna antes de que esta le clave los dientes de lamprea.

—Ahora los bebés nacen feos —prosigue la Tata Warburough mientras alza al bebé—. Y mientras aquel factor ternura servía para atraer a los humanos adultos, el factor repulsión de ahora hace lo contrario. Hace que los adultos los rechacen. Los padres no quieren tener nada que ver con sus hijos hasta que no han crecido.

A Pulga se le encienden los ojos.

—Espera un momento... —dice—. ¿Esa es la razón por la que nuestros padres se niegan a venir a vernos? ¿Porque les parecemos feos?

La tata no responde a su pregunta de inmediato y se centra en envolver al bebé en una manta de color rosa.

—Siempre nos has dicho que era porque estaban muy ocupados y eran gente muy importante —protesta Pulga—. Nos has mentado, ¿verdad?

—Lo siento, no debería de haberte dicho eso —se disculpa la tata—. Es algo que tus padres te deberían explicar cuando crecieras.

—¿Así que piensan que somos asquerosos? —pregunta Pulga.

—No son solo vuestros padres —responde la tata—. Son todos los padres humanos los que piensan así. Por ese motivo, los niños crecen en las guarderías. Hace mucho tiempo, los padres intentaban criar a los niños ellos mismos, pero como sus hijos los horrorizaban, no conseguían amarlos. De hecho, los detestaban. El hecho de que todo el mundo crecía sin el amor de sus padres tuvo un efecto muy negativo en la civilización humana. La gente era cada vez más fría e insensible. Ahora que se cría a los niños en sus guarderías, separados de sus padres y del resto de humanos, pueden hacerlo en un entorno afectuoso.

—¿Y tú? —pregunta Pulga—. ¿También piensas que somos asquerosos?

La niñera niega con la cabeza.

—Las tatas somos diferentes. Al revés que a los padres, tenemos el instinto de querer a los niños sin importarnos el aspecto que tengan. No vemos más que belleza en vosotros, incluso cuando estáis en estado larval y bebéis sangre.

Pulga casi se cae cuando intenta levantarse. La falta de sangre le hace perder el equilibrio.

—Así son las cosas ahora —le dice la tata—. No te lo tomes como algo personal.

Pulga no escucha lo que le dice mientras sale de la habitación. No quiere oír ni una sola palabra más sobre bebés mutantes ni padres desalmados. Ni siquiera le apetece desayunar, pues sabe que la tata todavía no ha arreglado las máquinas de comida. Solo quiere irse al colegio. Espera que Darcy vuelva a su sitio junto a él.



El profesor no dice nada cuando Pulga llega al colegio esa mañana. Se limita a sentarse detrás de su mesa y a mirar un fajo de papeles.

Darcy tampoco vuelve a aparecer, ni ninguno de los niños que se ausentaron el día anterior. Faltan otros tres estudiantes. Pulga se sentiría más alarmado por todo eso, pero se encuentra demasiado débil como para que le importe. Espera a que empiece la clase, pero una hora después el profesor sigue sin decir nada. El señor Robertson está ahí sentado, sin hacer otra cosa que mirar sus papeles.

Pulga mira a los otros alumnos que hay a su alrededor. Están quietos, mirando hacia delante, esperando a que empiece la clase.

—¿Qué pasa? —pregunta, rompiendo el silencio—. ¿Toca estudiar solos toda la mañana o algo?

El resto de los niños lo miran conmocionados. Están sorprendidos de que hable durante la clase. Lo normal sería que el señor Robertson castigase a Pulga, pero no le hace ni caso. Durante las siguientes dos horas, ni los mira. Pero es muy típico de él hacerles cosas así a sus alumnos. Pulga siempre se pregunta si se dedica a intentar confundirlos.

—Si no vamos a hacer nada, ¿podemos salir al patio? —pregunta Pulga.

El resto de niños se lo vuelven a quedar mirando. Pasa otra media hora.

El silencio se hace añicos cuando, en el patio, una pelota de baloncesto golpea el borde del tablero. A través de la ventana ve a Justin jugando fuera. Está solo. Pulga no sabe ni cómo ni cuándo su amigo se ha escapado de la clase, pero cree que ha tenido una buena idea.

Se levanta de su silla y se agacha, asegurándose de que el señor Robertson no pueda verlo. Entonces, se escabulle de la clase y sale al patio.

—No me puedo creer que hayas hecho novillos —le dice a Justin mientras cruza el patio hacia él—. ¡Tienes más agallas que yo!

Justin lo mira confundido.

—¿Qué quieres decir? —pregunta—. Yo no he hecho novillos.

Pulga se ríe.

—Pues claro que sí. —Señala a los otros niños, que siguen sentados en sus sillas al otro lado de las ventanas—. Todo el mundo sigue en clase. ¿No te has dado cuenta de que estabas aquí solo?

Justin parece todavía más confundido.

—Yo no estoy aquí solo...

Pulga se pregunta qué le estará pasando a su amigo. Debe de estar desorientado.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta.

Justin se encoge de hombros.

—Sí, vamos a jugar —dice, y le pasa el balón.

Pero Justin no le pasa el balón a Pulga. Lo pasa hacia su izquierda, como si hubiese alguien más allí. El balón acaba en la zona de arena. Justin se lo queda mirando, como si esperase a que una persona invisible se lo trajera.

—Ya voy yo —dice Pulga, y se dirige a la arena a recoger la pelota.

Pulga sabe que no puede ser de otra manera: Justin está empezando a desarrollar la enfermedad, la misma que está afectando a tantos niños de la clase. Está empezando a parecer raro, como Simon. Se pregunta cuántos más estarán infectados. Incluso el profesor parece estarlo. ¿Cuánto tiempo debe faltar para que le pase lo mismo?



—Ahora sí que eres hombre muerto —le grita Mike mientras cruza el patio en su dirección.

Pulga no tiene muy claro de dónde ha salido. No viene de la clase. Ha salido de algún sitio de entre las sombras más allá de los columpios, como si se hubiese pasado el día acechándolo, esperando el momento preciso para atacarlo.

—Te lo mereces desde el día en que empezaste a entrometerte entre Darcy y yo —le espeta.

—¿De qué hablas? —pregunta Pulga, y se echa hacia atrás—. Darcy siempre ha estado conmigo.

Justin lanza a canasta y se lo queda mirando.

—Deja que se quede con Darcy para que podamos seguir jugando.

—¿Qué? —La sugerencia lo ha dejado estupefacto—. Ni hablar.

Mike está en el centro de la cancha de baloncesto, haciendo crujir sus nudillos.

—Si la quieres, tendrás que pelear por ella —dice Mike.

—No quiero pegarme contigo —responde Pulga.

—No tienes alternativa —suelta Mike.

Pulga sabe que tiene razón. Tiene que pelear. Su madre de papel le dijo que a veces hay que luchar por la gente a la que amas. Pase lo que pase, no piensa abandonar a Darcy sin pelear.

—No le vas a ganar —le dice Justin—. Que se quede con tu novia, no

tienes alternativa.

Mike carga, apuntando con sus nudillos a la cara de Pulga.

—No la pienso dejar —grita Pulga mientras aprieta la mano en un puño. Cuando chocan, Pulga esquiva el ataque pesado y torpe de Mike, salta con el puño por delante y golpea al matón en la zona blanda bajo su barbilla pecosa.

A Mike se le despegan los pies del suelo y se queda suspendido en el aire. Entonces, explota.

Pulga se tambalea, estupefacto, mientras el cuerpo del matón se desmenuza en cientos de partículas pixeladas y desaparece.

—Pero ¿qué...? —exclama Pulga, mirando aún el lugar donde estaba Mike hace unos segundos.

—¿Qué has hecho? —pregunta Justin al tiempo que se aparta de Pulga con una expresión de terror en la cara—. ¡Lo has matado!

—No, yo no lo he matado —grita Pulga—. No sabía que iba a pasar eso.

—Lo has matado. ¡Eres un asesino!

—No, lo debo de haber teletransportado a su casa por el puñetazo.

Justin huye de Pulga y cruza la zona de arena en dirección a los columpios.

—¡Se lo voy a decir al profesor! —sigue gritando—. ¡Lo has matado!

—No lo puedo haber matado —aúlla Pulga—. Mi tata dice que nadie puede morir en el colegio. Que si alguna vez estás en peligro, te teletransportas de vuelta a casa.

Pero Justin sigue corriendo por el patio, gritando:

—¡Lo has matado! ¡Se lo voy a decir al profesor!

Corre arriba y abajo entre los columpios y el carrusel, presa del pánico y moviéndose de manera frenética.

Pulga se da cuenta de que se va a buscar un problema si no sale de allí de inmediato. Vuelve a entrar en clase, se escurre por el pasillo y sale corriendo hasta el teletransportador. Nadie, ni siquiera el señor Robertson, parece darse cuenta de lo que hace.



Para cenar hay una mezcolanza de helado de chicle, palitos de pescado, huevos fritos y tostadas de pepino.

—Tata, las máquinas de comida siguen estropeadas —grita Pulga desde

el otro lado de la habitación.

La Tata Warbrough entra en la sala del té con el bebé chillando en los brazos.

—Pensaba que habías dicho que las ibas a arreglar ayer.

Pulga trata de comportarse de manera normal, como si no ocurriera nada extraño. Pero no puede dejar de pensar en lo que ha pasado antes en el colegio. No está seguro de si de verdad ha hecho que Mike se teletransportase o si, de alguna manera, lo ha matado. No puede decirle a la tata lo que ha sucedido, así que intenta no pensar más en ello.

—¿Arreglar qué? —pregunta la tata.

—Las máquinas de comida. Siguen sin funcionar.

—¿Están estropeadas?

Se comporta como si no tuviese ni idea de qué le está hablando.

—Sí, igual que ayer.

Pulga señala la comida que hay en la bandeja. La tata se inclina a examinarla.

—Mmm... —dice la tata. Pincha uno de los palitos de pescado con un tenedor, lo que hace salir una erupción de salsa de malvavisco como si fuera un géiser—. Las máquinas de comida deben de estar estropeadas. Tendré que arreglarlas mañana por la mañana antes de desayunar.

—¡Eso es lo que dijiste ayer!

A pesar de que la noche anterior fue bastante bulliciosa por la llegada del bebé, el que la tata se haya olvidado de algo tan importante deja a Pulga del todo boquiabierto. No cree que pueda pasar una noche más sin comer.

—Eso ahora da igual —dice la Tata Warbrough—. Kajhug tiene que comer.

—¿Otra vez? —lloriquea él—. Todavía estoy débil después de lo de esta mañana.

—Tienes que alimentarla cinco veces al día —dice la tata, y le pone al bebé en el regazo—. Asegúrate de comer todo lo que puedas para mantenerte fuerte.

—Pero ¿cómo voy a comer si las máquinas de comida están estropeadas?

—Esa comida es perfectamente comestible, da igual la pinta que tenga —sentencia ella—. Cómela, y punto.

El bebé se revuelve dentro de la camisa de Pulga, se desliza torso arriba y le muerde un pezón. Pulga se retuerce en la silla mientras su hermana

succiona y ronronea contra su cuerpo. Chupa la sangre de su pezón y él siente como si estuviera amamantando a un gusano abominable. De entre la ropa le sale un olor a pescado que le ataca los sentidos. La peste hace que la comida que tiene delante sea aún menos apetitosa.



—¿Tata? —llama Pulga, antes de que la mujer salga de la habitación.

Esta se gira y le sonrío.

—¿Sí?

Se queda callado durante un momento, contemplando al bicho que tiene en el regazo, y la vuelve a mirar.

—¿Es verdad que la gente se teletransporta automáticamente a casa si corre el riesgo de hacerse daño? —pregunta.

—Por supuesto —responde ella.

—Entonces, si alguien me pega, ¿apareceré en casa en el momento en que me golpee?

A la tata se le pone cara de preocupación.

—¿Te ha pasado algo en el colegio? —inquire.

Pulga niega con la cabeza.

—No, solo me lo estaba preguntando.

—Todo dependería del nivel de peligro —explica la tata—. El ordenador no te saca del colegio si te caes, te haces un rasguño en una rodilla o un compañero te empuja. Tu vida tiene que estar en riesgo, como si alguien te pegase con un bate de béisbol en la cabeza.

—¿Y por un puñetazo?

—A lo mejor. Tendría que ser un pedazo de puñetazo, ¿eh?

Pulga sonrío.

—Sí, ha sido un buen puñetazo.

—¿Qué has dicho? —pregunta la tata.

—Nada.

Le alivia saber que seguramente no ha matado a Mike. Pero entonces cae en la cuenta de que si sigue vivo, cuando vuelva al colegio estará muy enfadado y querrá vengarse de él.



Polly entra en la sala del té cuando sale la tata.

—Eso es asqueroso —suelta cuando ve la comida.

—Pues ayer no tuviste problema en comértela —dice Pulga.

—Ayer no era yo misma.

Coge varios trozos de tostada de pepino y prefiere pasar del pescado lleno de helado. Cuando se sienta, apretando su culo esponjoso en la silla diminuta, se da cuenta de que algo se retuerce debajo de la ropa de su hermano.

—¿Tienes que darle de comer a esa cosa durante la cena? —grita—. Es asqueroso.

—La tata me ha obligado —contesta Pulga, mientras sostiene a la criatura.

—No me puedo creer que tengamos otra pulga en la guardería —dice Polly—. Las pulgas son asquerosas.

—Espera un momento... ¿Llamas «pulgas» a los bebés?

—Claro —responde—. ¿De dónde te crees que ha salido tu apodo? Cuando eras un bebé, eras igual de repulsivo.

—¿Los llamas pulgas porque chupan sangre? —pregunta él, mirando a su extraña hermana—. Yo creo que se parece más a una sanguijuela que a una pulga.

—Son más como una pulga porque, a medida que beben sangre, se hacen más gordos —dice Polly—. Como un globo.

—¿Cómo de grandes se pueden hacer? —inquiére él.

—Dicen que un bebé humano se podría beber toda la sangre de un elefante y crecer hasta cien veces su tamaño. Más grandes que esta mesa.

—¿¡Qué!?

Pulga mira a la voraz criatura que bebe sangre de su pecho.

—Yo casi me muero dándote de comer cuando estabas en la fase larval —explica Polly—. Una vez me quedé dormida en la biblioteca y tú te las apañaste de alguna manera para salir arrastrándote de la habitación de los juguetes y me encontraste en el suelo. Me habría muerto si la tata no te hubiese vaciado el estómago y me hubiese devuelto parte de la sangre.

Pulga inclina la cabeza. No se puede creer que haya podido ser un monstruo tan asqueroso. Tampoco puede aceptar que estuviese a punto de matar a su hermana.

—¿Por eso me has odiado siempre? —pregunta, señalando a la sanguijuela de debajo de su ropa—. ¿Porque yo también fui así?

—Puede ser. —Polly se encoge de hombros. —La tata dice que los hermanos mayores suelen estar resentidos con los pequeños por toda la sangre que les han chupado. —Pega un bocado a una tostada de pepino y mastica mientras habla—: Por otro lado, por la intimidad que esa alimentación produce, los hermanos pequeños suelen desarrollar una conexión muy profunda con los mayores.

Escupe el trozo de tostada en el plato y se limpia la lengua con la servilleta. El pepino caliente ha hecho que la tostada esté viscosa y desagradable.

Prosigue cuando termina de limpiarse.

—Quizá por eso tengas siempre tantas ganas de estar conmigo, sin importar lo desagradable que yo sea contigo.

Pulga vuelve a mirar a la criatura. Se pregunta si él también acabará despreciando al bebé de la misma manera en que Polly lo menosprecia a él. También se pregunta si el bebé crecerá amándolo con todo su corazón.

Le duele un poco que su apodo venga del aspecto que tenía cuando era un bebé. Siempre había pensado que debía de ser algo más personal que eso. Era algo que Polly le había dado. Le hacía sentirse orgulloso. Ese apodo siempre había significado mucho para él.

Se pregunta si su hermana pequeña se sentirá así con respecto a su apodo cuando crezca.

—Creo que la voy a llamar Sanguijuela —dice Pulga—. Parece más una sanguijuela que una pulga.

Le sonrío a Polly, pero esta pone los ojos en blanco y sale de la habitación.

Seis



Después de cenar, Pulga se pone a buscar a la Tata Warbrough para devolverle al bebé. Le toca alimentar al gusano, pero no quiere ser además su canguro. Se la encuentra sentada en la habitación del jardín, contemplando las caléndulas que crecen a la luz del sol artificial.

—Te estaba buscando —dice Pulga.

Entra con el bebé en brazos y se lo tiende.

La tata tiene una sonrisa en los labios y la mirada perdida. No se da cuenta de que Pulga está a su lado hasta que este se pone delante de ella.

—Estás muy guapo con tu hermana en brazos, Roger —le dice a Pulga. — Asegúrate de que la pequeña Polly crece fuerte y sana.

Ahora sonrío al bebé.

—¿De qué hablas, tata? —pregunta él—. Esta es Sanguijuela... Quiero decir, Kajhug. Polly está en la biblioteca leyendo libros de Tarzán.

—No digas tonterías, Roger —contesta ella—. Polly solo es una larva. No sabe leer.

—¿Por qué me llamas Roger? Soy yo, Pulga... Bueno, Rick.

—¿Ricky? —La tata aparta la mirada. Le suena el nombre—. Pues claro que eres tú, Ricky. Perdona, me he hecho un lío con los recuerdos. Pero ya estoy bien.

—¿Por qué pensabas que yo era Roger?

La tata sacude la cabeza.

—Te pareces mucho a él —le explica—. Creció muy rápido, como tú. No me puedo creer que ya no esté...

Se pregunta por qué de un tiempo a esta parte la tata se olvida de las cosas tan a menudo: de los nombres de sus amigos, de despertarlo para ir al colegio, de arreglar las máquinas de comida y otras cosas que hay por la casa... Y ahora se olvida de su nombre. Es como si ella también se hubiese contagiado de la misma enfermedad extraña que padecen los niños del colegio.

—¿Le hemos hecho ya una fiesta de cumpleaños a Kajhug? —pregunta la

tata. Se levanta y hace palmas con las manos regordetas, como si estuviera muy contenta—. ¿Qué tal mañana? Podemos hacer que dure el día entero.

—Mañana tengo que ir al colegio —responde él.

—Ah, ¿sí? Bueno, mañana puedes faltar. Es fiesta. No teníamos un miembro nuevo en la familia desde hace diez años. ¡Tenemos que celebrarlo!

La tata se da la vuelta sobre sus pies y sale corriendo hacia la puerta.

—Voy a empezar los preparativos —dice mientras sale de la habitación-jardín.

Pulga se queda solo con el bebé en brazos. No tiene ni idea de qué puede estar pasándole a la Tata Warbrough. Se comporta de manera extraña. Nunca antes, por ninguna razón, le ha dejado faltar al colegio. Está contento de no tener que ir al día siguiente y toparse con Mike, con Justin o con la rigidez del señor Robertson, pero la tata no se suele comportar de esa manera.

Decide que lo mejor es dejar a Sanguijuela en la habitación del bebé durante el resto de la noche e irse a dormir. Está muy falto de sueño.



Pulga se despierta dos horas antes y se queda en la cama contemplando el techo. Desearía poder dormir más, pero tiene demasiadas preocupaciones.

Su madre se sienta en la almohada por encima de su cabeza, con las piernas de papel cruzadas sobre el pecho del niño.

—Creo que la tata tiene alzhéimer —dice Pulga.

—¿Qué es eso? —pregunta la madre de papel.

—Es una enfermedad que se te come la memoria —responde—. Lo leí anoche en uno de los libros de medicina de la biblioteca.

Su madre se ríe tontamente y le hace un corte en la mejilla.

—Ese libro es muy viejo. La mayoría de esas enfermedades ya no afectan a la gente.

—Pero es verdad —protesta él—. Es lo que más sentido tiene.

—Puede ser, pero yo de ti no me tomaría muy en serio nada de lo que leyese en un libro antiguo —contesta ella—. Antes la gente era muy extraña. Tenían toda clase de ideas raras.

—Pero ¿y si la tiene? En el libro ponía que su memoria se irá perdiendo poco a poco. Y luego se morirá. —Recuesta la mejilla contra la pierna de su madre—. No quiero que se muera.

—Todo el mundo se muere, Ricky —responde ella—. No importa lo que le pase a tu niñera. No es más que una cuidadora, y yo soy tu madre. Solo yo debería importarte.

—Pero ella me ha criado. La quiero a ella más que a ti.

—¿Qué? —inquire la madre de papel.

Está estupefacta, y Pulga también.

—No me puedo creer que hayas dicho eso —continúa—. Yo soy tu madre.

—Pero no te he visto nunca. Al menos, no a la de verdad. Eres casi una extraña para mí.

—¿Cómo te atreves...? —Su voz de papel rasposo está llena de veneno—. Eres carne de mi carne. Yo soy quien te dio a luz.

Le aprieta las piernas alrededor de la cabeza, y le hace cortes por todo el cuello y la barbilla.

—A ti también te quiero —dice Pulga, mientras aparta los brazos y las piernas de papel—. Lo que pasa es que no quiero perder a la tata. No sé qué haría sin ella.

Pulga se tapa la cara con las manos. Su madre deja de rascarlo.

—Lo entiendo... —lo consuela ella, abrazándolo—. Solo tienes miedo. Está bien. Seguro que tu niñera vivirá varios años más.

Le enjuga las lágrimas, y eso hace que los dedos se le conviertan en una pasta de papel.

—¿De verdad? —inquire Pulga.

—Claro. Seguirá viviendo durante todo el tiempo que tú estés en la guardería.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no voy a tardar en venir a buscarte y a sacarte de aquí para siempre.

—¿De verdad? —le pregunta a su madre de papel—. ¿Lo dices en serio?

—Por supuesto —responde ella.

—¿Cuándo? ¿Cuándo vas a venir a buscarme?

—Antes de lo que tú te crees.

—¿De verdad?

—De verdad.

La envuelve con los brazos y la aprieta muy fuerte, arrugando su cuerpo de papel hueco y deshaciéndole el hombro con sus lágrimas.



—¡Feliz cumpleaños! —le dice la Tata Warbrough a Sanguijuela mientras entra con ella en la habitación de los juguetes. Los cumpleaños siempre se celebran allí.

—Esta es tu fiesta de bienvenida a la familia —le explica a la criatura, que no para de chorrear mocos grasientos—. Vamos a celebrar tu nacimiento.

Sobre la mesa hay un regalo de cumpleaños y tres *cupcakes*. Anoche, la tata programó el cumpleaños de Sanguijuela en las máquinas de comida.

—¿Ya has arreglado las máquinas? —pregunta Pulga, que se abalanza sobre los *cupcakes* de glaseado rosa que tan buena pinta tienen.

—¿Qué quieres decir? —pregunta la tata.

Pulga muerde uno de ellos y una explosión de salsa de queso con nachos le mancha toda la cara.

—¡Oye! Se supone que primero tenemos que cantarle el «Cumpleaños feliz» —lo riñe la tata—. No seas cerdito.

A Pulga no le importa que los *cupcakes* estén rellenos de queso. Tiene tanta hambre que esa combinación tan inusual le parece deliciosa. Se termina el pastelillo antes de que la tata consiga obligarlo a devolverlo al plato.

—¿Podemos acabar rápido? —protesta Polly—. Me empiezo a sentir un poco inquieta.

«Sentirse inquieta» quiere decir que está a punto de darle otro ataque psicótico.

—Aún me falta un poco, pero a lo mejor quieres encerrarme con llave en mi habitación esta noche —le dice a la tata.

—Claro, cariño —contesta ella. Pero con la voz parece que prácticamente la esté echando, de tan ocupada que está poniéndole un gorrito de cumpleaños al gusano, que no deja de retorcerse.

Pulga mira a su hermana, pero ella le devuelve un gruñido. No quiere estar aquí. Prefiere no tener a nadie cerca, especialmente a Pulga o al molesto bebé insecto.

—Aquí tienes tu regalo —le dice la tata a Sanguijuela cuando se lo acerca—. De parte de papá y mamá.

La tata deja que el bebé se restriegue contra el paquete durante unos minutos antes de abrírselo. Es un chupete rosa con la forma de un enorme dedo

de pie humano.

—¡Mira esto! —exclama la tata—. Un juguete para que chupes. ¿A que papá y mamá son muy buenos contigo?

El bebé no deja de babear y de chillar. No le presta la menor atención al chupete, y trata de llegar hasta Pulga para morderle la pierna.

—¿De verdad papá y mamá le han enviado ese regalo? —le pregunta Pulga a la tata—. ¿Cómo lo han mandado hasta aquí? ¿Por el túnel del bebé?

La Tata Warbrough introduce el chupete con forma de dedo de pie en la boca del bebé, pero la criatura lo escupe.

—No, no lo han mandado por el túnel —responde la tata—. El regalo ya estaba aquí.

—¡Pero si acaba de nacer! —se sorprende Pulga.

—Todos los regalos que habéis recibido o que recibiréis están almacenados desde mucho antes de que ninguno de vosotros naciera. Vuestros padres compraron regalos suficientes como para que duren doce años, para seis hijos. Tres niños y tres niñas.

Pulga se dirige a la gran caja de juguetes hecha de hierro que hay en medio de la estancia, al lado de la mesa. Contiene los diferentes juguetes que ha recibido a lo largo de los años, uno por cada cumpleaños.

—¿Solo durante doce años? —pregunta Pulga. Se gira hacia Polly, y pregunta—: ¿Por eso ya no recibes regalos de cumpleaños?

No responde. Está enfurruñada en una esquina, con el vestido lleno de mocos de bebé y polvo de yeso.

—Recibió su último regalo cuando cumplió doce años —dice la niñera en su lugar—. Los niños no suelen quedarse aquí más allá de esa edad. Lo normal es que se vayan entre el noveno y el décimo segundo cumpleaños, para hacerle sitio a un tercer bebé.

La guardería solo puede mantener a dos niños a la vez. Hay una habitación de niña, una de niño y otra para el bebé. Para cuando un bebé niña es lo suficientemente mayor como para trasladarse a una habitación, su hermana mayor ya se ha ido a vivir con sus padres.

—¿Qué pasará si Polly sigue aquí cuando a Sanguijuela le toque cambiarse a su habitación?

—Estoy segura de que eso no pasará —responde la tata—. Estoy segura de que vuestros padres están a punto de venir a por ella un día de estos.

—Siempre dices lo mismo —suelta Polly.

Se cruza de brazos.

—Es verdad —dice la niñera—. Debes tener fe.

—¿Hemos acabado ya? —inquire la niña—. ¿O me tengo que quedar aquí todo el día viendo como el gusano babea el suelo?

—Haz lo que quieras —contesta la tata en tono decepcionado.

—Gracias —dice Polly. Se da la vuelta y sale de la habitación.

Pero la Tata Warbrough la detiene antes de que acabe de salir.

—Espera un momento... — Hace una pausa, prestando atención—. ¿Has oído eso?

—¿Oír el qué? —pregunta Polly.

—Un timbre —dice la niñera.

—Yo tampoco oigo nada —interfiere Pulga.

—Es el timbre de la puerta —exclama la tata.

Se gira hacia Polly y le dedica una sonrisa.

—Ya están aquí —le dice—. Ya te dije que vendrían. Te lo dije.

—¿Quiénes?

—Tus padres. Ya están aquí.



Pulga no se lo cree.

—¿Nuestros padres vienen a la guardería? —le pregunta a la tata—. ¿Al fin han venido a buscar a Polly?

—Sí —contesta ella—. ¿No es emocionante?

Polly se sorprende tanto que está a punto de sufrir un ataque de pánico. Por fin ha llegado el día que llevaba tanto tiempo esperando. Ya puede abandonar la guardería y empezar su vida como adulta.

—¡Estoy asquerosa! —protesta Polly mientras se mira la ropa—. No puedo conocerlos con este vestido.

La tata va hacia Polly y la empuja fuera de la habitación.

—Ve a arreglarte y a cambiarte. Tu hermano y yo les haremos compañía a tus padres hasta que estés preparada.

—Vale —contesta Polly. No deja de sonreír—. ¡No me lo puedo creer!

Cuando Polly se va, la Tata Warbrough coge a Sanguijuela y la mete en un parque que hay en una de las esquinas.

—¿Cómo sabes que han venido nuestros padres? —le pregunta Pulga.

—Por el timbre —contesta ella—. ¿No lo oyes?

—No —responde él—. No hay ningún timbre.

Pulga empieza a pensar que la tata debe de estar confundida. A lo mejor cree que está oyendo el timbre cuando no es así. En realidad, sus padres no han venido.

—Venga —exclama ella—. Vamos a conocer a tus padres.

Se alisa la ropa y se limpia los mocos del bebé de la camisa con una toallita húmeda.

—¿Por qué estás tan serio? —le pregunta—. ¿No estás emocionado por ver a tus padres por primera vez?

Pulga niega con la cabeza.

—Me parece que no han venido de verdad. Creo que estás oyendo cosas.

Los labios arrugados de la niñera tiemblan por un momento al oír esas palabras, y suelta una risa tonta.

—Pues claro que están aquí. Son los únicos que pueden haber llamado al timbre.

—Creo que tienes una enfermedad que te está afectando al cerebro —prosigue Pulga—. Como el alzhéimer.

—No seas bobo —contesta ella—. Hace siglos que nadie tiene alzhéimer.

Entonces lo coge de la muñeca y lo lleva al pasillo. Cuanto más se acercan a la salida de la guardería, más seguro está de que la tata se equivoca. No hay ningún timbre. Ni ninguna madre, ni ningún padre. Cuando Polly se entere de que sus padres no han venido en realidad, se va a quedar hecha polvo.



Cuando llegan al vestíbulo, Pulga oye unas rascadas muy fuertes en la puerta. Ahí fuera hay siniestros. Docenas de ellos. Pero la Tata Warbrough no parece oírlos. Solo es capaz de oír el timbre dentro de su cabeza.

—No abras la puerta —ruega Pulga.

La tata abre el primer pestillo.

—Tengo que abrirla —dice—. ¿Cómo quieres que deje entrar a tus padres, si no?

Las rascadas empiezan a ser salvajes al otro lado de la puerta. Los

siniestros se lanzan contra la madera, intentando echarla abajo.

—Ahí fuera hay siniestros —grita Pulga—. ¡No los dejes entrar!

—Seguro que tus padres han limpiado el pasillo de siniestros mientras venían —trata de tranquilizarlo la niñera—. No hay peligro. Confía en mí.

La tata descorre un par de pestillos más. Pulga la agarra del brazo para alejarla de las cerraduras mientras las criaturas de fuera siguen golpeando la madera.

La tata se enfada y empuja a Pulga para quitárselo de encima.

—¡Basta de una vez! —le grita—. ¿Qué van a pensar tus padres si te ven comportarte de esa manera? ¿Quieres que piensen que eres un niño problemático?

Pero Pulga no desiste.

—¡Para, tata! —llora, al tiempo que trata de cerrar los pestillos que ella ha abierto—. No los puedes dejar entrar.

Pulga sabe que los siniestros no pueden entrar con las luces encendidas, pero no se quiere arriesgar. Podrían ser de alguna raza distinta y que fueran resistentes a la luz.

Al final, la niñera deja de intentar abrir la puerta y se encara con el niño asustado.

—¿Qué te ha entrado, niño? —le chilla.

A él se le llenan los ojos de lágrimas por la angustia.

—Vas a dejar entrar a los siniestros —dice. La voz se le entrecorta mientras llora.

De pronto se oye un golpe en la habitación de los juguetes, y Polly aúlla con todas sus fuerzas.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta la tata.

—La habitación de los juguetes —dice Pulga—. ¡Los siniestros se deben de haber colado por el respiradero!

La tata se espabila de repente. El timbre desaparece de su mente y oye los ruidos de rascadas que provienen del otro lado de la puerta. Se da cuenta del peligro en el que ha estado a punto de ponerlos a todos.

—¿Peligro? —dice—. Los niños están en peligro...

Deja la puerta cerrada y corre hacia la habitación de los juguetes, renqueando con sus piernas cortas y rechonchas.



En la habitación de los juguetes, Polly está embistiendo las paredes con sus cuernos. Aúlla, arranca el papel de las paredes y pisotea animales y trenes de juguete.

—¡Polly! —vocifera Pulga.

No la están atacando los siniestros, pero le ha dado un nuevo ataque psicótico.

La niñera se interpone entre Polly y el bebé.

—¿Quién eres? —le grita—. ¿Cómo has entrado aquí?

Polly suelta un alarido y vuelve a embestir contra la pared, haciendo caso omiso de la anciana.

—Es Polly —le aclara Pulga a la tata—. Está en celo, ¿no te acuerdas?

La tata levanta una mano para que el niño no se siga acercando y dice:

—No te preocupes, Roger. Me aseguraré de que no le hace daño a Polly.

Polly se gira y mira fijamente a la niñera. Tiene los ojos de un color rojo oscuro, salvajes. Ya no parece humana. Parece una bestia demente.

—Vete de aquí —le dice la tata—. No permitiré que les hagas daño a estos niños.

Entonces la niña embiste a la niñera y le clava las astas en el pecho. La tata cae de espaldas sobre la mesa, chafando los dos *cupcakes* que quedaban.

—¡Para ya, Polly! —grita Pulga—. No te reconoce. Le pasa algo en el cerebro.

Pero en el estado en que se encuentra, ella tampoco reconoce a la tata. Ni siquiera reconoce a su hermano.

—Mantente apartado, Roger —alcanza a decir la tata a duras penas. La cornada la debe de haber dejado sin respiración.

Sanguijuela sigue babeando y chillando dentro del parque, del todo ajena a lo que está pasando.

—No soy Roger —explica—. Soy Ricky. ¿Recuerdas? ¡Ricky!

La Tata Warbrough se aprieta el pecho mientras vuelve a ponerse en pie. Polly vuelve a embestir contra ella y le produce un corte en la mejilla.

—¡Eres un diablo! —grita la niñera—. ¡Demonio! ¡Te mataré si tengo que hacerlo!

—¡No lo hagas, tata! —chilla Pulga.

La tata se golpea en tres lugares diferentes de la cadera y se arranca la pierna.

—¡Mi trabajo es proteger a los niños! —exclama—. Y sé cómo defenderlos.

Entonces blande su pierna sobre la cabeza. Pulga no sabía que tuviera una pierna de mentira. Está hecha de metal. La mujer alarga la pierna y la hace girar de lado a lado, como si se tratase de un hacha de batalla.

—Pero ¿qué...? —exclama Pulga.

La pierna falsa se ha transformado en un arma.

Polly grita al tiempo que carga contra la tata, apuntando con su cornamenta a la cara de la mujer, como si tratara de arrancarle los ojos. La Tata Warbrough arremete con la pierna y golpea a la niña en un lado de la cabeza. Brota sangre de su cuero cabelludo, y los cuernos se le tuercen hacia un lado antes de caer al suelo.

—¡Fuera de la guardería! —grita la tata, al tiempo que se dirige hacia ella dando saltos sobre una pierna.

Polly se hace un ovillo y aúlla como un demonio mientras la anciana le golpea con la pierna, que ahora es un garrote, en el estómago y en las costillas.

—¡Para, tata! —chilla Pulga. Sale corriendo y trata de interponerse entre su hermana y la enajenada mujer—. ¡Es Polly! ¿No te acuerdas? ¡Polly!

—¡Apártate, Roger! —ruge ella.

—¡No soy Roger!

La tata lo aparta de un empujón y vuelve a blandir la pierna. Se oye un crac cuando el pie de metal golpea contra la caja torácica de la niña.

Polly vuelve en sí de repente y deja de aullar para llorar de dolor. Su ira se convierte en terror. No tiene ni idea de qué está pasando.

—¡Intruso! —sigue gritando la tata—. ¡Te voy a matar!

Alza de nuevo la pierna sobre su cabeza y apunta con ella para romperle la cabeza a la adolescente.

Polly alza las manos tratando de protegerse.

—Tata... —Tiene los ojos anegados de lágrimas que hacen que el maquillaje se le corra, como derritiéndose, mejillas abajo. Se acababa de maquillar porque quería estar guapa para conocer a unos padres que nunca llegaron—. No lo hagas...

Pulga salta tras la tata y agarra la pierna falsa por el tobillo.

—Yo solo quería conocer a mis padres... —llora Polly con una mano en la costilla rota que le sobresale por un lado del vestido—. Déjame ver a mi papá y a mi mamá.

A su hermano se le escapan las manos de la pierna. No consigue volver a agarrarla. Sus dedos se resbalan y la tata golpea a Polly en la cara. Como si de un hacha roma se tratara, los dedos de metal le abren la cabeza. La niña suelta un último y rápido grito, y su cuerpo se queda flácido.

Cuando ve la cara de su hermana abierta y la sangre saltando por el aire, la voz de Pulga se convierte en un chillido agudo.

—¡Basta ya!

En ese momento salta contra la otra pierna de la tata y hace que esta pierda el equilibrio.

Mientras cae al suelo, la anciana empieza a decir «Ricky, ¿qué...?», pero se le corta la voz cuando se golpea contra un lateral de la gran caja de juguetes de hierro. El cuello se le gira hacia atrás y se le desprende la cara.

Entonces todo se queda en silencio. Lo único que se oye en la habitación es el violento latir del corazón de Pulga y los gritos del bebé espantoso que demanda su cena desde el parque.

Siete



Pulga se acerca a su hermana mayor. Tiene la pierna metálica clavada en un lado de la cara y se mantiene recta en el aire. La niña no se mueve.

—¿Polly?

Pulga sacude a su hermana y la pierna se menea en el aire.

—Despierta —le dice.

Las lágrimas le corren por las mejillas.

—Despierta...

La empuja con más fuerza para hacer que se despierte. La pierna de metal se balancea como un látigo sobre ella.

—¡Despierta! —grita Pulga.

Los brazos de Polly se disparan hacia él y lo cogen de la ropa. Empieza a gritar hasta que recupera la consciencia del todo gracias a sus propios chillidos. Pulga salta hacia atrás, tratando de apartar las manos que se le aferran a la camisa como garras. Cree que podría seguir con su ataque psicótico, pero enseguida deja de agitarse.

—¿Qué está pasando? —llora Polly.

Pulga apenas puede creerse que siga viva. Es un milagro.

—No puedo ver con este ojo —dice ella.

Todavía tiene la pierna clavada en la cara. Pulga se acerca a mirar más de cerca y se da cuenta de que uno de los dedos de metal se ha incrustado en una de sus cavidades orbitarias y le ha chafado el ojo derecho. Los golpes también le han dejado heridas abiertas en la mejilla y en la frente, pero parece que no tiene el cráneo roto.

—No te muevas —le ordena Pulga.

—¿Qué tengo en la cara? —pregunta al tiempo que empieza a agitar los brazos—. ¡Tengo algo clavado en la cara!

—Cálmate —dice él—. Te la voy a sacar.

El niño se pone en pie y examina la pierna falsa.

—¡No! —grita ella—. Que lo haga la tata. ¿Dónde está la tata?

—Está ahí, tirada en el suelo —responde Pulga.

—¿Por qué está en el suelo?

—¿No te acuerdas de nada? —se sorprende él—. Te ha atacado.

—¿Que ella qué? ¿Y por qué me ha atacado?

—Tú quédate quieta.

Pulga agarra la pierna con fuerza y tira de ella. Polly grita.

—¡Para!

La niña coge la pierna para mantenerla en su sitio.

—Te la tengo que sacar —dice Pulga.

—No, espera... —replica ella—. Despierta a la tata. Quiero que lo haga ella.

Pulga mira hacia la Tata Warburough, cuya cara se ha desprendido de su cabeza y está tirada en el suelo a unos centímetros de su hombro. No respira.

—Creo que está muerta —anuncia él.

—¿¡Qué!?! —grita Polly.

—Cuando la he empujado para que te dejara en paz, se ha caído y se ha dado un golpe en la cabeza —responde Pulga.

—¿La has matado?

—No ha sido culpa mía. Te estaba haciendo daño.

—¡La has matado! —chilla Polly con toda la fuerza de sus pulmones.

Su hermano intenta hacerse oír:

—¡Que no ha sido culpa mía!

Y aprovecha para arrancarle la pierna de la cavidad orbitaria. Ella se lleva las manos al agujero, ahora vacío, y chilla mientras se arrastra lejos de su hermano hasta una de las esquinas de la habitación. Pulga ve los restos del ojo reventado de su hermana pegados en la punta del dedo metálico.

Polly no lo mira, ni siquiera sigue gritando. Tiene la boca abierta en un aullido de terror mudo.



Pulga tarda un rato en calmar a su hermana, que no quiere quitarse la mano del ojo.

—¿Estás seguro de que está muerta? —pregunta Polly.

Se han pasado una hora mirando el cuerpo inmóvil de la tata y ninguno de los dos ha querido tocarla para cerciorarse.

—Se le ha caído la cara —responde Pulga—. Tiene que estar muerta.

—A lo mejor se la podemos volver a poner —sugiere ella.

—Eso es una tontería.

—¡Tú sí que eres tonto!

Pulga se levanta y se acerca poco a poco al cuerpo de la anciana. Está seguro de que está muerta, pero también sabe que Polly no lo dejará en paz hasta que ella misma no lo esté también.

—¿Tata? —dice.

La mujer no se mueve, como él ya se temía.

Se arrodilla junto a ella y le da la vuelta. En el agujero donde debería haber estado su cara hay un montón de cables y piezas mecánicas.

—Pero ¿qué...? —exclama Pulga, y se aparta de un salto.

—¿Qué pasa? —pregunta Polly.

—No es humana.

—¿Qué quieres decir? —La niña se pone en pie y se acerca tambaleándose hasta que el cuerpo de la niñera entra en su campo de visión.

—Por dentro es una máquina —responde él—. No tiene ni sangre ni órganos.

—¿Un robot? ¿La tata es un robot?

Pulga recoge la cara de la mujer del suelo. Está hecha de un tejido sintético. Por fuera parece carne, pero el interior está más duro que el plástico.

—¿Cómo es posible? —inquire su hermana.

El niño pasa un dedo por las arrugas de la cara que tiene en la mano. Ahora entiende por qué tenían prohibido querer a la tata. No era más que una máquina, y no habría estado bien amar a una máquina.

—Supongo que tiene sentido —dice Pulga.

—¿Qué?

—¿De qué otra manera iban a conseguir papá y mamá a alguien que nos criara? Para los adultos, los niños somos asquerosos. Una humana de verdad seguramente no habría querido dedicarse a criar niños desagradables.

—Esto no puede ser real —dice Polly—. La tata no puede ser un robot. ¿Seguro que es ella?

—Pues claro que es ella.

Pulga se da cuenta de que la tata llevaba un tiempo funcionando mal. No tenía alzhéimer, sus circuitos de memoria debían de estar estropeados. Igual que les pasaba a las máquinas de comida, se estaba rompiendo y necesitaba

una reparación.

Polly se enjuga el ojo que le queda para limpiarse las lágrimas.

—¿Y ahora qué hacemos con ella? —pregunta—. No podemos vivir sin la tata. ¿Quién va a arreglar las máquinas de comida? ¿Quién nos va a cuidar?

—No lo sé... —admite Pulga.

—¿No se puede arreglar? —A Polly está empezando a darle otro ataque de pánico—. Si es una máquina, se tiene que poder arreglar. Podemos recuperarla. Tienes que arreglarla.

Pulga se agacha y coloca la cara en su sitio, pero esta se vuelve a caer cuando la suelta.

—No sé cómo arreglarla.

—¡Arréglala y ya está! —grita Polly.

—¡No sé nada de robots! —grita a su vez Pulga en respuesta.

Ella le pega un empujón para apartarlo.

—Muy bien, lo haré yo misma —dice—. No sirves para nada.

Se agacha para examinar la maquinaria del robot y desea encontrar una manera de repararla lo antes posible. No se da cuenta de que, al mirar hacia abajo, un río de sangre brota de su cavidad orbitaria y le mancha los dedos. Tampoco parece que note cómo le chorrea por la mejilla.

—Polly, eso puede esperar... —dice su hermano.

Él le limpia la sangre de la barbilla y el cuello, y la agarra de un cuerno para volver a ponerle la cabeza en posición vertical. Ella se lo quita de encima de un empujón.

—Primero tendrías que ir al lavabo a cuidarte las heridas.

Polly se pasa la mano por la cara y se da cuenta de que está sangrando. Entonces comprende que no está pensando de manera coherente y asiente. Todavía está conmocionada.

—Vale... Voy a por una venda. —Su voz es ahora más relajada y sus músculos empiezan a liberar la tensión—. Tú quédate aquí y arregla a la tata...

Mientras ella sale tambaleándose de la habitación, Pulga se queda mirando el cuerpo de la niñera. Hay varias piezas suyas esparcidas por el suelo donde aterrizó. Coge dos de ellas y ve que en realidad son una sola que se ha roto por la mitad. Se da cuenta de que sería irreparable aunque alguno de los dos niños supiera algo de robots.

—Lo siento, tata —le dice Pulga a la máquina muerta.

No se arrepiente de lo que hizo para salvar a Polly del ataque de la

niñera, pero siente que esta se haya roto.

—No me importa que fueras un robot —añade—. Yo te quería igualmente.

Recoge el mantel manchado de relleno de *cupcake* del suelo y lo utiliza para cubrir con él la cara de la tata. La guardería va a estar muy sola sin ella.



Pulga apaga las luces y cierra la sala de los juguetes con llave. No quiere volver a entrar nunca más. Se pregunta si podrán mantenerla cerrada para siempre y así no tener que volver a ver su cuerpo roto.

Sanguijuela babea en sus brazos. Le chilla y le gruñe. La pequeña criatura no tiene ni idea de lo que acaba de pasar. Cuando crezca, lo hará sin saber quién era la Tata Warbrough.

—No te voy a dar de comer —le dice mientras el bebé le muerde a través de la ropa—. Estoy muy débil.

Entra en la habitación del bebé, lo deja con cuidado en la cuna y le pone al lado el enorme chupete con forma de dedo del pie.

—¿Ahora quién te va a criar? —le pregunta al gusano—. Yo solo te tengo que dar de comer. Cuidarte era cosa de la tata.

Sanguijuela rodea el chupete con su cuerpo rechoncho y lo muerde con su grasienta boca de babosa.

—No eres mi responsabilidad —dice Pulga.

Ella emite un chillido mientras chupa el juguete de goma.

—A dormir.

Apaga la luz y cierra la puerta tras él. A continuación va al vestíbulo para cerrar los pestillos y los cerrojos que la niñera dejó abiertos.

Los siniestros siguen ahí fuera, golpeando y arañando la puerta. Parece que ahora son más feroces que antes e intentan colarse con más vehemencia. Es como si supieran que su tata ha muerto y que los niños están desprotegidos ahí dentro. Pulga se pregunta si la puerta seguirá reteniéndolos durante mucho tiempo más.

Imagina que no resistirá para siempre.



—¿Y ahora qué hago? —le pregunta Pulga a su madre de papel.

Está andando arriba y abajo por su habitación. Se ha pasado las últimas tres horas limpiando y ordenando cada palmo de su armario, las estanterías y la caja de juguetes. Ahora está atrapado en sus propios pensamientos.

—Ya no te hace falta la tata —responde la madre de papel—. Ahora eres un chico grande, prácticamente un adulto.

—Pero ¿quién va a cuidar de Sanguijuela? ¿Polly?

—Lo harás tú —contesta ella.

—No sé cómo cuidar de un bebé —protesta Pulga.

—Eres un chico inteligente. Te las arreglarás.

—Pero ¿no ibas a venir a buscarme pronto? —inquire—. ¿Qué pasará cuando me vaya?

—Todo saldrá bien —replica la madre de papel—. No te preocupes por eso.

—Pero ¿cómo no me voy a preocupar?

Ella le frota el hombro.

—Porque todo va a salir bien. Yo me aseguraré de que sea así.

—No lo harás —protesta él—. Ni siquiera eres real.

—Pues claro que soy real.

—Solo eres un trozo de papel.

—¿Cómo te atreves? —dice ella—. Soy tu madre.

Va hacia él dando pisotones y le arrea una bofetada que le deja un corte en la cara.

—¡Eres de papel! —grita Pulga.

La coge de los hombros y empieza a arrugarla.

—Basta —llora la madre al ver su cuerpo doblándose una y otra vez—. Me haces daño.

Pulga le estruja los brazos y las piernas, le chafa el abdomen y la enrolla en una bola de papel gigante.

—Eres imaginaria —dice el niño, y la aprieta fuerte contra su estómago hasta que la deja del tamaño de una pelota de baloncesto—. Tú no eres mi madre de verdad. No eres nada.

Sin la tata, Pulga sabe que tiene que crecer de una vez. Tiene que olvidarse de su madre de papel y del resto de cosas imaginarias.

—No te necesito.

La bola de papel tiembla y se estremece cuando el niño la deja caer

sobre la alfombra. Entonces desaparece rodando bajo la cama.



Durante el resto del día, Polly no permite que su hermano la vea. Se ha encerrado en su habitación y no ha querido salir. Completamente solo, Pulga está estirado en la cama preguntándose cómo será su vida sin la Tata Warburough. No tiene ni idea de si van a ser capaces de cuidar de sí mismos.

Oye al bebé gruñir y chillar al otro lado de la pared, rogándole que lo alimente. No le ha dado ni una gota de sangre en todo el día. Sin la tata rondando por ahí, no tiene que hacer nada que no le apetezca hacer. No tiene que alimentar al bebé, no tiene que ir al colegio ni que ordenar su habitación. Nadie lo va a castigar.

Como las máquinas no se pueden arreglar, se las tendrá que apañar de momento con esa comida asquerosa. No sabe cómo reparar ninguna de ellas. Y si se va la luz, estará atrapado allí dentro a merced de los siniestros.

Lo único que puede hacer es esperar a que sus padres vengán a buscarle. A lo mejor ellos saben cómo arreglar a la niñera y el resto de las máquinas. Espera que no se hayan olvidado de él.

Intenta dormirse, pero los ruidos que hace el bebé van subiendo de volumen y son cada vez más agudos. Se tapa la cara con la almohada, pero eso no ayuda. La criatura se muere de hambre y grita como si fuera una mezcla de cerdo y de *banshee*.

—Vale —dice—. Ya voy.

Cuando entra en la habitación del bebé, este casi salta fuera de la cuna y consigue morderlo a través de la camisa. Bebe de su sangre con voracidad, como si intentase succionársela toda de un trago.

Ocho



—¿Polly? —Pulga llama a la puerta, con una bandeja de comida en las manos
—. ¿No vas a comer nada?

Intenta girar el pomo, pero está cerrada con llave. No tiene ni idea de qué puede ser de ella.

—Hay *bagels* de piña con pollo para desayunar. —Le pega un bocado a uno de ellos—. Están bastante bien.

Sigue sin recibir respuesta.

—Venga, contéstame —ruega—. ¿Estás bien ahí dentro?

Acerca la oreja a la puerta, pero no se oye nada.

—También te quiero dar una cosa. La he hecho yo mismo.

Al cabo de unos minutos, se da por vencido y deja la bandeja en el suelo.

—Tienes la comida aquí fuera por si te apetece comer —dice—. Yo me voy al colegio.

Cuando se va, sigue sin oír ni un solo sonido proveniente de la habitación.



Una vez en la habitación del teletransporte, Pulga no tiene a la tata para ayudarlo a ir al colegio. Se pone el casco él mismo y se dirige a los controles. Ha visto a la tata hacerlo docenas de veces y está seguro de poder teletransportarse sin problemas.

—Vamos allá —dice, y respira hondo.

En realidad no tiene muchas ganas de ir al colegio después de lo que le hizo a Mike, pero tiene que salir de la guardería. Siente la necesidad de ver a otra gente. Le gustaría ver a Justin o a Darcy. Incluso se conformaría con hablar con Mike, si es que el matón está dispuesto a perdonarlo por lo que pasó el otro día.

Pulga aprieta un botón y lo único que alcanza a ver es un estallido de luz brillante. Es enviado muy lejos en dirección al colegio a través de un túnel de

teletransportación que resplandece.

Cuando llega a clase, se la encuentra vacía. No hay nadie más, lo cual no tiene ningún sentido. Ha llegado tarde, así que debería de ser el último en llegar y no el primero. Camina por el pasillo en dirección a su pupitre y mira a su alrededor.

—¿Hay alguien aquí?

Su voz hace eco en la clase abandonada.

Fuera, el cielo está oscuro.

—¿Pero qué hora es? —Piensa que quizá se haya equivocado de hora. Parece que fuera sea de noche.

Cuando se da la vuelta, hay tres alumnos sentados al fondo.

—¿De dónde habéis salido? —les pregunta—. No os he visto teletransportaros.

Los niños no responden. Se limitan a estar sentados y mirar al frente. Uno de ellos es Simon, y Pulga va hacia él.

—¿Qué es lo que te pasa, Simon? —inquire—. ¿Por qué no hablas ya? Pulga se acerca un poco más. El niño tan solo se agita y vibra en su silla.

—¿Estás enfermo?

Está claro que a Simon le pasa algo, pero no tiene ni idea de qué puede ser. Le pone una mano en el hombro y nota cómo las vibraciones le suben por el brazo.

Cuando Pulga retira la mano, las vibraciones no se paran. El brazo se le estremece y tiembla tan rápido que los dedos se le convierten en un borrón.

—Oh... —alcanza a decir—. Ahora estoy infectado... Sacude el brazo, que empieza a notar entumecido.

—¿Qué está pasando? —se pregunta.

Un fuerte golpe le hace pegar un brinco. Algo se ha estrellado contra la ventana.

—¿Qué es eso?

Decide salir al patio, que está muy oscuro. Nunca lo ha visto de noche. Cuando mira hacia el cielo, espera ver las estrellas y la luna, pero no hay nada. No es de noche, simplemente el cielo ha perdido el color. Es gris, sin nubes. Solo hay un color gris uniforme.

Una pelota de baloncesto cruza el patio. Pulga se acerca y la recoge. Supone que ha sido la pelota lo que ha golpeado la ventana, pero al mirar a su alrededor no ve quién la puede haber lanzado. El patio está vacío. No hay

nadie.

Vuelve a clase y lanza el balón por encima del hombro. Cuando intenta abrir la puerta, el brazo se le pone a vibrar con intensidad.

—¡Lo has matado! —grita una voz detrás de él.

Pulga se da la vuelta. Ha sido la voz de Justin, pero no puede verlo por ningún sitio.

—¿Justin? —llama.

Se dirige hacia la parte más oscura del patio, tras los columpios, pero Justin no está.

—¡Lo has matado! —vuelve a gritar la voz.

Pulga mira a todas partes, incapaz de decir de dónde sale la voz. Suena como si le llegase de todas partes a la vez.

—¿Dónde estás?

No obtiene respuesta. Busca por cada centímetro del patio, pero no ve a nadie.

—¡Se lo voy a decir al profesor! —chilla la voz de Justin.

Son las mismas palabras que le dijo la última vez que se vieron.

Sigue explorando el patio, intentando seguir la voz de su amigo, hasta que se da cuenta de dónde viene. Suena como si le llegara desde el otro lado del muro.

Pulga pone la oreja en la superficie de ladrillo.

—¿Estás ahí? —pregunta.

—¡Se lo voy a decir al profesor! —grita la voz de Justin.

—¿Qué haces al otro lado del muro?

Pulga vuelve a la clase y coge un pupitre, lo que hace que este se ponga a vibrar y repiquetear. Lo saca y lo empuja contra la pared. Entonces vuelve y coge otro.

Los demás niños no le prestan atención mientras él va robando mesas y sillas de la clase. Cuando termina, hay una escalera muy larga de pupitres apilados que repiquetea por culpa de la enfermedad vibratoria. Pulga es incapaz de decir por qué lo que tiene en el brazo se ha transferido también a los objetos inanimados, pero prefiere no preocuparse por ello. Está más interesado en ver qué hay al otro lado.

—¡Eres un asesino! —grita Justin.

A medida que Pulga va trepando, infecta otras partes de las mesas que toca y, cuando llega arriba del todo, la estructura entera ya está vibrando con

violencia.

Mira al otro lado por primera vez.

—Esto no puede ser real —dice.

Allí no hay ni suelo. En la parte de abajo del muro tan solo ve un color gris, como en el cielo. Es como si el colegio estuviese flotando en el vacío.

—¡Lo has matado! —vuelve a chillar Justin.

Al principio no se ha dado cuenta, pero su amigo está ahí. No al otro lado del muro, sino dentro. Está enganchado, y solo la mitad de su cuerpo sobresale de la pared, colgado en medio de la nada gris.

—¡Lo has matado! —grita de nuevo.

Está corriendo sin moverse del sitio. El cuerpo se le mueve adelante y atrás, girando en círculos y tratando de escapar, pero no va a ningún sitio. Está atrapado en el muro.

—Justin... —dice—. ¿Qué está pasando?

Su amigo no advierte su presencia y se limita a estremecerse y correr sin moverse del sitio.

Pulga se baja de la escalera de pupitres y vuelve a entrar en la clase. Una vez dentro, ve que esta está al revés. Las sillas y los pupitres están en el techo, y las luces en el suelo.

Mira hacia arriba mientras cruza la habitación. Los pocos niños que quedan están sentados en sus mesas y miran hacia delante esperando a que empiece la clase. Al llegar a la esquina, se teletransporta de vuelta a casa y se encuentra tirado en el suelo. Está enroscado sobre sí mismo en un ángulo extraño, con la cabeza debajo del sobaco.

En todo este tiempo no ha salido de la habitación del teletransporte. Era a su mente a la que había enviado a la clase mientras su cuerpo estaba en el suelo. Se levanta, frotándose el hombro. El brazo ha dejado de vibrar y ha vuelto a la normalidad.

Intenta llegar a una conclusión racional para todo lo que acaba de pasar en el colegio, pero no es capaz de aceptar la única explicación que tiene algo de sentido. Nada de eso ha ocurrido en realidad.



Pulga ve que el desayuno que le llevó antes a Polly sigue en el suelo. Ni lo ha tocado.

—¿Polly? —pregunta a través de la puerta—. ¿Estás despierta?

Llama varias veces con los nudillos.

—¿Te vas a volver a quedar ahí dentro todo el día?

Al cabo de unos minutos, a Pulga empieza a darle un ataque de pánico. Se pregunta si las heridas de su hermana no serían más graves de lo que pensó en un principio y si no podría estar muriéndose ahí dentro por alguna hemorragia interna. A lo mejor ya está muerta.

—Déjame entrar —grita.

E intenta forzar la puerta.

—Polly, me estás asustando. Di algo. Lo que sea.

La puerta no da de sí.

No sabe qué hacer. Aparta la bandeja de comida y se dirige a su habitación en busca de algo para abrir el pestillo. Entonces ve el respiradero que hay sobre su cama. Cuando Polly se encerraba en su habitación, él se metía por el espacio de ventilación para ver qué hacía a través de la grieta de la pared.

—Pero no puedo entrar ahí... —dice.

Ahí dentro hay siniestros. Los ha oído. Sería demasiado arriesgado, pero ¿y si su hermana está en peligro? No puede perderla.

Coge una linterna de la habitación de la tata y enfoca con ella al respiradero. Cuando lo abre, ve que allí dentro no hay nada. Mete la linterna en el espacio de ventilación, trepa y se mete.

Ese lugar no le parecía tan aterrador desde que era muy pequeño y Polly lo obligó a esconderse allí de la Tata Warbrough. Quería que Pulga hiciera ver que se lo habían llevado los siniestros. Se suponía que aquello tenía que ser su venganza por haberla obligado a ir al colegio un día que quería quedarse en casa. Él se tuvo que quedar allí escondido todo el día y oír cómo la tata lo llamaba. No respondió a sus llamadas porque tenía miedo de lo que le podría hacer su hermana si se delataba. Al final, le acabó gustando aquel espacio que había entre las paredes. Era un lugar privado al que se podía escapar para estar solo.

Pero ahora aquello le parece una trampa mortal mientras reptaba sobre su barriga en dirección a la grieta con la linterna encendida por delante. Se detiene a escuchar a cada metro. Si oye un solo sonido de arañosos, piensa salir corriendo de ahí lo más rápido posible.

Y en ese preciso momento se le apaga la linterna.

—No —gime.

Es lo peor que le podría haber pasado. Le da un par de golpes al cacharro y este vuelve a emitir luz.

—¿Cómo puede ser? —susurra para sí mismo.

Acaba de ponerle pilas nuevas, porque le preocupaba que se le gastasen mientras estaba allí dentro, pero la luz se ha apagado de todas maneras. Las pilas están bien, así que debe de ser cosa de la bombilla.

Mira hacia atrás y de nuevo hacia delante. No está seguro de si seguir o no con la linterna estropeada. A lo mejor, la próxima vez que se apague no se vuelve a encender. Decide seguir adelante. Tiene que asegurarse de que su hermana está bien.

—Por favor, mantente encendida... —le ruega a la linterna.

Cuando llega al dormitorio de Polly, no tiene que mirar por la grieta porque hay una apertura más grande. El respiradero está roto y la estantería que lo tapaba está tirada en el suelo. Polly la puso allí hace tiempo para que Pulga no la espíase mientras se cambiaba.

—¿Polly? —susurra Pulga hacia el interior de la habitación.

Dentro está oscuro. No sabe por qué están las luces apagadas.

—¿Polly? —repite un poco más alto.

Apunta con la linterna en todas direcciones, pero allí dentro no hay nada. Polly no está. Se pone a temblar de miedo cuando piensa que los siniestros pueden haberse colado y habérsela llevado. Ni siquiera la luz de la mesita está encendida. Nada. Tal vez los siniestros hayan olido la sangre de sus heridas y hayan venido a por ella. ¿Y si está muerta?

El eco de un ruido de rascadas le llega por el respiradero, y acto seguido oye cómo algo se arrastra: es el sonido que hacen los codos y las rodillas al golpear en las paredes del espacio de ventilación.

Pulga apunta con la linterna en dirección al ruido, pero esta se apaga y deja la habitación a oscuras. Vuelve a oír el mismo tipo de sonidos por delante de él. Se queda quieto e intenta no respirar. Entonces prueba a golpear la linterna intentando no hacer ruido para que se vuelva a encender.

Oye cómo unas rascadas se acercan lentamente hacia él a través de las paredes de metal. Pulga decide que carece de sentido intentar no hacer ruido. Tiene que encender de nuevo la linterna. Golpea el mango contra la palma de la mano con todas sus fuerzas, pero la luz sigue apagada.

Los ojos se le empiezan a acostumbrar a la oscuridad. Hay pequeños

rayos de luz que se cuelan desde otras habitaciones, y también entra algo de claridad desde su dormitorio. Es suficiente para hacerse una idea de lo que hay con él en el espacio de ventilación.

En la oscuridad puede ver la silueta de un cuerpo de mujer. El sonido de rascadas lo produce su cornamenta, que va arañando el techo a medida que ella se le acerca.

—¿Polly? —le pregunta a la figura que reptaba hacia él en la oscuridad—. ¿Eres tú?

No puede ver bien a la chica, pero se parece a Polly. Tiene el pelo largo y cuernos del mismo tamaño que los de ella. Pero no lleva nada de ropa, se arrastra desnuda en la oscuridad.

—¿Qué haces aquí dentro? ¿Por qué vas desnuda?

Ella no responde y se limita a seguir acercándose a él mientras rasca el techo.

—Pensaba que ya no cabías en el espacio de ventilación —dice Pulga.

Cuando se le acerca un poco más y entra en la luz que emana de su dormitorio, se da cuenta de que es mucho más delgada que su hermana. Está en los huesos, como un esqueleto. Tiene el pelo negro y desordenado. Esa mujer no es Polly.

Golpea la linterna tres veces más, y la luz vuelve durante un segundo para volver a extinguirse enseguida. En ese breve instante alcanza a ver la cara de la mujer: es negra, como si estuviera carbonizada y hecha de hollín. Sus ojos son como trozos de carbón, y los labios, como látigos de regaliz retorcido. No se parece a Polly. Ni siquiera es humana.

Cuando ve a Pulga, la criatura aúlla. Alza sus garras y se lanza hacia él. El niño le arroja la linterna, pero falla el tiro y esta acaba al otro lado.

—¡Vete de aquí! —grita el niño.

Justo antes de que alcance a agarrarlo, Pulga se lanza dentro de la habitación de Polly a través del respiradero y aterriza encima de la estantería que hay en el suelo. Al mirar atrás, ve cómo las garras se estiran hacia él, pero no lo alcanzan. No puede entrar debido al tamaño de sus cuernos.

Enciende la luz y la mujer desaparece. Ahí ya no hay nada más que un enorme agujero en el lugar en el que estaba el respiradero.

—¿Adónde ha ido? —se pregunta Pulga.

Da un par de pasos hacia delante para asomarse al espacio de ventilación. Allí ya no hay nadie. La mujer ha desaparecido.



—¿Qué haces en mi habitación? —le grita Polly a su hermano cuando se lo encuentra en la puerta.

Tiene un vendaje muy aparatoso sobre la herida del ojo.

—¿Polly? —exclama Pulga. La cara se le enciende cuando ve a su hermana. Le alivia saber que sigue viva—. ¿Dónde estabas? Pensaba que te habías muerto.

Quiere abrazarla con todas sus fuerzas, pero tiene miedo de hacerle daño en las heridas.

—Estaba en la biblioteca —responde—. Me he pasado la noche allí. No paraba de oír ruidos detrás de las paredes y me cambié de habitación.

Cuando entra en su dormitorio y descubre el estado desastroso en el que esta se encuentra, se queda mirando a Pulga como si estuviera a punto de matarlo.

—¿Qué le has hecho a mi estantería? —le grita.

—Yo no he sido —responde él—. Había un siniestro al lado del respiradero. La estantería ya estaba en el suelo.

—¿Has visto cómo un siniestro hacía esto?

Pulga señala al respiradero.

—Ha desaparecido cuando he encendido la luz, como la tata dijo que ocurriría.

—Más te vale que no me estés mintiendo —lo amenaza.

—No es mentira, te lo juro.

Polly se queda mirando el agujero, como si tuviera miedo de retirar la mirada.

—Tenemos que bloquear los respiraderos de alguna manera —propone Polly—. No vuelvo a dormir aquí hasta que no me sienta a salvo.



Pulga le cuenta a Polly lo que le ha pasado en el colegio. Le explica cómo el cielo carecía de color, cómo la clase estaba del revés y cómo Justin estaba atrapado en el muro y hablando en bucle.

—Debe de ser un fallo del ordenador —le dice Polly. Tiene irritado el

ojo que le queda, por la falta de sueño y porque ha llorado demasiado.

—¿Un fallo?

—Sí, a veces pasa. La tata los solía arreglar antes de que empeoraran.

Pulga siente la necesidad de salir corriendo para evitar tener esa conversación, no sabe por qué. Tan solo siente el impulso de huir y esconderse debajo de la mesa de la biblioteca.

—¿El colegio es un programa de ordenador?

—Pues claro —ríe ella—. No pensarías que todo eso era de verdad, ¿no?

—Pero solo la clase, ¿no? La gente es real, ¿verdad? Justin y Darcy viven en otras guarderías, lejos, en otras casas.

—También son de mentira. Todo es una simulación.

—Pero era real... Podía tocar las mesas y a la gente. Darcy me dio un beso detrás de los columpios.

—Estaba diseñado para que generase la ilusión de que ibas al colegio. Tenías un profesor, un matón, un mejor amigo y una niña que te gustaba. Yo también. Todas esas cosas son importantes para el desarrollo de la infancia —explica Polly.

Pulga se ha quedado pasmado. Aunque ahora le resulta obvio, apenas se lo puede creer. No se lo quiere creer.

—¿Entonces Darcy no está por ahí en algún sitio? ¿No ha existido nunca?

Polly empieza a perder la paciencia con su hermano.

—Era una ficción. Ninguno de ellos era real. Tus amigos no eran reales, tu profesor no era real, ni siquiera la tata era de verdad. Yo soy el único ser humano de verdad que has conocido en toda tu vida.

Esas palabras le sientan a Pulga como un mazazo. Es incapaz de hablar.

—No me puedo creer que no lo supieras —continúa ella, y se toca el vendaje—. Cuando yo me enteré era más pequeña que tú.

De pronto, Pulga se siente increíblemente solo. Su universo se ha hecho más pequeño. La única persona de verdad que ha conocido en toda su vida ha sido su hermana mayor, y esta siempre lo ha despreciado y rechazado.

—Siempre hemos estado solos —dice Polly—. Tú y yo.

También está Sanguijuela, pero no es más que una especie de bicho extraño. Todavía no se acaba de creer que algún día acabará por convertirse en humana.

—No estamos solos —dice Pulga—. También están papá y mamá. Viven en algún lugar de esta casa.

—Pero no los has visto nunca.

—Están con nosotros en espíritu —repite él—. Siempre estarán con nosotros en espíritu.

Nueve



Pulga obstruye los respiraderos con un martillo y clavos del almacén. Pero como no tiene suministros suficientes para sellarlos todos, rompe las mesas de la biblioteca y las mesillas de noche para obtener más madera.

Polly no lo ayuda. Ha sido idea suya, pero ahora dice que está demasiado herida como para hacerlo. Cuando levanta la mano del martillo, siente unos dolores terribles en las costillas, así que Pulga tiene que hacerlo todo él mismo. Igual que tiene que cuidar de Sanguijuela y limpiar las habitaciones él solo.

Cuando acaba, todos los respiraderos están sellados. Nada será capaz de colarse ni de ver lo que pasa dentro.

Pulga se da cuenta de que tal vez haya cometido un error. Lo que mantenía alejados a los siniestros era la luz que se colaba por las rendijas. Ahora que ni el más mínimo reflejo entra en el espacio de ventilación, es posible que vengan más. Y no solo eso: además, cree que tal vez haya cortado la entrada de oxígeno a las habitaciones. Si los ha cerrado herméticamente, podrían ahogarse allí dentro.

Se pregunta si no debería quitar las tablas y empezar de nuevo. Quizás unas barras de metal serían más efectivas, pero lleva todo el día trabajando y está extenuado. Apenas puede mantenerse en pie, y ya vuelve a ser hora de alimentar a Sanguijuela. Hasta que no se demuestre que son un problema, las maderas que ha puesto se van a quedar donde están.



La puerta del baño está entornada, y Pulga puede ver el cuerpo desnudo de Polly reflejado en el espejo. Se está examinando las heridas y gime al verse de esa manera. Pulga se estremece al ver los oscuros moratones con forma de pisada que le cubren la piel. Tiene toda la parte izquierda del torso de un color entre violeta y negro, hasta la cadera. Puede incluso ver que tiene una hendidura debajo del pecho izquierdo, y que esta es el centro del enorme

morado. Además, tres costillas le atraviesan la carne como si fueran unos dedos esqueléticos.

Pulga puede entender ahora por qué su hermana es incapaz de ayudarlo con las tareas. Apenas puede mover un lado de su cuerpo, quizá tampoco sea capaz de respirar por uno de los pulmones. No tiene ni idea de cómo se va a curar sin la ayuda de la tata.

Polly tose un esputo de sangre oscura en el lavabo. Intenta ponerse una pomada en la herida, pero el más mínimo roce le produce un dolor tremendo. Pulga apenas puede soportar seguir viendo la cara de terror de su hermana al contemplar sus heridas, y cómo gime y tiembla por el sufrimiento. Está confundida y se siente frustrada porque no tiene ni idea de qué hacer con sus heridas.

El agujero en el que solía estar su ojo luce peor aspecto que antes. La hinchazón se ha rebajado un poco, pero todo el lado izquierdo de la cara se le ha convertido en una gran costra negra. Es como si se le hubiese quemado medio rostro.

Llora al contemplar su reflejo en el espejo. En un principio, Pulga cree que llora por el dolor, pero no es eso.

—Qué fea soy —se dice.

Se golpea la herida hasta que se abre la costra, como si quisiera quitársela para revelar una piel bonita debajo. Entonces le grita a su propia imagen y se agarra de uno de los cuernos como si tratara de arrancárselo. Al levantar demasiado el brazo, una punzada de dolor le sube por el pecho. Por último, se calma y se inclina llorando sobre el lavabo.

—Soy un monstruo espantoso —susurra, a escasos centímetros del espejo—. Papá y mamá me van a odiar...

Pulga se acerca y la mira a los ojos través de la rendija.

—¿Puedes llorar con el ojo que te falta? —pregunta.

Cuando lo ve, cierra de un portazo mientras se cubre el cuerpo.

—Fuera de aquí —grita.

Pulga no se va.

—Te he traído una cosa —le dice—. Te la quería dar antes. La he hecho para ti.

—¿Qué es? —pregunta Polly.

—Es para tu ojo —responde Pulga.

Abre un poco la puerta para poder mirarlo. Pulga alza el regalo para que

ella lo vea.

—¿Una muñeca? —inquire ella.

—Solo es la cara de una muñeca —contesta él—. La he convertido en un parche para ti.

—¿Y se supone que me tengo que poner eso en el ojo?

—Te tapará la herida —asegura Pulga.

Polly coge la máscara y cierra la puerta. Cuando sale, lleva un vestido limpio, una cinta en el pelo, maquillaje de color rojo brillante y la cara de porcelana de la muñeca sobre el ojo herido.

—¿Crees que cuando me vean papá y mamá pensarán que soy guapa? —pregunta.

Pulga le sonríe.

—Pensarán que eres la niña más guapa del mundo.

Polly le devuelve la sonrisa mientras acaricia la cara de porcelana que le cubre el ojo como si gracias a ella fuese más bonita. No se siente tan mal ahora que puede esconder su fealdad.



Cuando aparece la cena, una peste horrible sale de la mesa. Pulga no sabría decir qué mezcla de comida podría producir un hedor como ese. Parece estofado de atún, beicon y chuletas de cerdo, pero es lo peor que Pulga ha olido en su vida.

—¿Por qué huele tan mal?

Polly está a punto de caer al suelo cuando entra en la sala del té. Se tapa la boca y trata de no vomitar.

—La carne está rancia —dice, y sacude la mano para apartar el olor.

—¿Se ha podrido? —Pulga se tapa la nariz—. ¿Así huelen las cosas que se pudren?

—Deshazte de eso —grita ella.

Pulga aprieta el botón y la mesa tira la comida.

—¿Y ahora qué comemos? —pregunta Pulga.

—La comida que está así de podrida no se puede comer —responde Polly—. Te puedes poner malo o morirte.

—Pero ¿por qué estaba podrida?

—Las máquinas de comida se deben de haber estropeado todavía más —

responde ella.

A la mañana siguiente, vuelven a probar y aparece un desayuno de pan mohoso y sopa de huevos podridos que dejan la sala del té apestada. No hay ni un solo bocado comestible.

—No nos podemos comer nada de esto... —dice Pulga—. ¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé... —contesta Polly.

—Ya no podemos seguir aquí —anuncia él—. Tenemos que ir a buscar a papá y mamá.

A Polly se le abren los ojos como platos cuando lo oye decir eso. Los cuernos le tiemblan.

—¿Y los siniestros? —inquieta.

—Solo son peligrosos en la oscuridad —responde Pulga—. No tenemos más que llevar luces con nosotros.

Polly niega con un cabeceo violento.

—No. Tenemos que arreglar a la tata. Si conseguimos recuperarla, ella hará que las máquinas vuelvan a funcionar.

—No sabes cómo arreglarla —dice él.

—Ya lo descubriré.

—Llevas días diciendo lo mismo, pero ni siquiera lo has intentado.

—Estoy segura de que la puedo arreglar si lo intento.

—Aunque la vuelvas a poner en marcha, a lo mejor intenta matarnos otra vez.

—No lo hará —protesta Polly—. Se acordará de mí.

—Se nos acaba el tiempo. Si no nos vamos, nos moriremos de hambre.

—Pues vete tú —lo reta—. Yo me quedo aquí arreglando a la tata.

—Entonces morirás.

Polly sale de la habitación y le dice a su hermano:

—No. Tú te morirás.



El agua es lo siguiente que se acaba. Mientras Pulga se está dando una ducha, ve cómo se reduce la presión hasta que solo sale un chorrillo. Pone el tapón a toda prisa y llena todos los cubos de agua que puede. A la mañana siguiente, deja de salir agua de todos los grifos.

Cuando se lo cuenta a Polly, esta ni le responde, de lo concentrada que está intentando hacer encajar las piezas dentro de la cara de la tata. Tiene que descubrir dónde se supone que va cada una.

—Solo nos queda agua para una semana, como mucho —explica Pulga—. Si no puedes arreglar a la tata para entonces, me voy de la guardería contigo o sin ti.

Polly no le hace caso y se dedica a seguir mirando al robot.

—¿Me has oído? —pregunta él.

Ella se gira para mirarlo.

—¿Me puedes dejar sola? Casi estaba consiguiendo algo antes de que me molestaras.

Pulga frunce el ceño y le dice:

—Intenta no bebértela toda.

Cuando está a punto de salir de la habitación de los juguetes, las luces empiezan a parpadear. Entonces parece que hay una bajada de la corriente y las luces se hacen más tenues. Pulga y Polly se quedan mirándose el uno al otro, y de repente la luz vuelve a la normalidad.

—No nos podemos quedar aquí —dice Pulga—. Cuando se vaya la luz...

Polly niega con la cabeza.

—¿Y vamos a estar más seguros ahí fuera? Aunque se vaya la luz, prefiero cerrarlo todo y quedarme aquí dentro.

A Pulga le encantaría pensar como ella. Se da la vuelta y dice en voz baja:

—Pues yo preferiría estar con papá y mamá.



Pulga siente cómo se ahoga mientras duerme. No puede decir si es porque los respiraderos están tapados o porque la paranoia está jugando con él.

Para asegurarse, quita una de las tablas de madera del que hay sobre su cama, pero no resulta de mucha ayuda. Le sigue costando respirar. Quizá tiene que ver con la pérdida de sangre. Alimenta a Sanguijuela con regularidad, pero a lo mejor le está dando demasiada sangre. Sin los consejos de la tata, no sabe cuánta debería darle.

—No puedes quedarte aquí —dice la voz de su madre.

La bola de papel arrugado sale rodando de debajo de la cama. La cara

dibujada, que está aplastada en la superficie, se gira hacia él.

—Tienes que salir de la guardería y venir a buscarme —prosigue.

Pulga se aparta de ella.

—Pensaba que me había deshecho de ti. No eres real.

—Sí que lo soy —le dice—. Solo tienes que salir de aquí y venir a buscarme.

—Pensaba que eras tú la que tenía que venir a por mí.

—Ahora no puedo venir —contesta ella—. Tendrás que ser tú el que lo haga.

—¿Y cómo te voy a encontrar? La tata decía que esta casa es demasiado grande como para encontrarte sin un mapa.

—Entonces deberías encontrar uno.

—¿Dónde?

—Hay uno en la casa. En la habitación del mapa.

—Eso es lo que dijo la tata, pero ¿qué es una habitación del mapa?

—Si la buscas, la encontrarás.

—Lo que tú quieras.

Pulga se da la vuelta e intenta dormir pero la presencia de su madre de papel no le ayuda. Ella nunca le dice nada que no sepa ya.



Después de varios días sin comida, Pulga no se siente con fuerzas para seguir alimentando a Sanguijuela. Está demasiado débil. El gusano parece gordo y saludable, así que puede pasar un tiempo sin que lo alimente.

—Lo siento —le dice al bicho chillón mientras golpea con un martillo la pata de una silla de metal—, pero si yo me tengo que morir de hambre, tú también.

Sanguijuela reptaba hacia él por todo el suelo de la biblioteca.

—No —exclama Pulga cuando está a punto de morderle el tobillo.

El niño se va al otro lado de la habitación con el martillo y la pata de la silla. Continúa golpeándola en un extremo hasta que consigue convertirlo en una punta afilada.

Sanguijuela resopla, jadea y gruñe cuando sus ojos de insecto buscan con desesperación a su hermano por toda la biblioteca. Cuando al fin descubre adónde ha ido, se pone a chillar y va atravesando la alfombra, centímetro a

centímetro, en su dirección.

—¡Deja de perseguirme! —protesta Pulga cuando Sanguijuela vuelve a tener su tobillo a tiro —. No eres un tiburón de las alfombras.

La recoge del suelo y mantiene su boca alejada mientras la lleva hasta la cuna que hay en la habitación del bebé. Cuando Pulga se va y cierra la puerta, ella se queda gruñendo y chillando. Puede oír el enfado de su hermana mientras vuelve a la biblioteca.

La pata de la silla está afilada y prueba la punta apuñalando con ella el sillón de lectura. Lo atraviesa limpiamente y el metal no se dobla. Pulga la ata al palo de una escoba para formar una lanza y vuelve a atravesar con ella uno de los cojines.

Con los restos de madera que le sobraron de sellar los respiraderos, se hace una armadura. Se ata un trozo redondo de madera al pecho y con tablas delgadas se protege los brazos y las piernas. A modo de casco, se pone un cubo de basura metálico con agujeros para los ojos que ha hecho con la parte afilada del martillo.

Ahora ya está listo para pelear.



—¿Qué estás haciendo? —grita Polly cuando ve a su hermano abrir los cerrojos de la puerta de la guardería—. ¿Es que te has vuelto loco?

Al otro lado, los siniestros están rascando y golpeando la puerta.

—No me estoy yendo. Solo quiero probar una teoría.

Pulga abre la puerta y los ruidos se detienen en seco. Ambos miran hacia fuera, pero no hay nada en el pasillo.

—¿Dónde se han metido? —pregunta Polly.

—La tata dijo que se disolvían en la luz, ¿no? —dice Pulga—. Deberíamos utilizar alguna luz para hacer desaparecer a todos los que podamos.

Pulga vuelve a cerrar la puerta. En el mismo instante en que está cerrada del todo, vuelven los arañazos y los golpes.

—Pero ¿qué...?

Pulga se retira de la puerta.

—Han vuelto —dice Polly.

—Pero si he hecho que desaparecieran... —se asombra él—. Deberían

estar muertos.

El niño vuelve a abrir la puerta y sale despacio al pasillo con la lanza por delante.

—No cierres la puerta, pase lo que pase... —ruega.

Mira hacia el fondo del pasillo. Hasta donde llega la luz, no hay nada, pero más allá de esta se adivina cierto movimiento. Oye pasos y arañazos leves. Aquello está lleno de siniestros.

De vuelta en la guardería, Pulga cierra la puerta y los golpes se reanudan de forma inmediata.

—¿Qué está pasando? —inquieta Polly.

Él busca algo con la mirada, respira hondo tres veces y se dirige al interruptor que hay en la pared.

—Quédate detrás de mí —ordena.

Ella hace lo que le pide. Aun así, pregunta:

—¿Qué vas a hacer?

—No tengas miedo.

Entonces apaga la luz del vestíbulo. En las sombras hay varias criaturas negras con cuernos dentados y colmillos retorcidos que clavan las garras en la pared.

Polly suelta un grito cuando los ve y agarra a su hermano por los hombros. Las criaturas se giran hacia ella. Alzan las garras, llenan la habitación de chillidos agudos y se lanzan al ataque.

Pulga vuelve a encender la luz y las criaturas desaparecen.

—¿Adónde han ido? —grita ella.

—Siguen aquí —contesta Pulga. Está temblando pero intenta aparentar calma y valentía—. Pero no podemos verlos.

Se siente avergonzado por haber sido tan estúpido.

—Lo siento, Polly. La guardería ya no es un lugar seguro. —Se vuelve hacia ella y le dice—: He dejado que entren los siniestros.

Cuando Polly entiende lo que su hermano quiere decir, el pánico se refleja en su cara. Aunque no puedan verlos, ni oírlos ni tocarlos con las luces encendidas, las criaturas siguen allí con ellos. Nunca más podrán volver a apagar la luz allí dentro.

Diez



—Esto es genial —se queja Polly—. Lo has hecho a propósito, ¿verdad? Ahora no nos queda otra que irnos de aquí.

Persigue a Pulga mientras este corre por toda la guardería encendiendo las luces.

—Apártate de cualquier sombra que veas —contesta él, haciendo caso omiso a su hermana.

El niño coge todas las velas y encendedores que encuentra y las va poniendo sobre la mesa de la sala del té.

—Necesitamos cualquier cosa que podamos encontrar que genere luz —dice Pulga.

Polly recoge varios juguetes a pilas, los que emiten algún tipo de luz. Pulga coge líquidos inflamables, ropa y trozos de madera con la esperanza de hacer antorchas. También coge un paquete de pilas recargables.

—¿Dónde está la linterna? —pregunta Polly—. La tata tenía una por algún sitio.

Pulga niega con la cabeza.

—Está en el espacio de ventilación.

—¿Qué?

El niño coge una gran nave de juguete que suelta un rayo de luz por la punta. Es lo más parecido a una linterna que puede encontrar.

—Pon todo lo demás en una bolsa —le ordena a su hermana—. Quiero comprobar una cosa.

—¿El qué? —inquieta ella—. No irás a salir otra vez al pasillo, ¿no?

—Sí —responde—. Quiero ver qué hay detrás de las otras puertas.

—Vas a dejar que entren más —grita Polly.

—Ya lo sé —dice Pulga—, pero tenemos que encontrar una salida.

Polly lo agarra de la muñeca.

—No seas idiota —le espetta, tratando de evitar que salga de nuevo.

—Pon en una botella toda el agua que nos quede —dice, quitándose a su hermana de encima—. La vamos a necesitar si tenemos que cruzar la casa.

Antes de que salga, Polly le dice:
—¿De verdad nos vamos a ir de aquí?
Empieza a llorar ante la mera idea de pensar en ello.
—No tenemos alternativa —contesta él.
Y se dirige a la salida.



Pulga coge los espejos que tienen en sus dormitorios y los coloca en el pasillo, de manera que reflejen la luz de la guardería y lo iluminen por completo. También enciende la nave espacial para tener más luz por delante.

Puede oír a los siniestros agazapados en las sombras al fondo del corredor. Entrechocan sus cuernos los unos con los otros y sueltan leves gruñidos al respirar. Pero Pulga es invisible para ellos. No pueden verlo ni oírlo cuando está dentro de la luz.

Con la lanza casera en una mano y la nave en la otra, se dirige a la habitación más cercana. Es la misma habitación que investigó la primera vez que salió de la guardería.

Empuja para abrir la puerta y apunta con el rayo de la nave hacia el interior. No es más que un dormitorio sencillo. Se siente muy confundido al ver allí una habitación como esa. ¿De quién se supone que es? Parece que nadie ha dormido allí desde hace décadas. La cama es lo suficientemente grande como para que un adulto del tamaño de Polly duerma en ella. Hay un vestidor y un armario. Un espejo le devuelve el rayo de la nave.

Pero en la habitación hay otra fuente de luz que parece provenir del suelo bajo la cama. La luz cambia del rojo al azul, y luego al amarillo y al marrón. Prefiere no entrar para ver qué es lo que la genera. No quiere abandonar la seguridad del resplandor que ilumina el pasillo.

—Una de estas tiene que ser la habitación del mapa —dice en voz alta y se dirige a la siguiente.

La siguiente puerta no le resulta tan extraña. No es más que un almacén normal y corriente. Enfoca las estanterías con la luz de la nave y se sorprende al ver que está lleno de regalos de cumpleaños.

—Feliz cumpleaños —dice para sí mismo.

Nunca había visto tantos regalos juntos. Los hay por todas las estanterías. La tata había dicho que en algún sitio tenía guardados todos los regalos que

los niños iban a recibir durante toda su vida. Se pregunta si no será este el lugar en el que los guardaba, pero eso no tiene mucho sentido, ya que la tata no salía nunca de la guardería. Estos deben de ser regalos de repuesto por si alguna vez les pasaba algo a los que tendría que haber en el almacén de la guardería. Para ellos habría sido devastador si, por ejemplo, se hubiese desatado un incendio y los regalos se hubieran quemado. Se habrían quedado sin ellos para siempre.

Pulga deja el armario de los regalos y se dirige a la última habitación del pasillo. La puerta está destrozada y hay trozos de madera por todo el suelo. Supone que es el lugar del que han salido los siniestros.

Enfoca con la nave a través del marco. No puede ver gran cosa, pero se da cuenta de que los techos son más altos. Se abre a una estancia enorme que debe de ser la entrada al resto de la casa.

—Qué grande. —No se le ocurre otra cosa que decir mientras se acerca a la puerta—. Es enorme.

En el umbral, apunta con la nave de juguete a las paredes, pero estas son tan altas que la luz no llega al techo. En el centro de la estancia, que parece no tener fin, hay filas de columnas blancas. Nunca ha visto tanto espacio abierto. Lo más parecido que se le ocurre es el cielo del patio del colegio, pero aquello ni siquiera era real.

El eco que producen unas astas rascando las paredes se extiende por la amplia cámara. También se oyen fuertes choques de cuernos, como si un grupo de siniestros se estuviese peleando.

Da un paso adelante y entra en el enorme salón. La luz del pasillo solo llega hasta la primera columna. Pulga supone que, si consigue penetrar lo suficiente, será capaz de ver cuántas salidas tiene la estancia, con la esperanza de que una de ellas conduzca a la habitación del mapa.

—Tiene que haber una por aquí, estoy seguro —susurra.

Se mueve despacio, enfocando con la luz en todas direcciones para asegurarse de que nada se cuele detrás de él. A medio camino antes de llegar a la columna, ve cómo los siniestros lo empiezan a rodear. Tan solo puede verlos por el rabillo del ojo, pero están ahí. Lo mismo que él apenas puede percibir su presencia, ellos apenas lo notan. No se atreve a dar un paso fuera del camino de luz que llega del pasillo.

No alcanza a ver ninguna salida. En la estancia hay columnas, paredes altas y baldosas polvorientas, pero ninguna puerta. Deben de estar al otro

lado, mucho más allá de adonde llega la luz.

Cuando alcanza la primera columna, se da la vuelta. Ahora puede ver por el rabillo del ojo cómo el enorme salón está lleno de centenares de criaturas negras. Son todo un ejército. La nave espacial empieza a temblar entre sus manos. Esas cosas se inclinan hacia él. Es como si pudieran ver partes de su cuerpo entre las sombras, pero no al niño entero.

Uno de los siniestros se le acerca mucho más y lo examina con ojos de carbón. Pulga lo apunta con la luz y lo hace desaparecer. Pero en ese momento, otro siniestro se le acerca por el otro lado y tiene que apuntar en su dirección con la luz para quitárselo de encima. Hay demasiados. La lanza que lleva en la mano le parece inútil ahora, por lo que se siente impelido a tirarla, pero prefiere no hacerlo por si se ve atrapado por la oscuridad y llama la atención.

Da un paso de vuelta a la guardería y entonces el camino de luz se retira. Oye a Polly gritar a lo lejos, y no tarda en entender lo que acaba de pasar: Se ha ido la luz en la guardería.



Pulga pone la espalda contra la columna para que ninguna de las criaturas sea capaz de agarrarlo por detrás. Entonces alza la luz de la nave de juguete sobre su cabeza y se apunta con ella. De ese modo será invisible para ellos.

Pero las criaturas no parecen estar interesadas en él, ya que giran las caras tiznadas de negro en dirección al pasillo, atraídos por los gritos de Polly. La masa de figuras retorcidas sale corriendo a la vez, y se apilan en el corredor dirigiéndose hacia su hermana mayor.

—¡Polly, que vienen! —chilla—. ¡Van hacia allá!

No está seguro de si lo habrá oído o no, pero su voz se debe de haber oído por todo el salón, ya que ha logrado captar la atención de algunos siniestros.

Pulga corre hacia el pasillo con la luz por delante y va haciendo desaparecer al ejército de siniestros que encuentra en su camino mientras se dirige a la guardería.

—¡Polly! —grita—. ¡Hay demasiados! ¡Usa la luz!

A medio camino por el corredor, el rayo de la nave espacial rebota en los espejos que ha puesto antes en la puerta de la guardería. Puede oír a los siniestros chillar y hacer rechinar los dientes. En uno de los espejos ve cómo

el ejército de criaturas corre detrás de él, y se acerca cada vez más.

Se gira para apuntar con la luz a los invasores, pero estos chocan con él antes de que los alcance la luz. Pulga cae al suelo y se le escapa la nave de las manos. Una de las criaturas lo arrolla, y le pisotea el pecho y la barriga. Otro siniestro le arrebató la lanza de una patada cuando intenta saltar por encima de él. Ninguno de ellos parece darse cuenta de que está ahí; parece que solo les interesa llegar a la guardería.

Esta vez, Pulga no llega a tiempo a recuperar la nave. Los demonios la pisotean bajo sus talones acabados en punta y lo dejan a oscuras.

Para escapar de esas bestias frenéticas, rueda hacia el interior de la habitación que tiene a su izquierda y cierra la puerta tras él. Tirado en el suelo y tratando de recuperar el aliento, puede oír cómo los siniestros rascan las paredes y la puerta con las astas mientras pasan por el pasillo.

Parpadea un par de veces y cae en la cuenta de que hay algo extraño en la habitación.

—¿Qué...? —dice cuando se da cuenta de que no está a oscuras.

Aunque la electricidad de la guardería se ha cortado, allí aún hay luz. Es una luz extraña que proviene de debajo de la cama y que va cambiando del amarillo al marrón, al rojo y al verde.

Pulga se pone en pie. No parece que haya ningún siniestro allí dentro con él. Están más interesados en la guardería. Rodea la cama y ve algo en una de las esquinas de la estancia.

Se trata de una jaula, pero, en lugar de pájaros, dentro hay seis planetas en miniatura que giran alrededor de un sol. Se acerca a cogerla y, en el preciso instante en que su mano toca el asa que hay en lo alto de la jaula, el sol que hay en el centro ilumina la habitación entera.

—¿Qué sois? —les pregunta a los planetas.

La mantiene alzada, sin entender cómo funcionan porque el sol parece generar su propia energía.

—Qué bonitos —dice, y contempla a los planetas girar alrededor de su estrella. Parecen de verdad, como si tuviera un sistema solar real en miniatura en las manos.



Pulga sale del dormitorio, y la luz del sol en miniatura llena el pasillo. La

horda entera de siniestros desaparece y es como si no hubiesen estado nunca allí.

Corre hacia la guardería. Antes de llegar, huele a quemado.

—¿Polly? —llama a su hermana.

La guardería está en llamas.

—¡Polly!

El humo llena el recibidor mientras las llamas se extienden por las habitaciones. Hay un aspersor que se suele poner en marcha para apagar el fuego, pero parece que no funciona.

—Pulga. —Oye llorar a su hermana—. ¿Dónde estabas?

Polly aparece corriendo en el vestíbulo, con un trapo en la cara y tosiendo a causa del humo. Tiene los brazos y el vestido llenos de cortes y heridas. Parece ser que no ha salido indemne del ataque de los siniestros.

Él no contesta a la pregunta de su hermana.

—¿Qué ha pasado?

Polly sale de la guardería y se cae al suelo del pasillo. Está tosiendo. Se le escapa de las manos una botella de agua que tiene un gran agujero, la marca de un cuerno, y casi todo su contenido se ha derramado ya.

—He sido yo quien ha prendido fuego —le aclara cuando consigue volver a respirar—. Era la única luz que he sido capaz de encender para mantenerlos a raya.

—¿En qué estabas pensando? —inquire Pulga—. Vas a prenderle fuego a toda la casa. Papá y mamá nos van a matar.

Ella señala la jaula.

—¿De dónde has sacado eso?

—De una de las habitaciones. Nos protegerá de los siniestros.

Polly se pone de pie y se la quita de las manos. Entonces cojea hacia el fondo del pasillo con ella, y se aleja de la guardería en llamas.

—¿Adónde vas? —le pregunta él.

—Vámonos de aquí —ordena ella, y sigue caminando.

—No nos podemos ir todavía. ¿Dónde está Sanguijuela?

—¿Y a quién le importa? —dice Polly—. Olvídate de ese gusano repulsivo.

—Es tu hermana —grita Pulga.

—Ya debe de estar muerta. Vámonos.

Pulga la mira, indignado.

—No me lo puedo creer.

Y entra corriendo en la guardería.

—Vuelve —grita ella. Pero Pulga no piensa dejar atrás a su hermana pequeña, aunque esta no sea más que un bicho chupasangre.



Sin la jaula, Pulga solo tiene el fuego para protegerse de los siniestros, pero las llamas son erráticas. Ve cómo las criaturas aparecen y desaparecen a su alrededor al ritmo del parpadeo del fuego. Con los aullidos pasa lo mismo: se hacen audibles e inaudibles a intervalos, y provocan una especie de vibración. A medida que avanza, van apareciendo y desapareciendo unas astas negras que se van interponiendo en su camino.

Corre a la habitación del bebé. Apenas puede ver a través del humo y no se atreve a respirar.

Cuando abre la puerta de golpe, Sanguijuela está saltando y retorciéndose de pánico en la cuna. Los siniestros no han llegado a entrar allí y se ha filtrado muy poco humo, pero el calor de las paredes ha convertido la habitación en un horno.

Pulga coge a Sanguijuela de la cuna y el gusano se escurre por su torso para refugiarse entre sus brazos, gorjeando y borboteando de pánico.

Sin una mano libre para taparse la boca, lo único que puede hacer es correr. El fuego ha adquirido proporciones descomunales después de salir de la habitación del bebé. Las llamas consumen la guardería con rapidez y engullen lo que hasta ahora había sido su mundo. Entonces piensa en el cuerpo de la Tata Warbrough tirado en la sala de los juguetes, y se la imagina devorada por las llamas hasta convertirse en un amasijo de metal carbonizado. Da gracias por no haber tenido que verlo.

Sanguijuela se retuerce entre sus brazos y le aúlla al oído.

—Para de chillar —le ordena al tiempo que la abraza con más fuerza.

Cuando sale de la guardería, Polly está al fondo del pasillo metiendo la cabeza por el umbral de la puerta que da al inmenso salón para respirar aire limpio.

—Vamos —ordena Pulga cuando llega a su altura.

Entran en la gran sala con la jaula sobre sus cabezas, que emite la suficiente luz como para que puedan ver hasta el final. Hay tres salidas.

—Tenemos que encontrar la habitación del mapa —anuncia él—. Tiene que estar por alguna parte.

Pero a Polly le da igual qué salida toman. Se limita a correr por su vida. Atraviesa la estancia para alejarse del humo y las llamas, y se mete por la primera puerta que encuentra. Toma un pasillo hasta que llega a otra puerta. Mientras siga encontrando algún lugar por el que meterse, ella sigue corriendo.

Pulga sabe que si no intenta seguir el ritmo frenético de su hermana, esta no dudará en dejarlo atrás.

Once



—¿Crees que todavía nos estarán persiguiendo? —pregunta Polly.

—Con esta luz somos invisibles para ellos —responde Pulga—. Ya no nos siguen, pero eso no quiere decir que no haya otros siniestros por aquí escondidos en la oscuridad.

Sanguijuela chilla y gorgotea, atada a la espalda de su hermano mayor.

—Así que esto es el resto de la casa... —dice Polly—. No es lo que me esperaba. Qué grande es.

Pulga asiente.

—Nuestra guardería entera cabría dos veces en esta habitación.

Miran los cuadros de señores mayores que hay colgados en las paredes de una especie de galería que han encontrado. Empiezan a notar la falta de comida ahora que se les ha bajado la adrenalina, pero siguen avanzando con paso renqueante. Polly se abraza el costado mientras va dando tumbos por la galería. Las heridas van a peor, debido a la manera en que ha tenido que escapar de los siniestros. Pulga no es capaz de diferenciarlo debido al vestido negro que lleva, pero cree que podría estar sangrando otra vez.

—Me pregunto cuándo fue la última vez que nuestros padres estuvieron en esta parte de la casa —dice Pulga—. Hay muchas habitaciones que no parece que se hayan usado nunca. No entiendo para qué sirven.

—Seguro que sirven para algo —contesta Polly—. Papá y mamá no tendrían esas habitaciones si no fuese por una buena razón.

La niña deja de caminar un momento, mientras se aprieta el costado y pone cara de dolor.

—Tengo que descansar.

Deja la jaula de los planetas en el suelo y se pone las manos en las caderas. Pulga teme que, si su hermana se sienta, no sea capaz levantarse de nuevo.

—Deberíamos de seguir avanzando —sugiere Pulga—. Vamos a tardar todo el día en llegar al otro lado de la casa.

—¿Acaso sabemos adónde vamos? —inquieta ella.

—Lo sabremos si encontramos la habitación del mapa —responde él.
Polly asiente. Coge la jaula que los ilumina y siguen caminando.

La niña señala una de las pinturas y dice:

—Seguro que papá y mamá nos habrían traído por aquí si hubiesen ido a buscarnos. Nos habrían explicado quién es toda esta gente de los cuadros. A lo mejor son nuestros ancestros.

—Puede ser —contesta él—. O a lo mejor colgaron un montón de cuadros cualesquiera porque no sabían qué hacer con tanto espacio.

—La tata decía que son muy ricos —sonríe Polly—. Seguramente se pueden permitir tener todas las habitaciones inútiles que quieran.

—Entonces, ¿tú también piensas que ninguna de estas habitaciones sirve para nada?

—No, yo creo que sirven para algo. Es solo que a ellos no les hace falta que desempeñen ninguna función.

Su ojo brilla al contemplar los cuadros. Hace como si pasara por la galería de la mano de sus padres e imagina cómo sonarían sus voces contándole las historias de toda esa gente.

—¿Pulga? —pregunta Polly.

—¿Sí?

—Vamos a verlos de verdad, ¿no? ¿Al fin vamos a conocer a nuestros padres?

Pulga asiente y le devuelve una sonrisa.

—A lo mejor incluso conseguimos verlos hoy.



Van de habitación en habitación, pasillo tras pasillo, pero son incapaces de encontrar la habitación del mapa.

—Llevamos horas buscando. No puedo seguir andando —anuncia Polly.

Pulga señala una puerta que hay más adelante, cerca de un cruce de corredores.

—Vamos a probar solo con una más —propone.

—Eso me dijiste hace tres habitaciones.

—No creo que debamos parar hasta que hayamos encontrado la habitación del mapa —replica él.

—Más vale que en esa haya un mapa... —responde Polly entre dientes.

No hay ningún mapa, pero es un dormitorio. El más grande que han visto nunca. Tan solo la cama es del tamaño de la habitación de Pulga. En las paredes hay cortinas de terciopelo, un dosel de encaje sobre la cama, un lavabo, un tocador, mesas y sillas. Todos los muebles están hechos de esmeralda y ornamentados. Los tallaron en forma de cabeza de león o de tentáculos de pulpo.

—¡Qué elegante es! —exclama Polly—. Como en las fotos de *suites* de hoteles lujosos que hay en los libros de la biblioteca...

Pulga atraviesa la habitación, se quita a Sanguijuela del arnés y la deja sobre la cama. Gruñe y babea enfadada con él por haberla tenido tanto tiempo colgada a la espalda.

—Está muy limpio —observa la hermana mayor—. Mucho más que el resto de habitaciones en las que hemos estado.

—A lo mejor vive una sirvienta en esta parte de la casa —aventura Pulga—. Quizás es una habitación para invitados y tienen que mantenerla limpia por si se queda alguien a dormir.

—No creo que sea una habitación de invitados —dice ella, y deja la jaula de luz sobre una mesa—. Más bien, creo que es un dormitorio de repuesto de nuestros padres. —Se mira en el espejo del tocador y se arregla la cara de muñeca que utiliza como parche—. Piensa en ello. Con una casa tan grande, seguramente no tendrán solo un dormitorio, deben de tener un montón. Se pueden mudar a cualquier parte de la casa cuando quieran.

Se acerca a la cama y comprueba el colchón.

—Puede que hayan dormido en esta misma cama —dice.

Entonces coge un cojín y lo huele. Todavía está impregnado de perfume.

—Huele a mamá —exclama, e inhala profundamente el perfume—. Sé que tiene que ser su olor.

Pulga va al lavabo. No tiene puerta, así que no es muy privado, pero al menos es una estancia separada. Como la luz de la jaula de planetas no ilumina demasiado el interior del lavabo, busca el interruptor, pero este no funciona.

Su cara cansada lo mira desde el espejo poco iluminado. Está cubierto de sudor seco y de hollín del incendio. Necesita darse un baño urgentemente. Sin pensárselo dos veces, se inclina sobre el lavabo y casi se cae de culo cuando descubre que sale agua del grifo.

—Funciona... —grita.

Mete la cabeza debajo del grifo y bebe.

—¡Agua!

Después de eso, se salpica agua en la cara con las manos. Cuando vuelve a mirarse otra vez en el espejo mientras se enjuga el agua de los ojos, ve una figura negra en la ducha detrás de él, en un punto donde no llega la luz.

Pulga sale corriendo del lavabo.

—Aquí dentro hay siniestros.

Polly se acerca cojeando hasta el lavabo.

—¿Estamos a salvo? —pregunta, mirando fijamente a la figura retorcida de la esquina.

—Siempre y cuando la luz se mantenga encendida y nos apartemos de las sombras —responde él.

En el preciso instante en que Pulga dice esto, la luz del sol reduce su intensidad hasta convertirse en un tenue resplandor marrón. Aquello revela la presencia de docenas de criaturas escondidas entre las sombras.

—¿Qué ha pasado? —grita Polly.

Las criaturas se giran hacia ella.

Pulga corre hacia la jaula y toca el asa. El sol se vuelve a iluminar y su luz inunda la habitación. Los siniestros desaparecen.

—Cuando llevas mucho rato sin tocarlo, se hace menos brillante —dice él.

—Entonces, ¿tenemos que estar aguantando esta cosa durante toda la noche? —inquieta su hermana.

—¿Qué quieres decir con «toda la noche»?

—¿Es que no nos vamos a quedar aquí a dormir?

Pulga niega con la cabeza.

—No, primero tenemos que encontrar la habitación del mapa. ¿Y si resulta que estamos a dos minutos de papá y mamá pero no lo sabemos?

—O nos podemos pasar otro día entero buscando —responde ella—. Tenemos agua y una cama. Deberíamos descansar aquí.

—Pero no es que sea el lugar más seguro...

—Dejaré la mano encima de la jaula todo el rato mientras duermo, si hace falta.

Pulga se lo piensa durante un momento y entonces asiente. Sabe que ya no hay ningún lugar seguro en la casa y se siente mal por arrastrar a Polly con las heridas que tiene.

—Espero que sea buena idea —dice al fin.

Vuelve a la entrada de la habitación y cierra la puerta. En el mismo momento en que esta se cierra, se empiezan a oír golpes y rascadas en las paredes del exterior. Los siniestros saben que están ahí dentro. Le va a costar dormirse sabiendo que estos están tanto dentro como fuera.



—¿Vas a dormir con esa estúpida armadura puesta? —le pregunta Polly a su hermano.

Está tirado en la cama gigante y aún lleva puestas sus protecciones caseras de madera. Hace tiempo que perdió el casco. Ni siquiera recuerda dónde, quizá fue en la guardería.

—No me la pienso quitar —responde—. Estoy rodeado de monstruos.

Polly se quita el vestido y se mira en el espejo. Ya no le importa que Pulga la vea desnuda. La herida que tiene en las costillas parece haber empeorado. Se está poniendo verde y está cubierta de pus.

—Escuece mucho... —se queja.

La niña intenta lavarse la herida, pero con ello solo consigue abrírse la más. La habitación se llena de una peste horrible.

—¿Qué es ese olor? —pregunta Pulga, tapándose la nariz.

Polly le frunce el ceño. A ella ya no le importa el olor porque se ha acostumbrado.

—Está infectada —dice.

—Huele como la comida podrida que salió de la máquina —contesta Pulga.

—Necesito antibióticos. A lo mejor había en la guardería. Bueno, estoy segura de que papá y mamá deben de tener.

Pulga se empieza a preocupar. Ahora piensa que quedarse allí toda la noche es una mala idea. No se deberían de quedar allí tumbados mientras la infección de su hermana se va extendiendo.

—Deberíamos de descansar solo una hora —anuncia—. Y luego tendremos que encontrar medicinas para ti.

—Necesito una noche entera de sueño —dice Polly—. Las medicinas pueden esperar.

Pulga sale de la cama y se acerca a ella. A medida que se va acercando, el olor a podrido de la herida se hace más intenso.

—Es asqueroso —exclama.

Polly se pone roja de indignación.

—Cállate, Pulga.

—Si se te extiende hacia arriba, ¿se te va a pudrir la teta? —pregunta.

—¡Cállate! —chilla Polly.

Pulga está intentando que su hermana se preocupe. Ella hace ver que no pasa nada, pero está claro que la infección está cada vez peor. Si tuvieran dos fuentes de luz, la dejaría allí durmiendo y se iría a buscar los antibióticos él mismo, pero tienen que permanecer juntos. Tiene que ir con él en busca de las medicinas, no puede dejar que su hermana no preste atención a la herida.

—Ni siquiera sé si seré capaz de dormir en la misma habitación que tú —prosigue—. Huele a huevos podridos. Si no te la curas pronto, vas a apestar de esa manera toda tu vida. Nadie se querrá acercarse a ti.

Polly no responde. Se limita a mirarlo echando chispas. El ojo se le pone rojo. Gruñe.

—¿Todavía te quieres quedar aquí durmiendo toda la noche y dejar que se te extienda la infección? ¿O prefieres ir a buscar a papá y mamá para que te ayuden?

El ojo de Polly mira fijamente a los de su hermano y le empieza a salir espuma de la comisura de los labios. Da un paso al frente. Ni se le ocurre pensar que está en ropa interior.

—¿Polly?

Ella vuelve a gruñirle y le apunta con los cuernos.

—Ahora no... —suplica él—. No puedes ponerte a hacer eso ahora.

Pensaba que ya había presenciado el último de sus episodios, pero su hermana mayor sigue en celo, y propensa a tener ataques de ira sexual y psicótica.

—Cálmate...

Polly aúlla como un animal sediento de sangre y carga contra él. Las astas chocan contra la madera redonda que Pulga lleva en el pecho y lo hace volar hacia atrás. Caer de cabeza en el suelo.

Aturdido, es incapaz de esquivarla cuando salta sobre él y le clava las uñas en las maderas que lleva atadas a los brazos.

—Para ya... —grita Pulga.

Su hermana le propina un cabezazo en la cara y la punta de uno de los cuernos le abre una gran herida en el centro de la frente, a un centímetro de los

ojos. Pulga la empuja pero ella se retuerce sobre él, mordiendo el aire justo por encima de su nariz y clavándole las uñas en los antebrazos.

—Ten cuidado. La herida...

Se le ha abierto la herida del costado y la sangre le gotea sobre el suelo de baldosas. No parece que sea consciente del dolor y mueve el cuerpo con intensidad, como ajena al daño.

La peste a huevos podridos inunda las fosas nasales de Pulga, que aparta la cara. Le hace venir arcadas, pero solo escupe saliva. Si hubiese tenido algo de comida en el estómago, la habría regurgitado.

—¡Apártate de mí! —le grita.

Consigue liberarse de su hermana, pero no tiene adónde huir. Si sale al pasillo sin la jaula de luz, los siniestros lo matarán. Pero si se la lleva, será Polly quien muera. En cambio, si se queda allí con ella, lo despedazará.

Vuelve a agarrarlo y muerde el pedazo de madera que lleva atado al antebrazo. El fuerte crujido que se oye hace pensar a Pulga que Polly se está rompiendo los dientes, pero no es más que el sonido de la madera al astillarse.

El sol de la jaula reduce su luminosidad y la habitación queda sumida en la penumbra. Los siniestros los miran con ojos venenosos y sus figuras nudosas se retuercen en la oscuridad.

Polly parece confundida por el cambio de luz. Suelta a Pulga por un instante y el niño aprovecha para correr hacia Sanguijuela y cogerla en brazos. La niña carga contra él, pero este se tira al suelo y reptó bajo la cama. La larva se contonea y le chilla en la oreja al tiempo que su otra hermana trata de seguirlo hacia su escondite.

Las astas de Polly son demasiado grandes y no caben allí debajo. Pincha y rasca el lateral de la cama con ellas y hace lo posible por alcanzarlo con las manos. Él se aparta del borde para ir a agazaparse en el centro de la cama.

Al estar entre las sombras, vuelve a ser visible para los siniestros que hay en la habitación. Los que lo ven, aúllan y van a por él, abandonando su lugar en la oscuridad de las esquinas. Deja de verlos cuando entran en la luz, pero cuando llegan hasta la cama puede ver sus garras intentando atraparlo. Por suerte, sus cornamentas también son demasiado grandes como para meterse allí abajo.

Cuando Polly se aburre de perseguir a Pulga, se gira hacia los siniestros medio visibles que hay en las esquinas de la habitación y carga contra un grupo de ellos con los cuernos por delante.

—¡Polly! —chilla Pulga—. ¡Aléjate de ellos!

Sus astas chocan con las de una de las criaturas y ambas caen hacia atrás después del impacto. Polly vuelve a atacar y sus cornamentas se enredan, pero cuando tira de la criatura hacia la luz, esta desaparece.

Pulga vuelve a arrastrarse hasta el borde de la cama.

—¡Aquí! —grita.

Polly se gira para lanzarle una mirada trastornada con el ojo que le queda. Varios siniestros aprovechan para acercarse más a ella entre las sombras.

—Ven aquí —le pide, y saca el brazo de debajo de la cama para hacerle señas—. Atácame a mí y no a ellos.

La niña vuelve a lanzarse contra él y clava las astas en el colchón, rajando las sábanas. A Pulga apenas le da tiempo de ponerse a salvo.

Aun así, la provoca poniendo sus manos a escasos centímetros de ella y haciendo que piense que está a punto de agarrarlo. Pulga no puede permitir que su atención se vuelva a posar en los siniestros.

Durante la siguiente hora, Pulga tiene que seguir con eso. Polly chilla, estira las manos hacia él y se restriega la entrepierna contra la esquina de la cama. Mientras, la sangre que se va derramando en el suelo hace que Sanguijuela se suma en un estado febril y trata por todos los medios de liberarse del abrazo de Pulga para beberse toda la sangre fresca que se está desperdiciando.



Pulga se despierta al oír un chillido. No sabe cuánto tiempo ha estado dormido. Debe de haber caído rendido por la extenuación.

Busca a Sanguijuela, pero el bicho ya no está entre sus brazos. Sale de debajo de la cama y levanta la jaula de luz para devolver la claridad a la habitación. Los siniestros de las esquinas se desvanecen.

Polly está en la cama, inconsciente y exhausta. Tiene las mejillas llenas de sudor y la cara enrojecida. Parece que la infección le esté produciendo fiebre.

Sanguijuela está sobre ella, bebiendo de la herida abierta. El insecto debe de haber seguido el rastro de sangre hasta su hermana.

—¡No! —le grita Pulga al bebé-larva—. ¡Apártate de ella!

Sanguijuela le gruñe y le escupe.

Él se abalanza sobre la cama. El bebé está gordo porque se debe de

haber bebido una gran cantidad de la sangre de Polly. Si él hubiera seguido durmiendo mucho más tiempo, seguramente la habría dejado seca.

—Está demasiado enferma —dice—. No puedes beber de ella.

El gusano chilla como un cerdo malhumorado cuando Pulga lo aparta de su hermana mayor.

—Bicho malo —la riñe Pulga.

Sanguiuuela intenta morderle la nariz.

Cuando Pulga examina la herida de su hermana, se da cuenta de que ya no apesta a podrido.

Sanguiuuela olfatea el aire entre sus brazos.

—¿Has hecho tú esto? —le pregunta.

La herida de Polly ha sido esterilizada, y la carne muerta e infectada, devorada. Sanguiuuela se ha bebido toda la sangre sucia. Ella estaba siendo tan glotona como siempre, pero sin quererlo ha conseguido que la infección de Polly no se extienda.

Pulga pone la mano en la frente de su hermana mayor, pero es incapaz de decir si ha tenido fiebre durante la noche o no. Se va a poner bien.

—Tú, gusanito feo —le grita Pulga al bebé, levantándolo sobre su cabeza—. ¡Te daría un beso y todo!

Como respuesta, el gusano le chilla y le gorgotea en la cara.

Aúlla cuando su hermano le besa en la parte de arriba de la cabeza.



Pulga deja que Sanguiuuela beba de Polly un poco más, para asegurarse de que la herida se limpie. A la herida del ojo solo se la acerca durante unos minutos, porque le preocupa qué haría Polly si se despertase con un enorme bicho succionándole la cuenca ocular. Pero sigue profundamente dormida. La tapa con una sábana y se tumba junto a ella, con la jaula de luz entre ellos. Ha dejado a Sanguiuuela atada con el arnés al otro lado de la cama. Puede que le haya salvado la vida a Polly, pero también podría matarlos a cualquiera de los dos si no se anda con cuidado.

Cuando se queda dormido, sueña que explora la enorme casa. Al principio es un sueño maravilloso lleno de habitaciones bonitas y extrañas, y ve cosas maravillosas en su viaje. Pero al poco se convierte en una pesadilla. Sueña que es un hombre viejo que continúa explorando la casa y que ha

malgastado su vida buscando a unos padres a quienes es incapaz de encontrar.

Doce



Polly se indigna al enterarse de que Pulga ha dejado que el bebé le chupe la sangre. Quiere morderle y beberse su sangre para demostrarle qué es lo que se siente cuando alguien se alimenta de ti.

—Pero si te ha curado la infección —protesta Pulga.

—¡Es asqueroso igualmente! —grita ella—. No vuelvas a dejar que esa cosa me toque otra vez. Pase lo que pase.

—Puede que te haya salvado la vida —replica él.

—Vale, lo que sea —responde Polly—. Vámonos de aquí.

Beben toda el agua que les cabe en la barriga y llenan la única botella que tienen. Cabe muy poco por culpa del enorme agujero que tiene en el centro, pero es lo único que pueden usar en toda la habitación.

Polly sonrío mientras continúan su viaje por el laberinto de pasillos que es la casa de sus padres.

—¿Qué? —pregunta su hermano, que no entiende por qué de repente está tan feliz.

—Nada —contesta ella, moviendo la cabeza. Aun así, prosigue—: ¿Cómo crees que son papá y mamá?

—¿Papá y mamá?

—Seguro que papá es listo, guapo y popular —dice Polly—. Y mamá seguramente es cariñosa, guapa y muy sabia...

Su mirada se pierde en la distancia, mientras fantasea sobre ellos. Pulga asiente.

—Tengo muchas ganas de conocerlos.

—¿Tú crees que les gustaré? —pregunta ella—. Espero que sí.

Su hermano vuelve a asentir.

De repente ya no le entusiasma tanto el imaginarse cómo serán.

—¿Qué pasa? —inquiere Polly—. ¿No quieres hablar sobre ellos?

Él niega con la cabeza.

—Solo estaba pensando —contesta—. Siempre estás preocupada por si les vas a gustar o no, pero ¿y si ellos no nos gustan a nosotros?

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si no son agradables? Mamá podría ser estúpida y egoísta. Papá podría darnos miedo. Me preocupa que resulte que no son buena gente.

—No seas tonto —replica Polly—. Son tus padres. Pues claro que son buena gente.



Revisan todas las habitaciones que se encuentran, pero ninguna de ellas es la del mapa. Se topan con un par de dormitorios más, que resultan ser más pequeños que el otro. Están igual de limpios, pero no sale agua de los grifos. Algunas habitaciones están llenas de máquinas. Un par de ellas contienen baldosas y suministros de carpintería. Hay una habitación de la colada, una con un billar, y un gimnasio completo lleno de extraños aparatos de ejercicio. Todas ellas, como si esperaran a que alguien las use, pero todo está muerto. No hay señal de sus padres. No hay señal de ninguna otra persona.

—¿Qué es eso? —pregunta Polly, y señala hacia el umbral iluminado de una puerta que hay más adelante.

—¿Una luz? —dice Pulga.

En efecto, sale luz de una puerta que hay más allá. Cuando se acercan, ven una sombra que se alarga. Tiene forma de persona.

—Ahí hay alguien —exclama Polly.

Corren hacia la puerta.

—¿Hola? —pregunta Pulga—. ¿Hay alguien ahí?

A medida que se acercan, la sombra parece cada vez más humana, pero no se mueve.

Entran y ven a una mujer de pie. Les da la espalda. Está en un pequeño vestíbulo lleno de ascensores. Los paneles luminosos del techo están encendidos, pero solo en el punto exacto en el que se encuentra la mujer.

—¿Hola? —interpela Polly a la mujer.

Esta ni se gira ni se mueve.

—¿Está viva? —inquire Pulga.

—A lo mejor es una estatua...

Cuando se ponen delante de ella, se dan cuenta de que no es una estatua. Tiene el pelo corto y lila, que hace juego con unos ojos completamente quietos, y una boca con forma de corazón con la que parece que esté besando

al aire. Lleva un uniforme de criada.

—Está congelada en el sitio —observa Pulga.

La toca y nota la piel flexible.

—Es como la tata —dice Polly—. Un robot.

—¿Estás segura? —pregunta él.

Le toca un ojo con el dedo y ve que está cubierto de un líquido que lo humedece.

—Se debe de haber estropeado mientras limpiaba —sugiere la niña.

—¿Crees que todos los criados de esta casa podrían ser robots?

—A lo mejor —contesta ella—. Es una casa muy grande. Tendría sentido que tuvieran robots para limpiarla.

—Pero hasta ahora nunca habíamos visto ninguna criada. ¿Dónde están las demás?

—A lo mejor también están estropeadas.

Pulga sacude a la mujer robot, que es como un muñeco. Cuando la tira al suelo de un empujón, su posición no cambia. Se mantiene recta, mirando hacia la nada que tiene delante, aunque ahora está tirada sobre las baldosas.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunta Polly—. No ha estado bien.

—Quería comprobar si se volvía a encender —contesta Pulga.

—No se va a volver a encender —replica ella—. Está rota.

Dejan al robot en el suelo y buscan por el vestíbulo.

—Oye —llama Polly, y señala un cartel que hay en la pared.

—¿Qué? —pregunta él.

—El mapa.

Hay una señal colgada en la pared en la que pone «Mapa» con una flecha señalando a la izquierda.

—Ahí está —exclama Pulga—. ¡Es la habitación del mapa!

Corren por todo el vestíbulo buscando el mapa. Las flechas los guían por otro pasillo hasta que llegan a una puerta pequeña y gris, sobre la que pone «Mapas».



Cuando entran en la sala ven que una serie de luces se van encendiendo y apagando, una cada vez, y que iluminan los mapas que hay colgados. Hay docenas de ellos. Parece un museo de mapas.

—¿Cuál debe de ser el mapa de esta casa? —pregunta Pulga.

Hay demasiados. Polly se acerca a examinarlos con cuidado.

—Deben de ser los mapas de todas las casas del vecindario —especula él.

—Cuántas habitaciones... —dice Polly.

En cada mapa hay centenares de habitaciones. Tantas, que se hace muy difícil leer las pequeñas etiquetas que explican qué se supone que es cada una. Polly toca uno de ellos, y este se amplía para mostrar los detalles del área que ha tocado. Resulta que no son de papel, sino que son pantallas de plasma.

—Este —dice Pulga.

Se ha parado delante del único mapa en el que hay un punto rojo parpadeante.

—Pone: «Está usted aquí». —Señala al punto rojo—. Este tiene que ser el mapa de esta casa.

Polly se inclina por detrás de él y aprieta el punto rojo. La pantalla se amplía para mostrar la habitación del mapa en la que están. Sanguijuela aprovecha para mordisquear unos rizos de pelo verde de su hermana que le han caído sobre la cara regordeta.

—¿Dónde están las habitaciones de nuestros padres en este mapa? —inquire.

—No entiendo ni la mitad de los nombres de estas habitaciones —responde Pulga—. ¿Habitación Nylurg? ¿Habitación de la plegaria continua? ¿Videoestadio?

—Seguramente no se llamarán «aposentos de los padres» —comenta Polly—. ¿A lo mejor «aposentos principales»? O ¿«dormitorios principales»?

Pulga niega con la cabeza.

—No veo nada de eso en el mapa.

—Hay demasiadas habitaciones. No podemos explorarlas de una en una porque tardaríamos días enteros.

—Tendremos que estudiarlas una a una en estos mapas hasta que encontremos el lugar en el que deben de estar.

Polly asiente y continúa examinando el mapa gigante.

—Espera un momento... —exclama, y reduce la imagen—. Antes hemos pasado por una fila de ascensores.

—¿Y? —pregunta Pulga.

—Que si hay ascensores, eso quiere decir que esta casa tiene muchos

pisos, pero el mapa solo muestra uno de ellos.

—¿Y dónde están los otros niveles? —inquire él.

Polly se da la vuelta y pasa la mirada por las docenas de mapas que hay en las paredes.

—Ahí...

—¿Todos?

—No son mapas de casas diferentes —explica ella—. Cada mapa representa un piso distinto. Todo esto es una sola casa.

—Pero eso quiere decir que este edificio debe de tener por lo menos cien pisos de alto...

—Y cientos de kilómetros de ancho...

—No tardaríamos días en explorar toda la casa —dice Pulga—. Tardaríamos años.

Polly se aparta de golpe del mapa, lo que hace que se le arranquen los mechones de pelo que Sanguijuela tiene en la boca. Cierra los puños y le entran ganas de romper los mapas con sus astas para no tener que enfrentarse a la realidad.

—Es imposible —exclama—. Aunque sigamos dando vueltas por la casa el resto de nuestras vidas, no los encontraremos nunca. Es del tamaño de una ciudad entera.

Pulga niega con la cabeza.

—Es del tamaño de un país entero.



Pulga intenta no desalentarse por el inmenso tamaño del edificio. Después de casi una hora refunfuñando, Polly se une finalmente a él. La casa es enorme, pero si consiguen adivinar dónde tienen que ir, el viaje no será tan largo.

—Estamos en el piso sesenta y tres —explica Pulga—. Parece que cada piso está dividido en ocho secciones, con ascensores en el centro de cada sección. También hay una habitación del mapa cerca del centro de cada sección. Si conseguimos adivinar en qué piso están papá y mamá, no nos debería resultar muy difícil encontrarlos.

Polly se queda mirando el mapa.

—¿Qué distancia hemos andado hasta ahora? —pregunta, tratando de hacerse una idea del tamaño real de lo que representa el mapa.

—Mucha, pero ni siquiera hemos recorrido una décima parte de este piso.

Ella señala un cúmulo de habitaciones que están cerca del punto rojo.

—¿Eso es la guardería? —pregunta—. Está a la vuelta de la esquina de donde estamos ahora. —Su voz empieza a tornarse amarga—. ¿Hemos andado en círculos y volvemos a estar en el punto de partida?

—No —responde Pulga—. Eso no es la guardería —Señala otro cúmulo de habitaciones a lo lejos, al noroeste del punto rojo—. Hemos venido de la otra dirección, de por aquí.

—Pero aquí pone «guardería» —replica Polly.

En ambos sitios pone «guardería». Pulga amplía el mapa.

—Hay un número al lado —dice—. «Guardería n.º 505».

—¿Qué pone en la nuestra?

Pulga amplía la sección del mapa de la que han venido.

—«Guardería n.º 507» —responde.

—¿Hay otra guardería en esta casa? —inquire ella.

—Si los números quieren decir algo, debe de haber más de quinientas guarderías en toda la casa —anuncia él.

Polly se queda con la boca abierta, incapaz de decir nada durante un momento.

—¿Cómo puede ser? —dice al fin—. La tata nunca nos dijo nada de esto. ¿Y hay otros niños en cada una de ellas?

—No lo sé...

—Tenemos que ir a una de ellas —propone Polly, y se gira hacia la puerta—. Ahora mismo.

—¿Y los mapas? —pregunta Pulga.

—Pueden esperar —responde ella—. Volveremos, está a la vuelta de la esquina.

—No está justo a la vuelta de la esquina —protesta él—. Debe de estar a un kilómetro y medio de aquí.

Pero Polly no atiende a razones. Coge la jaula de luz y sale de la habitación. A Pulga no le queda más remedio que seguirla.



—Frena un poco —suplica Pulga, tratando de alcanzar a su hermana—. ¿A qué

viene tanta prisa?

Pero ella no baja el ritmo.

—Tengo que ver si de verdad hay otra guardería.

—¿Por qué?

—Tengo que ver si dentro hay otros niños.

—Pero ¿qué importancia tiene eso?

Polly frena en seco y se da la vuelta.

—Esta es la casa de nuestros padres —dice—. Si hay otras guarderías en esta casa, eso querrá decir que hay otros niños además de nosotros.

—¿Y qué? —pregunta Pulga—. Eso debería hacerte feliz. Querrá decir que tenemos otros hermanos y hermanas de los que no sabíamos nada.

—Ese es el problema —grita, y el ojo se le llena de lágrimas como si estuviese a punto de llorar—. ¿Es que no lo entiendes? Si tienen un montón de hijos, ¿en qué lugar me deja eso a mí? No sería especial para ellos. Tan solo sería una más de sus cientos de hijos criados en otro centenar de guarderías. No querrán saber nada de mí.

Se gira y sigue andando.

—Eso no lo sabes seguro —dice Pulga, apresurándose tras ella—. No sabemos nada de este sitio. Papá y mamá no son los propietarios de esta casa, que nosotros sepamos. Podría haber un montón de gente viviendo aquí. Si hay niños en otra guardería, a lo mejor son los hijos de otros padres que viven en algún otro lugar de esta casa.

Polly no responde y aumenta el ritmo. Tiene que verlo por sí misma.

Trece



Cuando llegan a la Guardería número 505, ven que es exactamente igual a aquella en la que ellos crecieron. La diferencia es que esta parece haber sido abandonada hace mucho tiempo. La puerta ha sido reventada y hay marcas de cuernos y garras en su superficie. No hay electricidad. El aire rancio huele a humedad, como si no hubiese respirado nadie allí desde hace años.

—¿Crees que alguna vez hubo niños viviendo aquí? —pregunta Pulga.

—No lo sé —responde Polly—. A lo mejor es una guardería de repuesto por si a la nuestra le pasaba algo...

Inspeccionan las habitaciones y ven que todas están llenas de polvo, pero completamente amuebladas. Aparte del polvo y de las marcas de cuernos en las paredes, la guardería está en muy buenas condiciones. Parece que nunca haya vivido nadie allí. Las camas están hechas, como si no las hubiesen tocado nunca.

—A lo mejor tienes razón y esta guardería solo era de repuesto.

Pero cuando entran en la habitación del bebé se dan cuenta de que no es el caso.

—Qué asco... —exclama Polly, mientras observa los cadáveres.

En el suelo están los restos de cuatro larvas de humano muertas. En el recipiente de la cuna y desperdigados por el suelo hay restos de cáscaras de huevo y esqueletos con forma de gusano. Están todos cubiertos de telarañas.

—¿Qué les ha pasado? —pregunta Pulga.

Polly les echa un vistazo. Se tapa la nariz como si los cuerpos apestaran, aunque la carne se pudrió hace mucho tiempo y el único olor que hay en la habitación es el del polvo.

—Enviaron los huevos por el túnel —explica ella—, pero no debía de haber nadie en la guardería para ocuparse de ellos. Murieron uno a uno, solos en la oscuridad.

—Pero ¿no debería haber habido una tata para cuidarlos?

—A lo mejor la que había se rompió antes de que los niños nacieran —dice Polly—. Como la criada de los ascensores.

Pulga mira a Sanguijuela y se imagina que ella podría haber sido uno de esos esqueletos si hubiera nacido en esta guardería.

—Es muy triste... —dice, y le acaricia la cabeza a su hermana pequeña.

Sanguijuela se limita a chillar y a resoplar, ajena a los cuerpos que la rodean.



Exploran el resto de la guardería y encuentran un robot estropeado en una de las habitaciones. Está tirado en el suelo, con el pecho abierto por unos cuernos. Si una cosa está clara, es que ha sido cosa de los siniestros.

—Es idéntica a la Tata Warburough —observa Pulga.

—Seguramente todas son iguales que ella —conviene Polly.

—¿Crees que era exactamente igual que ella?

—Puede ser.

—Me gusta pensar que hay otras versiones de la tata por ahí, en otras guarderías. Es como si siguiera viva en alguna parte.

—Nunca estuvo viva —replica Polly—. No era más que un robot.

Revisan los almacenes en busca de provisiones. Polly coge algunos antibióticos y calmantes del armario de las medicinas. Pulga se hace con unas cuantas botellas para llenarlas la próxima vez que encuentren un grifo que funcione.

Al pasar por delante de la habitación masculina, Pulga siente de repente como si estuviera en casa, en la guardería en la que se crio. Desearía quedarse allí algunas noches. Salió tan deprisa de su guardería en llamas que no tuvo tiempo de despedirse como era debido.

—Tienes que seguir adelante —dice una voz proveniente de la habitación.

Es la voz de su madre de papel. Oye cómo se desdobra, sale del armario y trata de aplanar las arrugas de su barriga, pero no deja que él la vea. La habitación está sumida en las sombras, así que Pulga no entra.

—Todavía me tienes que encontrar —continúa ella.

—Lo estoy intentando —responde él—. Nadie me dijo nunca que la casa era tan grande.

—Es grande, pero me encontrarás si no te das por vencido.

—Pues claro que no me daré por vencido.

—Te quiero, cariño —dice la madre de papel.

—Yo también te quiero, mamá —contesta Pulga.

Polly aparece detrás de él, con un montón de provisiones en los brazos, incluyendo un vestido nuevo.

—¿Con quién hablas? —inquire.

Pulga se gira hacia ella y niega con la cabeza.

—Con nadie. Hablaba conmigo mismo —Señala al vestido—. ¿Qué vas a hacer con eso?

—Necesito ropa nueva —responde su hermana—. Tendré que arreglarlo para que me venga bien, pero es que el que llevo está hecho un asco. Tú también tendrías que conseguir algo de ropa.

Pulga asiente.

—Las máquinas de comida no funcionan —prosigue ella—. Y tampoco hay agua. Aquí no hay nada de nada. Tendríamos que volver a la habitación del mapa.

Él vuelve a asentir.

—Si hay otras guarderías en esta zona, deberíamos echarles un vistazo, también —dice Polly—. A lo mejor en alguna de ellas hay alguna máquina de comida que funcione.



Cuando salen de la guardería, Pulga mira en las otras habitaciones del pasillo con la esperanza de encontrar otra jaula llena de planetas. Estaría bien poder encontrar una segunda fuente de luz, pero no encuentra nada que se le parezca.

—Deberíamos centrarnos en encontrar comida —dice Polly mientras vuelven a la habitación del mapa—. Tiene que haber alguna guardería en algún sitio en la que podamos encontrar comida.

—Yo creo que deberíamos centrarnos en encontrar a papá y mamá — replica Pulga—. Ellos nos pueden dar comida cuando lleguemos.

—Pero quién sabe cuánto tardaremos en encontrarlos —contesta ella—. Si las guarderías están marcadas en el mapa, será más fácil encontrarlas.

—Vamos a estudiar el mapa antes de decidir nada —dice él—. Si encontramos una zona en la que tal vez vivan papá y mamá, propongo que vayamos en esa dirección y paremos en las guarderías que encontremos por el camino. Tiene que haber otros sitios en el mapa donde podamos encontrar

comida, aparte de las guarderías.

—Me parece bien —conviene Polly.

A Pulga le sorprende su respuesta. Casi nunca está de acuerdo con nada. Durante unos minutos caminan en silencio. Más adelante, los siniestros aparecen y desaparecen en las sombras. Los monstruos ya no les asustan tanto como antes. Mientras sigan teniendo luz, se sienten completamente a salvo.

Polly lo mira mientras caminan. Sin más. Solo lo mira.

Cuando Pulga se da cuenta de que la está mirando, ella dice:

—En la guardería te he oído hablar con alguien.

—Ya te he dicho que estaba hablando conmigo mismo —responde Pulga.

—Pero oí cómo decías: «Yo también te quiero, mamá». ¿Por qué ibas a decir eso si estabas hablando solo?

—No es nada —se defiende—. Es que a veces me imagino que mamá está conmigo y hablo con ella. Me consuela cuando estoy triste, aunque no es real. Pero el imaginarme que estoy con ella me hace sentir bien.

El ojo de Polly se abre como un plato al oír a su hermano.

—¿Tú también? —pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Desde que era pequeña tengo una madre imaginaria que solo yo puedo ver —explica—. Solía hablar conmigo todo el tiempo. Aún lo hace. Cuando aparecía, pensaba que me estaba volviendo loca.

—Y yo —responde Pulga—. Hablo con ella casi todos los días. Antes me cantaba nanas y me ayudaba a dormirme.

—¿Cómo es cuando te la imaginas? —pregunta Polly.

—Es como uno de mis dibujos —contesta él—. No tiene forma de persona, es un dibujo que ha cobrado vida.

Polly se muestra impávida ante la idea de la madre de papel de su hermano.

—Mi madre imaginaria es grande —dice—. Muy grande. Casi no cabe en mi habitación. Aunque ya casi soy adulta, ella podría cogerme en sus brazos como si fuera un bebé. Es raro, ¿no?

—¿Cómo puede cogerte en brazos si es imaginaria? —inquire Pulga.

—No lo sé —responde ella—. Creo que casi siempre se me aparece en sueños. Cuando estoy soñando es capaz de cogerme.

—¿Por qué crees que los dos tenemos madres imaginarias? —pregunta él.

—A lo mejor es normal —dice Polly—. A lo mejor es que ansiamos tanto tener una madre que nuestro cerebro se las inventa.

Pulga asiente. No cree que esa explicación sea muy correcta, pero se alegra de no ser el único que tiene una madre imaginaria. Le hace sentir menos loco.



De vuelta en la habitación del mapa, pasan horas estudiando las localizaciones. Hay ocho guarderías en cada piso, excepto en los inferiores, en los que no parece que haya ninguna. Las de su piso son las que van de la 504 a la 512. Ven que, en efecto, hay cientos de guarderías en la casa. La 640 es la última del piso más alto.

—Es difícil de concebir que haya tantas... —dice Polly.

Deja de hablar un momento para meterse en el vestido que ya ha terminado de arreglar.

—Creo que estoy empezando a creer en lo que has dicho antes — prosigue—. En esta casa deben de vivir más padres, aparte de papá y mamá. ¿Cómo podrían tener tantos hijos como para llenar seiscientas cuarenta guarderías? Sería una locura.

—¿Y si hay una pareja de padres por piso?

—Puede ser —contesta Polly—. Si eso es así, entonces no tendrían que estar muy lejos. Deberíamos centrarnos en estudiar el mapa de este piso.

—Hazlo tú —responde Pulga—. Yo voy a estudiar los pisos inferiores.

—¿Por qué?

—Porque en los cinco de abajo del todo no hay guarderías. La tata decía que si los humanos crían a sus hijos en guarderías es porque no quieren estar rodeados de niños mientras estos crecen. Piensan que somos asquerosos. Tiene todo el sentido del mundo que vivan en las plantas en las que no hay niños.

Polly asiente.

—Tú miras esos y yo miro este.

Pulga vuelve al trabajo, pero no consigue encontrarles sentido a los pisos inferiores. Las habitaciones son más grandes y sus nombres son palabras que no ha oído nunca.

Su hermana encuentra algo antes que él.

—¡Aquí está! —grita.

Pulga corre hacia ella.

—¿Qué?

—Lo he encontrado —Señala una habitación que hay en su misma planta—. Aquí es donde están papá y mamá. Lo sé.

—¿Por qué? ¿Qué es?

Mira la etiqueta. Pone «Salón principal».

—Tan solo pone «Salón principal». Podría ser cualquier cosa.

—No, mira todas estas habitaciones que hay alrededor —dice ella.

Pulga mira con más atención y se da cuenta de que es todo un cúmulo de habitaciones con la palabra «principal» en el nombre: salón principal, baño principal, gimnasio principal, almacén principal, acuario principal y comedor principal. Están todas en una misma sección de la casa en ese mismo piso. También están muy lejos.

—Tiene que ser eso, ¿verdad? —dice ella, y mira los otros mapas—. En cada planta hay habitaciones que se llaman igual. Tiene que ser cierto: hay una pareja de padres por piso.

Pulga asiente.

—Sí, está muy lejos. Pero podría ser eso lo que estamos buscando.

—Hay unas tres guarderías por el camino —dice Polly—. Seguro que encontraremos comida en alguna de ellas. Vamos.

Coge la jaula y se dirige a la salida con una sonrisa impaciente en los labios. Pulga frunce el ceño, mete a Sanguijuela en su arnés y la sigue. A Polly le confunde su expresión.

—¿Y esa cara? —le pregunta—. ¿No estás nervioso?

Pulga asiente despacio.

—Estoy bien. Es que estoy cansado. Vamos.

No quiere decirle a su hermana por qué se comporta de esa manera. Antes de apartarse del mapa ha visto que en esa zona hay un lugar llamado «guardería principal». Se pregunta si eso quiere decir que hay una guardería más importante que las demás, en la que se cría a niños más importantes que los del resto de guarderías. Se pregunta si sus padres no se preocuparán solo por los niños de la guardería principal. Prefiere no decirle nada a Polly para que no se preocupe.



De camino a las habitaciones principales, se desvían para ir a una de las guarderías, la 508. La puerta está cerrada y parece que está atrancada por dentro. Golpean la puerta y llaman, preguntándose si allí dentro viven otros niños y una tata, pero no responde nadie. Hay un timbre, que es el que deben de usar los padres cuando van a por sus hijos, pero no saben si funciona o no. Dentro no se oye nada. Cuando Pulga pone la oreja en la puerta, lo único que oye es el ruido amortiguado de cuernos rascando las paredes de la guardería.

—Vámonos —le dice a Polly, al tiempo que niega con la cabeza.

Pasan por la 511, pero tampoco pueden entrar. No porque esté cerrada sino porque un montón de escombros tapa la entrada.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —pregunta Pulga. Mientras, Polly acerca la jaula a las ruinas para iluminarlas.

—Se ha derrumbado el techo —responde—. Si había niños dentro, debieron de quedar enterrados vivos.

Intentan encontrar la 504, pero todas las habitaciones de esa sección de la casa están negras por el hollín. Hace tiempo debió de desatarse un fuego que lo quemó todo.

—Todas las guarderías que nos encontramos están muertas —observa Pulga—. ¿Y si no queda ninguna?

—Hay seiscientos cuarenta y solo hemos visto unas pocas. Tienen que quedar algunas que sigan funcionando.

—No he tenido hambre en todo el día —dice Pulga—, y hace un montón de tiempo que no como. ¿Cómo es que no tengo hambre?

—Tu cuerpo se está comiendo a sí mismo —responde ella—. No tienes hambre porque te alimentas de tu propia grasa.

—Yo no tengo tanta grasa —replica él.

—No te preocupes —dice Polly—. No hemos encontrado comida en las guarderías, pero seguro que la hay en las habitaciones principales. Aunque papá y mamá no estén allí, seguro que hay una sala del té principal o algo así donde podemos comer.

—Pero es que está muy lejos —protesta Pulga—. Tengo los pies llenos de ampollas. No había andado tanto en la vida.

—¿Y yo, qué? —gime ella—. Yo estoy peor que tú y no me quejo.

—Yo tampoco me quejo —responde Pulga.

—Pues venga.

*

Cuando por fin llegan a las habitaciones principales al otro lado del piso 63, Pulga está que se cae. Polly está aún peor que él, pero tan nerviosa que se olvida del dolor.

—¿Por ahí? —pregunta Pulga mientras señala a una puerta doble que hay al final del pasillo.

Polly asiente.

—Justo al otro lado de estas puertas, nuestros padres nos están esperando —anuncia.

—No nos están esperando —replica Pulga.

Su hermana sonrío.

—Déjame hacer ver que sí. Esto es lo que llevo esperando toda mi vida. —Se pone bien el parche con cara de muñeca y se quita el polvo de su vestido nuevo—. ¿Cómo estoy?

—Bien —dice él—. Vamos. Necesitamos comer y dormir. Y tú todavía necesitas atención médica.

Polly suelta una risita nerviosa.

—Todo eso me da igual. Yo solo quiero conocerlos. Es lo único que siempre he querido.

Pueden ver cómo se cuele la luz entre las dos puertas.

—Ahí dentro hay gente —dice ella—. Lo sé.

A medida que se acercan, empiezan a oír un alboroto.

—Suena como si hubiese voces —exclama Pulga—. Muchas voces.

—A lo mejor es que papá y mamá están dando una fiesta —responde Polly—. Suena como un montón de gente hablando. A lo mejor también hay un baile.

La sonrisa de Polly es tan amplia que casi hace que se le abra la costra que tiene debajo del parche.

Cuando llegan hasta las puertas, no las abren directamente sino que se detienen a mirarse el uno al otro. Está claro que hay un grupo de gente al otro lado, y al menos uno de ellos debe de ser uno de sus padres. Están seguros de ello.

—Esto es —dice Polly.

Pulga asiente.

—¿Estás listo para conocer a papá y mamá? —pregunta ella.

—Vamos —responde él.

—Uno —dice Polly.

—Dos —sigue Pulga.

—Tres —exclaman los dos a la vez.

Cuando abren las puertas, la luz ilumina el pasillo y el viento sopla tan fuerte contra sus caras que apenas pueden ver nada.

No hay gente. El sonido que han confundido con una fiesta bulliciosa era el ruido del efecto túnel del viento soplando en el salón.

Pulga se agarra al marco de la puerta, protegiendo a Sanguijuela de los fuertes vientos. Polly da un paso adelante.

—No... —dice. Pulga apenas puede oírla con el ruido del viento—. No puede ser...

Pulga tiene que alzar una mano para protegerse de la luz del oscuro sol naranja para entender qué es lo que está viendo. No hay ningunos aposentos principales al otro lado de las puertas. Al menos, ya no.

Tres metros más allá de la puerta, la estancia se convierte en una caída de sesenta y tres pisos. Pasado ese punto, el resto de la casa se derrumbó hace mucho tiempo.

Catorce



Polly se encuentra en lo que ahora es un balcón, y observa el amplio mundo que hay más allá de la casa de sus padres. Está de rodillas, las lágrimas le resbalan por la cara y el viento le desordena la melena verde. Un tercio de la casa gigante se ha derrumbado, y la montaña de escombros que hay más abajo parece un corrimiento de tierras. Debió de ocurrir hace mucho tiempo.

Pulga se aproxima despacio, con cuidado de no acercarse demasiado al borde. El suelo de cuadros blancos y negros se desmenuza y las baldosas se alejan volando sopladadas por el viento como pájaros perdidos. Alza la vista para ver los restos del edificio que hay sobre él. La destrucción se extiende durante una docena más de pisos. Todos ellos acaban en balcones destrozados que amenazan con derrumbarse en cualquier momento. Entonces mira hacia abajo. La montaña de escombros se extiende a lo largo de varios kilómetros. Todas las habitaciones principales deben de estar entre los restos de abajo. Si sus padres vivían en esta parte de la casa, deben de haber muerto hace tiempo.

—¿Qué crees que pasó? —pregunta.

Polly no responde. Ver esa gran devastación la abrumea. Solo es capaz de estar allí arrodillada, mirando hacia abajo.

—Este lado del edificio se ha caído entero —prosigue él—. ¿Crees que pudo ser un accidente? A lo mejor hubo un gran terremoto. He leído que esas cosas les ocurrían a veces a las casas.

Entrecierra los ojos y mira más allá de los escombros del edificio. Hay montañas ondulantes de color naranja y ríos de agua roja. A lo lejos se ven otras casas, docenas de ellas. Todas parecen tener el mismo tamaño que la de sus padres. Esos otros edificios también parecen estar en ruinas.

No hay señales de vida fuera de las casas. No hay aviones en el cielo. Tan solo los fuertes vientos que les golpean la piel.

—Es como si todo el mundo estuviese muerto —observa Pulga—. ¿Podría haber habido una guerra? La tata nunca nos dijo nada de ninguna guerra.

Pulga pensaba que el cielo era azul, pero tiene un color rojizo. Hay nubes

de color melocotón y grandes esferas en el aire que ocupan buena parte de ese cielo.

—Planetas... —exclama.

Los planetas están tan cerca que parece que se vayan a tocar en cualquier momento. Hay un planeta azul que parece estar justo detrás de las nubes, como si fuera una luna. En el horizonte empieza a despuntar la parte superior de un gigante gaseoso, y un planeta amarillo con anillos como los de Saturno es el más lejano. Aun así está tan cerca que se puede ver a simple vista. El sol mismo es rojo como la sangre. Es enorme, pero no tiene mucho brillo. Parece estar muriendo.

—¿Dónde estamos? —se pregunta—. Esto no puede ser la Tierra...

Su mirada se dirige a la jaula que tiene en las manos. Los planetas de dentro son idénticos a los que hay en el cielo.

Polly aparta la mirada de los escombros para mirar los planetas. Es incapaz de reconocer nada de ese paisaje. Ninguna de las fotos que había en los libros de su guardería era así. Se suponía que el mundo era un lugar con el cielo azul y lleno de valles verdes.

—¿No se supone que estamos en la Tierra? —insiste Pulga.

Sanguijuela aúlla y babea cuando el viento se le mete en los ojos de insecto. Cuando Pulga ve que el feo bicho está sufriendo, se vuelve a meter en el pasillo y le da la espalda a la atmósfera roja. Había soñado con ver el mundo que había más allá de la casa de sus padres, pero este no es el que se esperaba. Este le da miedo. Es enorme y devastador. Está muerto y lleno de fantasmas.

—Papá y mamá están muertos, ¿verdad? —pregunta Polly.

Pulga se gira hacia ella.

—Todos están muertos —contesta él—. El mundo entero.



Pulga y Polly nunca se han sentido tan consumidos y exhaustos como en este momento en el que desandan sus pasos de vuelta al pasillo por el que han venido, en busca del ascensor más cercano. Se sienten como muertos vivientes al caminar por esos corredores arrastrando sus pies doloridos.

—En alguna de las guarderías de esta casa todavía debe de haber electricidad —dice Pulga—. La encontraremos.

Cuando llegan a los ascensores, el botón no funciona. No parece que funcione ninguno en esa parte de la casa.

—Vamos por las escaleras —propone Polly, y señala una puerta que hay al final de la fila de ascensores.

Bajan una planta y se dirigen a la guardería 495. Por el camino, Pulga siente que va perdiendo la consciencia. Su madre de papel aparece detrás de él y lo rodea con sus brazos arrugados para ayudarlo a mantenerse en pie. Se deja caer contra la cadera de ella.

—No estoy muerta —dice la madre de papel.

Él aprieta su mejilla contra su cuerpo hueco.

—No —responde Pulga—. Estás muerta. Todo está muerto.

La madre de papel le dedica una risita.

—No, cariño —contesta—. Si estoy muerta, ¿de dónde ha salido tu hermanita? Nació hace poco.

Pulga medita al respecto durante un momento. Su madre de papel tiene razón. Si dio a luz a Sanguijuela hace tan poco tiempo, tiene que seguir viva en algún lugar.

—Pero la casa está en ruinas... —dice él.

—La mayor parte sigue en pie —replica ella—. Vivo en una zona más segura, abajo del todo.

—¿De verdad?

—Sí, cariño. Sabes que es verdad.

—¿Dónde?

—Lo sabrás cuando me encuentres —contesta ella.

Pulga se despierta de golpe cuando está a punto de caer al suelo. Lleva unos cuantos minutos andando medio dormido. Sanguijuela sigue aullando y retorciéndose en su espalda.

Cuando le cuenta a Polly el sueño que acaba de tener, ella le dice que también acaba de tener una conversación similar con su madre imaginaria. El mundo de fuera de su guardería no es en absoluto lo que se esperaban, pero creen que aún hay posibilidades de que sus padres sigan vivos en alguna parte.



En el pasillo que da a la guardería 495 hay una luz tenue. Al principio, Pulga piensa que es la luz de su jaula reflejada en algún sitio, pero sale de dentro de

la guardería.

—¿Está la luz encendida? —Polly apenas da crédito.

La puerta de entrada está destrozada y hay marcas de garras en las paredes. Dentro, la luz está encendida pero no se oye nada.

—¿Hola? —pregunta—. ¿Hay alguien ahí?

Al no recibir respuesta, deciden entrar.

—¿Hola? —repite, mientras atraviesa el recibidor.

El suelo y las paredes están torpemente pintados de blanco. Hay juguetes y basura por todas partes, y el lugar parece abandonado.

—No creo que haya nadie aquí —dice Pulga.

Siguen adentrándose en la guardería 495, andando por el pasillo en dirección a la sala del té. Pasan por la habitación de la niña, que tiene la luz encendida. Está hecha un desastre, con ropa y juguetes por el suelo.

—¿Hola? —dice Polly, y mete la cabeza en la habitación.

En ese momento no hay nadie allí dentro, pero está claro que ha habido gente viviendo hasta hace poco.

—Qué raro —exclama.

—¿El qué?

Polly examina las cosas del suelo.

—Mira esta habitación: es exactamente igual que la mía. Tiene la misma ropa en el armario, y los juguetes que hay en el suelo son como los míos... —Entra y da una vuelta por la habitación—. Pero aquí ha estado viviendo otra niña.

—¿Crees que puede seguir aquí? —pregunta su hermano.

Polly niega con la cabeza. Las marcas de garras que hay en las paredes y en los muebles son muy elocuentes.

Van a la habitación del niño. Está limpia, pero también se nota que alguien ha vivido en ella. La habitación de la tata está vacía, pero tanto la biblioteca como la sala de los juguetes son zonas catastróficas. Los muebles están destrozados, y las paredes, llenas de agujeros y de rascadas. Hay manchas de sangre en el suelo.

No encuentran a nadie por ningún sitio.

—Se deben de haber llevado los cuerpos —dice Polly—. Yo diría que debe de haber pasado hace menos de un año.

—Pero las luces siguen encendidas —observa Pulga.

Ella se encoge de hombros.

—No quedaba nadie con vida para apagarlas.



Parece que las máquinas de comida podrían estar operativas, pero como aún quedan algunas horas para que se sirva el desayuno, deciden descansar un poco hasta entonces.

Pulga se quita la armadura de madera. No cree que vaya a ponérsela otra vez. Aunque le ha salvado la vida en dos ocasiones, las correas le han estado rascando la piel y ya no soporta caminar con ellas.

Lleva la cama de la habitación de la niña a la del niño para poder dormir juntos con la jaula de luz, por si acaso se apagan las de la guardería. Aun así, meten a Sanguijuela en la habitación del bebé. El gusano está tan hambriento que lo más seguro es que intente dejarlos secos a la menor oportunidad.

—No hay agua —anuncia Polly desde el lavabo.

—Eso no es buena señal —responde Pulga. No sabe qué hará si las máquinas de comida no funcionan.

Cuando va al lavabo con Polly, se la encuentra arrancándose las uñas.

—¿Qué estás haciendo? —grita.

Cada vez que su hermana se arranca otra, él pega un respingo al oír el sonido que hace. Debajo de las uñas aparecen unos bultos negros, brillantes como el mármol.

—¿Qué te pasa en los dedos? —pregunta con voz suave, mientras se acerca a ella.

—La tata dijo que me pasaría esto —responde Polly—. Estoy pasando la pubertad y así como me han salido cuernos, también me están saliendo las zarpas.

Pulga mira con más detenimiento los dedos de su hermana.

—¿Zarpas?

—Pronto se convertirán en garras largas y afiladas como cuchillas —explica—. La belleza de una mujer se mide por la longitud de sus garras.

—¿No era por el tamaño de las astas? —pregunta Pulga.

—Sí, eso también.



Tumbado en la cama, Pulga es incapaz de dormir. Le da miedo pensar que a Polly le están saliendo zarpas. Ya tiene cuernos, ¿para qué necesita también las garras? Le preocupa que se vuelva a poner en celo cuando le hayan crecido del todo. Ya es lo suficientemente mortífera con sus astas.

—¿Polly? —le pregunta, por si aún sigue despierta.

—Hmmm... —Tiene el ojo cerrado, pero no está dormida.

—Estaba pensando...

—¿El qué?

—En tus garras —dice.

—¿Qué les pasa?

Pulga hace una pausa, preguntándose si debería decirle lo que está pensando, pero se lo tiene que sacar de dentro.

—Ya tienes cuernos y a veces te dan ataques de violencia incontrolables. Ahora te están saliendo las zarpas... Me parece que te estás convirtiendo en un siniestro.

Polly se gira hacia él y se echa a reír.

—Eso es ridículo —le dice desde la almohada.

—Piensa en ello... Cada vez te pareces más y más a ellos y te comportas de la misma manera. ¿Y si los humanos nos convertimos en siniestros cuando crecemos? ¿Y si todos esos siniestros que hay por los pasillos eran niños que vivían en las guarderías?

Polly niega con la cabeza.

—Solo porque tengan los mismos cuernos y las mismas garras que los humanos, eso no quiere decir que lo sean. ¿Cómo es que desaparecen cuando hay luz? Por mucho que mi cuerpo cambie, nunca seré capaz de hacer eso.

—Entonces, ¿qué crees que pueden ser los siniestros?

—Gaviotas —contesta Polly.

—¿Gaviotas?

—Una vez leí un libro sobre gaviotas y tortugas marinas —explica—. Yo creo que nosotros somos como las tortugas. Las tortugas marinas no crían a sus hijos. Ponen docenas de huevos en un nido en la playa y los abandonan, igual que nuestros padres cuando nos dejaron en la guardería —Se da la vuelta y se queda tumbada sobre su espalda, mirando al techo mientras habla—. Cuando las crías de tortuga salen de sus huevos, tienen que apañárselas por sí mismas. Dejan la seguridad del nido e intentan cruzar la playa para llegar al mar, que es donde viven sus madres. Pero es peligroso, porque en esa playa hay

gaviotas que las cazan. A muchas de ellas las matan y se las comen.

—Entonces, ¿por eso crees que los siniestros esperan en las puertas de nuestras guarderías? ¿Para cazarnos y comérsenos como si fueran gaviotas?

Polly asiente.

—Pero la tortuga de mar es una especie que sobrevive porque pone muchos huevos. Las gaviotas no se las pueden comer a todas, y algunas son capaces de escapar con vida hasta llegar al mar. Creo que por eso hay tantas guarderías en esta casa. Si nacen cientos de niños, hay posibilidades de que algunos de ellos sobrevivan, incluso con tantos siniestros acechándoles en las sombras.

Pulga respira hondo y niega con la cabeza.

—Las tortugas de mar lo tienen mucho más fácil que nosotros — sentencia.

—¿Por qué dices eso?

—La playa que tenemos que cruzar se está desmoronando a nuestro alrededor. Todo se está muriendo y haciéndose pedazos. Nada funciona. Nuestros padres no pusieron sus huevos en la arena de una playa: los pusieron en arenas movedizas. —Pulga cierra los ojos. Está tan exhausto que es incapaz de volverlos a abrir—. No creo que ninguna cría de tortuga sobreviviera si tuviese que cruzar unas arenas movedizas.

—Sí —responde Polly—. Sobre todo si no tienen un mar en el que refugiarse.

Quince



—¿Eres mi mamá? —pregunta un niño que se cierne sobre la frente de Polly.

Cuando se despierta y ve al niño que le sonrío, con su cara regordeta mugrienta pero radiante de emoción, Polly grita y agita los brazos hasta que se cae de la cama.

Pulga se incorpora y ve al niño de pie junto a su hermana.

—¿De dónde has salido? —pregunta.

El niño, que lleva un osito de peluche lleno de mocos en sus brazos de larva, abre la boca en una sonrisa viscosa. Debe de tener unos dos o tres años, así que está en un extraño estado intermedio entre gusano y humano. Aún no ha superado del todo su fase larval, aunque ya se le reconoce una forma humanoide.

Se bambolea hacia Polly y trata de abrazarla.

—Puaj, aléjate de mí —grita Polly, y se aparta corriendo del niño para protegerse detrás de Pulga.

Este se inclina hacia el niño.

—¿Has estado aquí todo este tiempo? —le pregunta—. ¿Estás solo?

Sus labios se ensanchan como si fueran un globo y se mete la cabeza del oso de peluche entera en la boca.

—¿Cómo te llamas? —insiste Pulga.

El niño no responde, y se limita a chupar el muñeco de felpa.

—¿Dónde está tu tata?

Entonces el niño escupe la cabeza llena de babas del osito.

—Ya no hablaba y la enterramos en la habitación de los juguetes — responde.

Vuelve a sonreír a Polly y trata de sortear las piernas de Pulga en su dirección.

—¿A quién te refieres con «nosotros»? —pregunta Pulga, manteniéndolo donde está.

—Mamá —dice el niño, y señala a Polly—. ¿Por qué tu ojo es una cabeza de bebé?

—Deja de llamarme así... —Polly se tapa la cara con las manos—. No soy tu madre.

El niño se gira hacia Pulga.

—¿Eres mi papá?

—No —contesta él—. Solo somos niños, como tú. Venimos de otra guardería.

—Oh —dice el niño—. ¿De cuál?

—¿Sabes que hay otras guarderías?

—Dos... —responde—. No... Tres.

Y entonces pregunta:

—¿Sois de la guardería mojada?

—¿La guardería mojada?

—Allí no estabais —dice el niño.

—¿Qué?

—Acabamos de volver —prosigue.

—¿Quién más está contigo?

Oyen unos pasos acercarse por el pasillo.

—¿Dónde estás, Babas? —Es una voz de niña—. Te he dicho un montón de veces que no salgas corriendo, que es peligroso.

Una niña abre la puerta de la habitación. Debe de tener unos diez u once años, y está tan delgada que parece enferma. Tiene unas ojeras muy marcadas bajo los ojos. Se queda congelada al ver allí a Pulga y a Polly. Entonces saca un cuchillo.

—¿Quiénes sois? —chilla con voz temblorosa—. ¿Qué hacéis aquí?

Pulga alza los brazos cuando la niña apunta en su dirección con el cuchillo.

—Son papá y mamá —exclama el niño medio gusano, pero ella hace caso omiso a sus palabras.

—¡Apartaos de él! —grita, y aleja al niño de Pulga y Polly—. No os lo podéis llevar. ¡No os atreváis a llevároslo!

—No estamos intentando llevárnoslo —dice Polly—. Tan solo estamos buscando comida.

La niña parece estar tan desesperada que sus ojos son los de un animal salvaje.

—¿Eres mi madre? —le pregunta a Polly, apuntándola con el cuchillo.

—No —responde ella.

—Entonces, ¿por qué tienes cuernos? —inquire—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué me abandonaste con esa loca?

—Soy demasiado joven para ser tu madre —contesta Polly—. Solo tengo quince años.

—No me pienso ir contigo —aúlla la niña—. Ninguno de los dos nos iremos nunca contigo después de lo que hiciste. Si te intentas llevar a alguno de los dos, te mataré.

—Cálmate —interviene Pulga.

—Cálmate tú —grita ella. Da un paso adelante y le pone el cuchillo en el cuello.

Entonces Pulga descubre algo en sus ojos. Hasta ese momento, la voz de la niña le había resultado familiar, pero no era capaz de ubicarla. Ahora, a esta distancia está seguro de que es ella.

—No me lo puedo creer —exclama—. Eres tú.

La niña da un paso atrás, y se retira poco a poco hacia la puerta. Pulga se adelanta con una sonrisa y sin prestar atención al cuchillo con el que lo apunta.

—¿La conoces? —se sorprende Polly.

La niña se sacude y va pasando la mirada de Pulga a Polly y de Polly a Pulga.

Tiene la melena azul mucho más larga y andrajosa. La piel blanca está llena de heridas y moratones. Se la ve desnutrida, en los huesos, y su gesto es el de un animal rabioso. Pero no hay duda de que es ella. Es Darcy.

—Claro que la conozco —contesta Pulga—. Es mi novia.



La niña trastornada agarra al niño pequeño y sale corriendo. Se mete en la habitación del bebé y cierra la puerta con llave mientras grita que nunca va a dejar que se los lleven.

—¿Tu novia? —pregunta Polly.

—De la que te hablo siempre —responde Pulga—. Del colegio.

—No puede ser —niega ella—. Esos niños no eran reales. Era un programa de ordenador.

—Ya sé que no tiene sentido —admite él—, pero es exactamente igual que ella. Hasta tiene la misma marca de nacimiento con forma de corazón en la frente.

—Tiene que ser una casualidad —dice su hermana—. Todo aquello era mentira.

—Pero ¿y si no lo era? —pregunta Pulga—. ¿Y si algunos de los niños eran reales?

—Cada uno tiene su propio programa de escuela —contesta Polly—. Dos personas no pueden estar en el mismo.

—Pero es que es exactamente igual que ella...

Después de unos instantes de darle vueltas al tema, se dan cuenta de que se han olvidado de algo muy importante.

—Espera un momento... —dice Polly.

—¿Qué?

—Se ha encerrado en la habitación del bebé...

A Pulga se le salen los ojos de las órbitas.

—¡Sanguijuela!

Salen corriendo hacia allá y se ponen a patear la puerta, pidiéndole a la niña a gritos que les deje entrar. Pero esta no responde.

—No le hagas daño —suplica Pulga—. Solo es un bebé.

Golpea la puerta con el hombro varias veces hasta que el niño medio gusano abre el pestillo.

—¡Se está haciendo grande! —les dice.

Entran en la habitación y se encuentran a la niña en el suelo con la camisa abierta. Sanguijuela está enganchada a su barriga y se alimenta de ella con voracidad. Ha bebido tanta sangre que ya es del doble de su tamaño habitual.

—Hambrienta... —musita con voz débil la niña trastornada a la vez que intenta apartarse al bebé—. Estaba tan hambrienta...

En lugar de hacerle daño, ha intentado alimentar a Sanguijuela, pero no sabía que esta se estaba muriendo de hambre después de tanto tiempo sin comer.

Mientras, Sanguijuela chilla y ronronea a medida que sigue bebiendo. Entonces Pulga la desengancha y la deposita en la cuna mientras ella se pone a gruñir. La niña que piensan que es Darcy cierra los ojos y cae inconsciente. Está débil, debido a la pérdida de sangre.

—Vamos a meterla en la cama —sugiere Polly, y levanta a la niña por los hombros—. A lo mejor se calma si duerme un poco.



—Gachas... —dice Pulga, mirando el bol.

Las máquinas de comida de esta guardería están apenas operativas. Lo único que sirven en cada comida son unas gachas viscosas que huelen a nueces y a jamón. En el centro de la mesa no hay más que una fuente gigante de esa cosa. No hay ni fruta, ni salchichas ni tostadas. Tan solo esa especie de puré que huele raro.

Pulga siempre ha odiado las gachas, y estas son las peores que ha comido nunca.

—Al menos es comida... —le dice al plato.

El niño medio gusano está sentado a la mesa con él y se come el puré con las manos. Tiene pasta por toda la cara y los dedos completamente manchados.

—¿Es que no usas la cuchara?

Pero el niño no parece haber usado una en toda su vida.

—Ñam, ñam... —dice el niño.

Pulga sabe que su apodo es Babas, pero no sabe cuál es su nombre real.

Polly entra en la habitación, se aprieta en una de las diminutas sillas y se sirve tres raciones. Siempre le han encantado las gachas.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta Pulga.

Ella sacude la cabeza.

—Debe de haber sufrido mucho.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, un poco —contesta—. Después de convencerla de que no soy su madre, he conseguido que me responda a algunas preguntas. Se llama Darcy, como tú decías.

A Pulga se le iluminan los ojos.

—¿De verdad es ella? ¿Se acuerda de mí?

—Eso es lo más raro —responde Polly—. No va al colegio desde primero, así que no puede ser la niña a la que conocías.

Pulga no responde al oír esto. Le cambia la expresión, pero sigue escuchando mientras intenta tragar pequeñas cucharadas de gachas.

—Venía de la guardería 488 —prosigue su hermana—. Su tata se volvió loca un día y la echó. Creo que no es capaz de entender que no era más que un robot que se estropeó. Aquello la dejó hecha polvo. Solo tenía seis años.

—Entonces ¿lleva cinco años fuera de su guardería? —inquire Pulga.

—Dice que encontró una especie de vestido brillante puesto en los

huesos de un niño muerto con el que se encontró en el pasillo. Es lo que la ha mantenido con vida durante todos estos años. Cuando se lo pone, se convierte en una bombilla gigante pero lo tiene que recargar cada treinta minutos. Por eso no ha podido explorar mucho la casa, tan solo partes pequeñas cada vez.

—¿Y Babas? —pregunta mientras señala al medio gusano—. ¿No es su hermano?

—Él es de esta guardería. De todas las que Darcy exploró, esta es la única que aún tenía niños vivos dentro. La tata que había aquí la dejó mudarse, pero se rompió poco tiempo después. Este lugar se está cayendo a cachos desde entonces. Aquí no hay agua, así que tienen que ir a buscarla a una guardería de aquí cerca que está inundada.

—La guardería mojada —interviene Babas, y alza una mano llena de gachas.

—Se ve que allí hay bastante agua, pero poco más; así que van cada dos días. Cuando llegamos nosotros, ellos no estaban porque habían ido allí.

—¿Qué más sabe de la casa? —pregunta Pulga—. ¿Sabe cómo encontrar a papá y mamá?

Su hermana niega con la cabeza.

—No creo. Parece que sabe menos que nosotros. No tiene ni el más mínimo interés en encontrar a sus padres. Les echa la culpa de todo lo que le ha pasado.

Polly se sirve una cuarta ración de gachas.

—Pero parece que sabe muchas cosas acerca de cómo sobrevivir entre los siniestros —prosigue—. Aunque ella no los llama siniestros, sino «acechadores». Pintó las paredes de blanco para que la luz se refleje mejor y las habitaciones sean más brillantes y las sombras más pequeñas. También dice que se guían por el sonido, así que si alguna vez te quedas a oscuras, tienes que estar muy quieto y así no te atacarán. No los puedes matar, pero los puedes dejar atrapados si los guías hasta una habitación y los encierras allí. No son muy listos.

—¿Tiene alguna idea de qué pueden ser? —pregunta él.

—Ella cree que son los fantasmas de los adultos que vivían en esta casa. Intenta dormir con los ojos abiertos, porque dice que son capaces de verla cuando los cierra. Me ha asegurado que la observan desde dentro de sus párpados.

Pulga ya no puede comer más y aparta la comida.

—¿Acabaremos como ella?

Polly niega con la cabeza.

—No, si conseguimos encontrar a papá y a mamá.



Ese mismo día, algo más tarde, Polly se encierra en la habitación de los juguetes. Aún está en celo y siente que está a punto de sufrir otro episodio psicótico.

—No les cuentes que me pasa esto —le ordena a Pulga, sin mirarlo a los ojos—. No quiero que me tengan miedo.

Pulga hace lo que le ordena, pero ni Darcy ni Babas parecen darse cuenta de que Polly está destrozando la habitación y gritando con todas sus fuerzas. Deben de pensar que son ruidos de siniestros.

Darcy no le dedica más de dos palabras a Pulga hasta la noche, cuando Polly ya se ha calmado. Están en el jardín. Aunque las flores y las plantas llevan mucho tiempo muertas, sigue siendo un sitio agradable en el que relajarse un poco. Los bancos de cemento están calientes y son confortables. A Pulga le recuerdan a la Tata Warburough.

—Es la sala más tranquila de la guardería —dice Darcy. Está sentada junto a él en el banco—. En todas las guarderías en las que he estado, la del jardín es siempre mi habitación favorita.

Mueve las rodillas adelante y atrás y se frota los codos. Parece que le cuesta estar bien sentada.

—Sí, a mí me gusta —conviene Pulga. Aunque su habitación favorita es la de los juguetes. No sabe por qué a alguien le podría gustar más la habitación del jardín que la de juegos, sobre todo cuando todas las plantas están muertas.

Se hace el silencio durante un buen rato. La niña mira hacia delante, balanceando la cabeza y moviendo los dedos. Parece una mujer adulta atrapada en un cuerpo de once años. Apenas queda nada de niña en ella. Pulga supone que se debe a que era muy joven cuando salió de la guardería y tuvo que crecer rápido. Tiene la cara un tanto marchita por la malnutrición y la falta de sueño, y demasiadas arrugas alrededor de los ojos.

A pesar de que es muy diferente de la Darcy a quien conocía, todavía siente cierta conexión con ella. Tiene la sensación de estar con su novia.

—Creo que te conozco —dice ella. Lo mira a los ojos durante unos segundos antes de volver la mirada a otro lado.

—¿Qué quieres decir?

—Del colegio —aclara—. Me acuerdo de un niño que se parecía a ti. No me acuerdo de cómo se llamaba, pero sí de que era bueno conmigo. La mayoría de los niños no lo eran.

Pulga se alegra de oírla decir que lo conoce, pero tampoco le sorprende demasiado. Supone que su colegio tenía una versión de él, como el suyo tenía una versión de ella.

—Creo que sí que era yo —contesta él—. Bueno, no mi yo real. Una copia mía. Creo que el programa del colegio basa sus personajes en niños de otras guarderías. El niño que se me parecía era un clon mío. La niña a quien yo conocía, que se llamaba Darcy, era una clon tuya.

No tiene ni idea de por qué hacían eso, pero es la única explicación que se le ocurre aparte de aceptar que todo no es más que una casualidad.

A la niña le cuesta mantener el contacto visual con Pulga. Lo mira a los ojos durante un segundo, luego desvía la mirada hacia su cuello, después se queda mirando sus propias manos temblorosas y los jarrones vacíos, y al final vuelve a mirarlo a él.

—Entonces, ¿en tu colegio yo era tu novia? —pregunta.

—Sí —responde él—. Desde cuarto. Pero ya me gustabas desde mucho antes.

Darcy sonríe y aparta la mirada. Le gusta la idea de que haya otra versión de ella por ahí en el universo, que vive una vida más feliz que la suya y con menos miedo.

—La otra versión de mí... —Trata de dejar de sonreír, como si aquello la hiciera parecer débil, pero no puede evitarlo—. ¿Cómo era?

Pulga le devuelve la sonrisa. Él tampoco puede evitarlo. Las sonrisas de Darcy siempre han sido contagiosas.

—Era muy callada. —Se siente un poco raro al explicarle precisamente a ella cómo era—. Todos pensaban que era tímida, pero en realidad era la más parlanchina del colegio. Pero es que no le gustaba hablar con palabras. Lo hacía con los ojos y con los movimientos de su cuerpo. A veces teníamos conversaciones enteras sin necesidad de decir ni una sola palabra.

—Hmmm... —ríe Darcy durante un segundo. Recuerda haber sido así cuando era muy pequeña—. ¿Y qué más?

—No era muy atlética, pero llegaba más alto que nadie en los columpios. A todos les daba miedo balancearse tan arriba como lo hacía ella. Y cuando saltaba, siempre caía de pie. Cada vez. Daba igual lo alto que lo hiciera.

A Darcy le gusta oír hablar de la versión de ella que Pulga conocía. Le hace pensar que su vida podría haber sido así si las cosas hubiesen sido diferentes. Le parece un mundo de fantasía.

Pulga le cuenta historias, una detrás de otra. Todas las experiencias que tuvo con ella y todo lo que hizo o dijo en el patio y durante las clases. Él se siente un poco raro al contarle las veces que se besaron detrás de los columpios, pero ella quiere saberlo todo.

—Era mi persona favorita —declara Pulga—. Me sentí vacío cuando supe que no había existido en realidad.

Ella le sonríe con dulzura y le mira la mano. La Darcy a quien él conoció se la habría tomado en un momento como aquel. A ella le gustaba cogerle de la mano y ponerla en su regazo. Pero esta Darcy no es ella. Tan solo le mira la mano durante un segundo y luego aparta la mirada. Entonces le pide que le siga contando más cosas de su otra yo más feliz.



Pulga tiene una sonrisa en los labios mientras se hace la cama en el sillón de la lectura de la biblioteca. Por un momento ha vuelto a sentirse como si estuviera con Darcy otra vez; con su Darcy. Esta es una persona totalmente diferente, pero se pregunta si podrá llegar a tener alguna relación con esta nueva versión de ella, si podría volver a ser su novia.

Polly entra en la biblioteca con cara de consternación. Está exhausta después de su episodio de violencia, pero parece que hay otra cosa que le preocupa.

—Creo que tendríamos que largarnos de aquí —anuncia.

Pulga se aparta del sillón.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué?

—El niño dice que enterraron a su tata en la caja de juguetes —dice Polly—. Cuando estaba allí dentro, la he abierto y he visto el cuerpo. La tata no se estropeó: la asesinaron. Tenía la espalda llena de cuchilladas.

—¿Estás diciendo que fue Darcy quien lo hizo?

—Sí, eso es lo que estoy diciendo. Es una psicópata.

—¿Estás segura de que no fueron los siniestros?

—Eran marcas de cuchillo del mismo tamaño que el que te puso en la garganta. No me fio de ella, es peligrosa.

—A lo mejor la tata se volvió loca y tuvo que matarla igual que hicimos nosotros.

—Pero ella me dijo que simplemente hubo una mañana en la que la tata no se despertó, que la encontraron en la cama, inmóvil. ¿Qué razón tendría para mentir así? Tenía miedo de que la tata se volviera loca y la echara, igual que había hecho la suya cuando era pequeña. Así que la mató.

Pulga no quiere oír eso. Acaba de recuperar a Darcy y se niega a separarse de ella.

—¿Y qué? —replica—. La tata solo es un robot. ¿A quién le importa si ha matado a una máquina o no?

—Pues que podría hacernos lo mismo a cualquiera de nosotros —contesta Polly—. No voy a ser capaz de dormir en el mismo sitio que ella.

Pulga niega con la cabeza.

—No me importa —sentencia—. Yo no me voy. Aquí tenemos comida y hay más gente. No podemos irnos. Yo no pienso que esté loca, tan solo tiene miedo.

—Eso es lo que me da miedo —responde ella—. La gente que tiene miedo hace cosas que dan miedo.

Pulga no responde. Se sube al sillón convertido en cama y se tapa la cara con la sábana. Se niega a creer que Darcy sea capaz de hacerle daño a nadie.

Dieciséis



Durante los siguientes días, Polly no pierde de vista a Darcy ni un momento y, por supuesto, no le da la espalda. Aunque la niña solo tiene once años y apenas le están empezando a salir los cuernos, le produce un auténtico pavor. Le resulta difícil descansar cerca de una persona cuyo comportamiento es tan impredecible. Por no mencionar que lleva consigo un cuchillo a todas partes.

—Quiero que hagas ver que soy la otra —le dice Darcy a Pulga.

Están sentados en la biblioteca leyendo libros viejos. Muchos de ellos son los mismos que había en la guardería de Pulga, pero algunos de ellos son nuevos. A él le encanta la idea de poder leer algún libro nuevo para variar. Los que tenía en su biblioteca ya se los había leído todos por lo menos tres veces.

—¿Qué quieres decir?

Pulga cierra el libro en el que estaba enfrascado, *James y el melocotón gigante*. Es uno de los mejores que ha leído.

—Solo quiero saber qué se siente al ser ella —responde Darcy—. Solo un ratito. No tienes que hacerlo si no quieres.

Tiene un libro en el regazo. Como no sabe leer muy bien, se limita a mirar los dibujos.

—No, está bien —Pulga no se puede creer que le haya pedido algo así. Es exactamente lo que llevaba un buen rato deseando hacer—. Me encantaría.

Le sonrío, pero ella no le devuelve la sonrisa. Tiene una expresión distante, como si estuviese poniendo todo su empeño en intentar enterrar algún tipo particular de oscuridad en lo más profundo de su mente.

—¿Cómo empezamos? —pregunta él.

Darcy lo mira y él se ve reflejado en sus relucientes ojos negros.

—Como tú quieras. Haz ver que soy ella, nada más.

Pulga se levanta y va a sentarse junto a ella en el sillón de lectura. La niña se aparta unos centímetros y lo mira cara a cara.

—Es difícil —dice Pulga—. Nunca estuvimos juntos en ninguna guardería. Siempre estábamos en el colegio.

—Inténtalo —contesta ella.

—De acuerdo.

Pulga decide que lo que más le apetece es abrazarla. Lleva deseándolo desde el momento en el que le puso los ojos encima. Se inclina hacia delante y abre los brazos, tratando de rodearla con ellos, pero Darcy se deshace de su abrazo y da un salto hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo? —grita.

—Te estoy abrazando. Yo siempre te abrazaba.

—No me toques —dice ella, y se aparta de él todo lo que puede sin abandonar el sillón—. No me puedes tocar.

—Pero a Darcy le gustaba abrazarme —protesta él—. Como no hablábamos mucho, a ella le gustaba que nos abrazáramos y nos cogiéramos de la mano en lugar de hablar. A veces incluso me besaba.

—Me da igual —responde Ella—. No quiero que me toques.

Darcy tiembla sentada en el sofá, abrazándose a sí misma como si acabara de salir de la ducha y tratara de mantenerse caliente.

—Entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer? —inquire Pulga—. No podemos subirnos a los columpios.

Ella está nerviosa y, además, frustrada. Quiere convertirse de inmediato en otra persona, y no le gusta que Pulga sea incapaz de conseguirlo.

—Tú solo haz que me sienta como ella —contesta—. Me da igual cómo lo hagas, tú solo hazme sentir lo mismo que sentía ella. Y no me toques.

Pulga se da cuenta de lo que le está pidiendo. Ella no quiere hacer ver que es su novia. Lo que de verdad espera de él es que la haga sentirse feliz.

—Solo se me ocurre una cosa que te hará sentir de esa manera —anuncia Pulga—. Pero eso significa que te tengo que tocar.

Darcy niega bruscamente con la cabeza.

—Solo te voy a coger de la mano —prosigue—. Eso es todo.

Los ojos de la niña se mueven rápidamente, primero hacia abajo y luego de nuevo hacia Pulga.

—No —dice—. No creo que...

—No te voy a...

—Bueno, vale —lo interrumpe.

Entonces, Pulga asiente.

—Nos sentamos el uno delante del otro —dice Pulga. Se pone con las piernas cruzadas mirando hacia ella—. Voy a alargar la mano. Tú la coges

cuando estés preparada.

Extiende la palma de la mano hacia ella, que se la queda mirando mientras se muerde una uña.

—Entonces, nos miramos a los ojos —prosigue Pulga—. Siempre te gustó hacer esto. Decías que era la manera de mantener una conversación sin palabras.

Darcy lo mira a los ojos. Intenta mantener la mirada, pero la desvía a los pocos segundos. Entonces se acerca a él y deja caer la mano en la de Pulga como si fuera una rata muerta.

Él sonríe y entrelaza sus dedos con los de ella.

—Relájate.

Pulga respira hondo y ella lo imita, pero de manera mecánica ya que no consigue relajarse.

Él no encuentra calidez en esa mano. No es como la de Darcy. Es tosca y áspera. Tiene los dedos huesudos y retorcidos. Además, a esta distancia Pulga puede oler que lleva semanas sin ducharse.

—¿Esto es todo? —inquire Darcy.

Pulga niega con la cabeza.

—Tienes que implicarte. Cuando me miras, tienes que concentrarte en entrar en mis ojos, en mi mente. Entra en mis pensamientos. Cuando me coges de la mano, tienes que sentir que estamos conectados, como si una sola sangre circulase por entre nuestros cuerpos.

Ella intenta hacer lo que le dice, pero no parece que surta efecto. Está demasiado rígida y cerrada. La Darcy a quien él conocía era mucho más abierta. Pero sí hay una cosa que hace que esta Darcy se parezca a la que conoció. Hay una cosa que está haciendo bien, y probablemente no se da cuenta. Pulga puede sentir cómo su energía fluye hacia él a través de la mano. Es como una corriente de electricidad.

Pulga le sonríe al sentir que esa energía sube por su mano. Entonces ella aparta la mirada y la corriente desaparece. Y le agarra con fuerza.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunta.

Pero no lo mira a él, sino más allá. Pulga se gira a ver si es que Polly ha entrado en la habitación, pero allí no hay nadie.

—Vete de aquí —chilla Darcy.

Le empieza a estrujar la mano, y le clava las uñas. Pulga retrocede ante el dolor.

—¿Darcy?

Pulga trata de liberar la mano, pero ella se la aprieta aún más hasta que le crujen los dedos. Empieza a manar sangre de los puntos en los que las uñas le atraviesan la piel.

—¡Te dije que no vinieras! —grita ella.

Entonces saca el cuchillo.

Pulga alza la otra mano, preparándose para bloquearla en caso de que intente apuñalarlo. Pero entonces lo suelta y salta del sillón. Corre hacia una esquina y blande el cuchillo contra algo que solo ella ve allí.

—No pienso salir a buscarte —dice—. No me importas. Prefiero morir antes que estar contigo.

Y apuñala la pared en el lugar en el que debería de estar el intruso invisible.



Cuando Polly entra en la biblioteca con un martillo que ha encontrado en el almacén en la mano, Darcy pasa corriendo junto a ella, y grita con todas sus fuerzas como si algo la persiguiera.

Pulga y Polly se miran el uno al otro cuando se quedan solos.

—Te lo dije —exclama ella—. Es una psicópata. No nos podemos quedar aquí con ella.

—No ha intentado apuñalarme —explica Pulga—. Ha sido algo que ha visto. Ella no me haría daño.

—Bueno, pues estás sangrado —apunta Polly, y señala la sangre que tiene en el dorso de la mano.

—Esto ha sido un accidente —se excusa él, mientras se enjuga—. No entiendes lo que ha pasado.

—Entonces, ¿qué es lo que ha pasado?

Pulga se levanta y se dirige hacia la puerta para asegurarse de que Darcy no los oye. Sigue haciendo ruido en algún lugar de la sala del té, pero parece haberse calmado un poco.

—Estaba hablando con su madre —dice Pulga, cerrando la puerta.

—¿Qué quieres decir? ¿Su madre imaginaria?

—Sí, igual que las nuestras. Lo que pasa es que ella odia a la suya. Y no se da cuenta de que no es real.

Polly observa los agujeros que Darcy ha dejado en la pared al apuñalar a su madre imaginaria. Entonces ve los otros cortes y agujeros que hay por toda la biblioteca.

—Esas marcas —dice, pasando la mano por una de ellas—, y todas las que hay por las paredes de esta guardería, no eran cosa de los siniestros.

Ahora que Pulga las examina, también se da cuenta. Había supuesto que las marcas que cubren las paredes las habían producido las garras y los cuernos de los siniestros, pero no es así.

—Son marcas de cuchillo —observa Polly.

Cientos de rascadas y agujeros cubren las paredes, los muebles, los libros y hasta los juguetes. Y todas son obra de Darcy.



Durante los siguientes dos días, Pulga intenta hacer ver que no ha pasado nada. Mientras, Darcy y él tienen «conversaciones sin hablar» en varias ocasiones. Ella se empeña en seguir haciéndolo hasta que consiga sentirse igual que lo hacía la otra Darcy, pero Pulga cree que es imposible. Aunque Darcy ha sido capaz de mantener el contacto visual con él, aún se siente rara y es incapaz de relajarse. Los dedos le tiemblan cuando él la coge de la mano, como si en realidad no quisieran estar ahí.

Aunque sigue sin haber nada de felicidad en los ojos de Darcy, está empezando a gustarle el tener esos momentos con Pulga. Jura que es capaz de entrar en su mente y hablar con él allí dentro. A veces menciona alguna conversación que han tenido, pero Pulga no tiene ni idea de lo que habla. Aun así, le gusta pasar tiempo con ella. Aunque está loca, es más amable con él de lo que suele ser Polly la mayor parte del tiempo.

El haber descubierto que Darcy también tiene una madre imaginaria le empieza a dar algunas ideas a Pulga. Se entera de que Babas también la tiene, pero no se lo dice a Darcy porque tiene miedo de que intente matarla.

—¿Y si resulta que las madres imaginarias existen de verdad? —le pregunta Pulga a Polly mientras comen gachas en la sala del té.

—¿Cómo quieres que sean reales?

—Bueno, es que Darcy me dijo una cosa —responde él—. En su otra guardería, tenía un hermano mayor. Con once años, le dijo que su madre lo estaba llamando y le pedía que fuera a buscarla. Él no pensaba que fuese

imaginaria. Pensaba que era como una proyección de su madre de verdad y que le estaba diciendo lo que tenía que hacer. Al final salió de la guardería y fue en su busca.

—¿Adónde le dijo que fuera?

—Ese es el asunto —contesta Pulga—. Le dijo que estaba en los pisos inferiores. Eso es lo mismo que me dijo la mía. Si no son más que producto de nuestra imaginación, ¿por qué nos dirían a los dos que fuésemos al mismo sitio?

—Entonces, ¿crees que mamá está intentando comunicarse con nosotros mediante esas visiones? —inquire Polly—. ¿Nos está diciendo que vayamos a la planta baja?

Pulga asiente.

—Eso es lo que creo.

—Tendríamos que bajar allí para ver qué hay.

—Estoy de acuerdo —conviene Pulga—. Deberíamos coger comida y agua, e ir lo antes posible.

—Pero a Darcy la dejamos aquí —suelta ella.

—¿Qué? No, no podemos dejarla aquí.

—Tampoco querrá ir a buscar a su madre, de todas maneras —explica Polly—. Volveremos a por ella si encontramos algo.

—Pero ella ha sobrevivido en los pasillos durante más tiempo que nosotros —protesta él—. La necesitamos.

—Bueno, ya verás. No va a querer venirse con nosotros.



Darcy les dice que quiere acompañarlos.

—Pero ¿por qué? —pregunta Polly.

—Quiero explorar más zonas de la casa —explica ella—. Tengo que encontrar una guardería más segura para Babas, y con el vestido brillante solo he podido recorrer distancias cortas.

Darcy afila su cuchillo con el borde de un ladrillo. No tienen ni idea de dónde lo habrá sacado. No puede haber salido de la guardería, porque dentro de ellas no se permiten los objetos punzantes.

—Pero es que no vamos a explorar la casa —replica Polly—. Vamos a buscar a nuestros padres.

—Yo no me pienso acercar a los míos —dice Darcy—, pero os puedo acompañar un trecho. Si encontramos una buena guardería, me quedaré allí y vosotros podréis seguir sin mí.

Y con estas palabras se va a su habitación a prepararse antes de que Polly pueda decir nada más.

—Todo esto es un error —protesta—. Tendríamos que habernos ido ya sin ella.

—Pero yo no quiero dejarla.

—¿Es que estás enamorado de ella?

Pulga se queda callado un momento.

—Me gusta la parte de ella que me recuerda a la antigua Darcy.

—Sabes que podría ser tu hermana, ¿verdad? —dice Polly—. Si todos los niños de esta casa tienen los mismos padres, podríais ser familia. No puede ser tu novia si es hermana tuya.

Pulga es consciente de que cabe esa posibilidad, pero no la quiere admitir.

—No es mi hermana —contesta.

—¿Cómo lo sabes?

—No siento que lo sea. No nos parecemos en nada.

—Ya veremos —dice ella—. Cuando encontremos a papá y mamá, lo sabremos seguro. Cuando llegue el momento, no te sorprendas si se da el caso.

Pulga cree que Polly se equivoca. Darcy y él no se parecen en nada, así que tienen que venir de padres diferentes. Tan solo se ha dado la casualidad de que han nacido en la misma casa.

Diecisiete



Los niños vagan por pasillos muertos en busca de un ascensor que funcione. Su intención es cogerlo para acceder a la planta baja y empezar a buscar a sus padres desde allí, pero el mero hecho de encontrar un ascensor operativo está siendo una tarea difícil. Prefieren no usar las escaleras si lo pueden evitar.

—Es mucho más calmada de lo que era Babas —dice Darcy, con Sanguijuela debajo de la camisa.

Le ha dado de comer al bebé con regularidad, con lo que Pulga tiene un respiro para recuperarse de la pérdida de sangre. De hecho, él vuelve a sentirse con energías otra vez.

—La sensación me gusta, más o menos —prosigue Darcy—. Cuando se bebe mi sangre, me calma. Me da paz.

—Pues a mí me da la sensación de que me voy a morir —contesta Pulga.

La niña observa al gusano que se contonea entre sus brazos y le acaricia la parte blanda de la frente.

—Ronronea cuando come —dice—. Me siento como si fuera parte de mí. Me gustaría tener sangre suficiente para darle de comer todo el día.

Cuando Babas está demasiado cansado como para seguir andando, buscan una habitación en la que acampar durante la noche. Polly, Babas y Sanguijuela se echan a dormir de inmediato, pero Pulga y Darcy se quedan despiertos. Durante horas, se cogen de la mano y se miran a los ojos. A Pulga no le importa nada más; si Darcy se lo pidiese, se quedaría así toda la noche. Al final, Darcy le sonrío y unas lágrimas le bajan por las mejillas. Él se pregunta si al final ha conseguido sentirse como la versión feliz de Darcy durante un momento.



Tras una caminata de unas horas, encuentran un ascensor operativo en una parte de la casa invadida por unas vides que han crecido del suelo. Es como si las plantas del jardín de una de las guarderías se hubiesen apropiado de un ala

del edificio.

—A la planta baja —dice Pulga cuando entran en la pequeña caja y aprieta el botón.

El ascensor tiembla y chirría a medida que desciende, y se mueve más despacio que si hubieran ido por las escaleras. Parece que lo retiene algo, como si las vides del pasillo también hubiesen crecido en el hueco y se hubiesen enrollado alrededor de los cables.

En algún lugar entre el tercer y cuarto piso, justo antes de llegar abajo del todo, el ascensor se estropea. Detiene el descenso con un sonoro lamento y traquetea, como si quisiera seguir moviéndose.

—Vamos a salir de aquí —dice Polly.

Abren las puertas del ascensor a la fuerza y se arrastran para salir por la parte de abajo y dejarse caer al tercer piso. Prefieren no intentar salir por el cuarto, por si el ascensor empezara a moverse otra vez.

—Qué divertido —exclama Babas, que arrastra su osito de peluche tras de sí.

Pulga y Polly exploran la zona y se dan cuenta de que el edificio es diferente en este piso. El vestíbulo es más grande y hay más claridad porque las luces del techo funcionan.

—A lo mejor en este piso aún hay electricidad —comenta Polly.

El resto del camino lo hacen por las escaleras. La planta baja está sin luz, completamente a oscuras. Ahora desearían haberse quedado en el tercer piso.



Los siniestros parecen perseguirlos desde las sombras, más allá de donde llega la luz. Pulga puede oírlos allí agazapados, afilándose los cuernos y haciendo chirriar los dientes.

En la planta baja todo es mucho más grande. Hay auditorios, cines, salas de baile, canchas de baloncesto y piscinas. A pesar de que todas estas salas están en diferentes estados de deterioro, él desearía tener tiempo para disfrutar de esta parte de la casa. Nunca antes había estado en una piscina ni había visto canchas de baloncesto del tamaño de estas.

—Podríamos descansar pronto, ¿no? —propone al ver que Babas parece un poco cansado—. Llevamos todo el día caminando.

—Aún nos quedan kilómetros de la casa por cubrir —dice Polly. Su voz

suenan como un gemido, y está sudando con profusión—. Creo que deberíamos seguir andando.

—¿Qué te pasa? —le pregunta Pulga.

Ella extiende la palma de la mano y se vacía en ella el contenido de un pequeño frasco. Caen dos pastillas, las últimas que quedan.

—Se me han acabado los calmantes —dice, y se mete las pastillas en la boca—. Era lo único que me ha permitido seguir adelante estos últimos días.

—¿Quieres decir desde la herida? ¿Desde que la tata te atacó?

—Había empezado con una dosis triple —responde ella—, pero últimamente ni eso me servía, así que me empecé a tomar el doble de eso.

—¿Te has acabado todas las pastillas del almacén de la guardería? —grita Darcy—. No eran tuyas.

—Sin ellas no puedo ni moverme —contesta Polly—. Por eso no quiero parar a descansar. Quiero encontrar a papá y a mamá antes de que se me pase el efecto, porque entonces no creo que pueda llegar muy lejos.

Pulga pensaba que se podía mover con aquellas heridas tan severas porque se estaba curando. No tenía ni idea de que estuviesen yendo a peor y que ella estuviese enmascarando el dolor con pastillas.

—¿Las heridas no se curaban y has estado andando todo este tiempo? —pregunta su hermano—. Podrías haber muerto.

—Si encontramos a papá y a mamá, me pondré bien —contesta ella—. Vamos.



Pero después de un par de horas, Polly no puede seguir adelante. Cae de rodillas y tira la jaula al suelo, gimiendo de dolor.

—Vamos a descansar un poco —le dice Pulga, y la ayuda a ponerse de pie.

Busca el dormitorio más cercano, y este resulta ser el más grande en el que han estado hasta ahora. Tiene dos camas de matrimonio. Entre Darcy y Pulga llevan a Polly a la más cercana. Ella se tumba, y se agarra el costado mientras respira de manera entrecortada.

—Déjame ver la herida —dice Darcy.

El ojo de Polly se pone en blanco primero, y luego se mueve de un lado para otro mientras la niña le quita el vestido. Al ver la herida, Darcy da un

salto hacia atrás, horrorizada.

—¿Lleva así todo este tiempo? —grita.

—Antes era incluso peor —contesta Pulga.

—Se le salen las costillas —dice la niña—. Hay que metérselas.

—No sabemos cómo hacerlo —se queja él.

—Las empujas para ponerlas en su sitio y ya está —responde ella—. Yo me lo tuve que hacer una vez.

Darcy se sube la manga y le enseña a Pulga el brazo izquierdo. No se había dado cuenta, pero el antebrazo de la niña está ligeramente torcido justo en el medio, y tiene una cicatriz enorme.

—Me caí por las escaleras cuando era pequeña —explica—. El hueso se me rompió por la mitad y se salía de la piel. Tuve que volver a meterlo.

—¿Y funcionó? —inquire Pulga.

—Con el tiempo se fue curando —contesta la niña—. Es feo, pero al menos lo puedo mover.

Pulga contempla las costillas que salen del pecho de su hermana.

—¿Crees que podrías hacer lo mismo con Polly? —pregunta.

—Las costillas no son como los huesos del brazo, pero lo intentaré —dice ella.

Pulga asiente y se dispone a ayudarla. Espera que Polly se sienta mejor una vez los huesos vuelvan a estar en su sitio.



Polly grita tan fuerte que se pone a toser sangre.

—Deja de chillar —ordena Darcy—. No puedo hacerlo si sigues gritando.

Pulga aguanta a su hermana, que no deja de quejarse, mientras Darcy le vuelve a meter las costillas en el pecho. Hay un lavabo operativo al otro lado de la habitación, pero les da la sensación de que solo el agua no bastará para mantener la herida limpia, ya que Darcy lo está haciendo todo con las manos desnudas.

—No entran bien —se queja—. Creo que están rotas por varias partes.

Polly aúlla y se sacude a la niña de encima.

—También creo que tiene el pulmón roto —prosigue.

—¿Los pulmones se rompen? —pregunta Pulga.

—Bueno, este parece que está chafado —responde Darcy.

La niña lo hace lo mejor que puede y tuerce los huesos para volver a ponerlos en su sitio. Hecho esto, dejan que Sanguijuela beba de la herida y piensan que de esta manera quizá la esterilice como ya hizo la otra vez. Cuando acaba, rompen una sábana limpia de la cama para hacer una venda con la que envolverle el torso.

Polly se ha quedado inconsciente. Ha sido demasiado dolor para ella. Pulga espera que lo que han hecho le ayude a curarse. Si encuentran pronto a sus padres, está seguro de que ellos lo harán mejor.



—Gracias por ayudar a mi hermana —le dice Pulga a Darcy, una vez han dejado a Polly durmiendo y se han sentado junto a la puerta al otro lado de la habitación—. Significa mucho para mí.

—Ahora es nuestra oportunidad —susurra ella.

La niña recoge sus cosas y le tiende a Pulga su mochila.

—¿Para qué? —pregunta él.

—Vámonos mientras sigue dormida. Yo cojo a Babas y tú coges al bebé.

—¿Irnos adónde?

—Lo que planeamos —dice Darcy—. La dejamos aquí, y así no tenemos que seguir buscando a sus padres. En lugar de eso, nos buscamos una guardería nueva para vivir juntos. Nosotros solos y los pequeños.

Se acerca a su hermano pequeño y lo zarandea para despertarlo, pero este no quiere salir de la cama.

—Pero ¿de qué estás hablando? —inquire Pulga.

—De nuestro plan —responde ella con un susurro para que Polly no los oiga—. Me dijiste que no querías seguir buscando a tus padres y que lo hacías porque tu hermana te obligaba.

Pulga se queda completamente estupefacto ante sus palabras. No tiene ni idea de qué está hablando.

—Fue idea tuya abandonarla. Decías que querías vivir conmigo y no tener que aguantarla nunca más.

Él se limita a mirarla con la boca abierta, más confuso de lo que ha estado en toda su vida.

—¿No te acuerdas? —pregunta ella, frustrada.

—No —responde Pulga, y niega lentamente con la cabeza—. No me acuerdo para nada. ¿Cuándo he dicho yo todo eso?

—Anoche —dice Darcy.

—¿Anoche cuándo?

—Estuvimos toda la noche hablando —contesta Darcy—. ¿No te acuerdas? Tuvimos una conversación sin palabras. Entré por tus ojos en tu mente, y allí estuvimos hablando de esto durante horas. No me puedo creer que no lo recuerdes.

Pulga da un paso atrás. No se imaginaba que la niña se fuera a tomar aquello de una manera tan literal.

—Yo no tuve esa conversación contigo —niega Pulga—. Estaba todo dentro de tu cabeza.

—No, fue dentro de la tuya —replica ella—. En mi mente entramos después de esa conversación.

Pulga niega con un cabeceo.

—No me refería a eso.

Hace una pausa y acompaña a Darcy a sentarse de nuevo. No está muy seguro de cómo explicarle lo que le tiene que decir.

—Mira —empieza—, cuando te dije que la otra Darcy y yo solíamos tener conversaciones sin palabras, no me refería a que hablaríamos por telepatía el uno con el otro a través de nuestros ojos. Era un tipo de comunicación no verbal. Nos hablábamos con nuestros sentimientos. No eran conversaciones de verdad.

Darcy no se queda sentada. Se pone en pie y empieza a andar arriba y abajo delante de él. Ya no trata de hablar en voz baja.

—¿Qué estás diciendo? —inquire ella, con los ojos anegados en lágrimas—. ¿Que nunca me dijiste todas esas cosas?

—Nunca tuvimos ninguna de esas conversaciones —dice Pulga—. Nada de eso ha sido real. Te lo has inventado todo.

—Yo no me he inventado nada. Ahora me mientes porque te estás rajando.

—No, lo digo en serio. Nunca hemos hablado por telepatía.

Darcy no parece saber qué quiere decir esa palabra.

—Vámonos y ya está —dice—. Me da igual si la conversación fue real o no. Tenemos que dejarla aquí.

—No la puedo abandonar. Es mi hermana.

—Pero se parece mucho a mi madre —responde Darcy—. Odio a mi madre.

—Pero es que yo quiero conocer a la mía —dice Pulga—. Llevo toda mi vida esperando verla.

—Me dijiste que odiabas a tu madre —grita ella.

—No era yo quien lo dijo —contesta él—. Era otra versión de mí que te has inventado en tu cabeza.

Darcy se sienta y lo agarra de la mejilla para atraerlo hacia sí. Se restriega los ojos con los puños apretados.

—Hazlo por mí —suplica Darcy.

Pulga coge el vestido brillante para poder ir al lavabo que hay al otro lado de la habitación. Ya no tiene nada más que decirle a Darcy. Nunca abandonaría a su hermana estando como está.

—La otra versión de ti lo haría por mí —dice ella, mientras él sale de la habitación, brillando.



Es la primera vez que Pulga lleva el vestido brillante. El tejido es muy fino y le cubre el cuerpo entero, incluso la cabeza y los pies. El brillo es como el de una bombilla potente y sale de todo su cuerpo.

En el espejo del lavabo, observa cómo ilumina la estancia. Se siente como un ángel que ha bajado del cielo, y brilla con magnificencia por un mundo de sombras.

Esa visión extraña le ayuda a olvidarse de la conversación que acaba de tener con Darcy, pero los pensamientos no tardan en volver como si fueran una inundación. Desearía que esta Darcy se pareciese más a la otra. Esta es demasiado egoísta y está demasiado loca.

—¿Cómo se ha podido imaginar que abandonaría a Polly y que la dejaría ahí muriéndose? —le pregunta al espejo—. ¿Quién sería capaz de hacer algo así?

Tampoco entiende por qué se preocuparía por curar los huesos rotos de su hermana para abandonarla un rato después. ¿Se da cuenta de que la habrían dejado sin comida, sin luz y sin agua? ¿Sabía que Polly podría morir? Pulga se pregunta si quizás es que no entiende que sus actos tienen consecuencias.

Después de lavarse la sangre de Polly de la cara y las manos, vuelve a la

habitación y se da cuenta de que está sumida en la oscuridad.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta.

Mira por toda la habitación, a ver si es que la jaula se ha quedado sin energía. Pero no tiene sentido. Había pensado que se recargaba sola.

—Darcy, ¿dónde está la luz? —insiste.

Pero cuando mira, se da cuenta de que Darcy ha desaparecido. Babas también. Incluso Sanguijuela. Han cogido la jaula de luz y se han ido.

—¿Darcy?

Sale al pasillo y mira en ambas direcciones, pero no ve luz por ninguna parte.

—¡Darcy! —grita.

Su voz hace eco por todo el corredor, pero no hay respuesta. Hace rato que Darcy se ha ido. Lo ha abandonado con su hermana, que está herida de gravedad, y con un vestido brillante al que solo le quedan veinte minutos de carga.

Dieciocho



—Despierta, Polly —Pulga sacude con nerviosismo a su hermana, que sigue en la cama—. Tenemos que irnos de aquí. Rápido.

Las sombras que hay en la esquina de la habitación empiezan a moverse y a gruñir. Unas astas negras arañan las paredes.

—Vamos —insiste, y la zarandea de manera violenta—. No nos queda mucho tiempo.

Ella aún tarda en abrir los ojos. Cuando habla, sigue adormilada.

—¿Qué pasa? ¿Por qué brillas?

—Darcy se ha ido y se ha llevado nuestra luz —responde él—. Ahora solo tenemos este vestido brillante.

—¿Que se ha llevado la luz? —Intenta incorporarse, pero apenas puede mover el torso—. Te dije que no te fiaras de ella.

—Solo disponemos de veinte minutos para encontrar otra fuente de luz.

—Imposible —contesta Polly—. No nos va a dar tiempo.

Pulga trata de ayudarla a salir de la cama.

—Tenemos que intentarlo —dice.

Cuando al fin consigue hacer que se incorpore, Polly da un grito, se lleva las manos al costado y vuelve a caer en la cama.

—No puedo —llora—. No me puedo mover.

—Tienes que hacerlo.

—Déjame aquí —dice ella—. A lo mejor estaré a salvo si cierras la puerta y me mantengo en silencio.

—Ya hay siniestros dentro de la habitación —contesta Pulga, e intenta volver a levantarla—. Ya saben que estás aquí.

—Irás más rápido sin mí.

—Si te dejo aquí, te matarán.

Pulga no puede seguir discutiendo con ella. La obliga a ponerse en pie sin hacer caso de los gritos con los que le pide que pare. Polly deja caer todo su peso en él, incapaz de mover el cuerpo a excepción de las piernas.

—Vamos —la apremia—. Intenta andar.

Como es mucho más grande que él, apenas puede sostenerla. Avanzan paso a paso hasta llegar a la puerta. Cuando llegan al pasillo, los dos están ya completamente exhaustos. Pero no tienen tiempo para descansar.

—No hagas caso del dolor —dice Pulga.

Polly hace todo lo posible para andar por sí sola, pero es incapaz. Lo más que puede hacer es intentar no dejar caer todo su peso sobre él.

—¿Dónde está la siguiente guardería? —pregunta—. Si pudiera conseguir más calmantes...

Pulga niega con la cabeza.

—La más cercana está por lo menos a una hora de aquí —responde—. No lo conseguiríamos.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Vamos mirando habitación por habitación —contesta él—. Alguna tendrá electricidad o habrá alguna luz.

Abren todas las puertas con las que se encuentran, pero en esas habitaciones no hay nada. La mayoría son grandes y están vacías, como si todavía estuviesen esperando a que alguien se mudara a ellas. Una de ellas está llena de cajas que podrían contener algún tipo de luz que les sirviera, pero les da la sensación de que tardarán demasiado en revisarlas todas y deciden seguir adelante.

Cuanto más avanzan, más pesa Polly.

—No lo vamos a conseguir, ¿verdad que no? —le pregunta a su hermano.

—Tú sigue andando —contesta él, llevándola a rastras.

—Déjame aquí. Esto es inútil.

—No. He tomado una decisión cuando hemos salido de aquel dormitorio: o lo conseguimos los dos juntos, o ninguno.

—Eres idiota, Pulga —dice ella—. Yo te habría dejado allí tirado.

Pulga se ríe. Sabe que no lo habría dejado atrás si las cosas fueran al revés. Es demasiado cobarde para ir sola.



Cuando pasan los veinte minutos, aún están recorriendo los pasillos sin otra fuente de luz. El vestido brillante empieza a parpadear y se va atenuando. Está a punto de apagarse en cualquier momento.

—Esto es todo —anuncia Pulga—. Un par de minutos más y nos

quedaremos a oscuras.

—No te tendrías que haber fiado de ella.

—No me arrepiento de haber confiado en Darcy —responde—. Solo deseo que las cosas hubiesen salido de diferente manera. Tendría que haber hablado más con ella.

Pulga parece una bombilla marrón que camina sola por el pasillo. El vestido aún dura un poco más de lo que esperaban. Cuando llegan al final de uno de los corredores y doblan la esquina, todavía le queda algo de luz.

—Yo desearía haber conocido a papá y mamá —dice Polly—. Era todo lo que quería. Me da rabia morirme sin llegar a conocerlos.

—¿Quién ha dicho que nos vayamos a morir?

—¿Qué quieres decir? Cuando se vaya la luz, los siniestros nos cogerán.

—No necesariamente —contesta Pulga—. ¿Te acuerdas de lo que dijo Darcy? Se guían por el sonido. Si no hacemos ruido, a lo mejor no nos encuentran.

—Pero mira todo el ruido que estamos haciendo —replica ella—. Estamos jadeando, los zapatos hacen eco al pisar y yo no te puedo garantizar que no me vaya a poner a gritar de dolor en cualquier momento.

—Podemos conseguirlo —la anima él—. Muévete centímetro a centímetro si hace falta. Respira poco a poco y concéntrate en no hacer ruido.

—¿De verdad piensas que vamos a llegar a algún sitio a oscuras? —pregunta Polly.

—Iremos tocando las paredes —dice él—. Tengo una idea de adónde podríamos ir.

El vestido emite un chasquido, como el de una bombilla al fundirse, y se queda sin batería. A los niños se los traga la oscuridad y se quedan congelados en el sitio. Es como si les acabasen de arrebatar de golpe el sentido de la vista.

Intentan no emitir ningún ruido, ni siquiera respirar.



Pulga y Polly notan cómo unos alientos ásperos les golpean la nuca en la oscuridad. Están rodeados por un grupo de criaturas. Un olor acre a animal mojado les invade las fosas nasales. Oyen cómo unas melenas desgredadas se frotan contra cuernos dentados. Lenguas ásperas lamen las babas que gotean de

dientes puntiagudos.

Polly se aferra a la mano de Pulga. No pueden ver absolutamente nada. No hay luz en ninguna dirección, pero pueden sentir a las bestias a su alrededor, gruñendo y resoplando en sus oídos.

Durante unos minutos, ni siquiera se mueven. Se quedan quietos en medio de la oscuridad, preguntándose si las criaturas los descubrirán. Pero aunque están rodeados de siniestros, ninguno de ellos los ataca. Todavía no. El grupo se mueve a su alrededor, viajando en manada.

Una de ellas golpea a Polly en la espalda al tiempo que suelta un sonoro gruñido. Una de las costillas se le sale del sitio y ella se muerde la lengua tratando de no aullar de dolor mientras se le saltan las lágrimas.

Cuando sienten que no hay criaturas delante de ellos, avanzan dando pasitos. Pulga nota cómo su hermana no para de temblar. Moverse de manera tan lenta le resulta más doloroso que hacerlo con normalidad. Los siniestros los empujan continuamente, o se rozan contra sus brazos. Incluso esos breves contactos hacen que Polly se retuerza de dolor.

A Pulga solo se le ocurre una manera de encontrar luz. En algún lugar, más adelante, se supone que hay una fila de ascensores. Si estos funcionan, a lo mejor pueden coger uno que los lleve al tercer piso, ya que había electricidad cuando estuvieron allí.

Les parece que tardan horas en llegar al lugar donde se supone que están los ascensores, pero, a oscuras, son incapaces de encontrar nada. Pulga va tocando las paredes con la mano libre en busca de puertas o interruptores, pero no encuentra nada más que una pared vacía.

Sigue palpando hasta que se topa con el pecho de un siniestro que está apoyado contra la pared, rascándola con sus cuernos como si se los estuviera afilando. Este se gira y le aúlla en la cara. Pulga se queda inmóvil. Cierra los ojos y trata de no respirar mientras la criatura le sigue chillando a la cara a la vez que le echa un aliento caliente y ácido. Los sonidos que hace son una combinación de gruñidos, bufidos y gritos que conforman una especie de lenguaje con el que parecen regañar a Pulga por no mirar por dónde anda. Mientras, él sigue completamente inmóvil y sin respirar hasta que el siniestro se cansa de gritarle y se va. Entonces, los niños vuelven a avanzar paso a paso. Pero son incapaces de encontrar los ascensores.



Pulga se pregunta cuánto tiempo serán capaces de sobrevivir a oscuras y rodeados de siniestros. ¿Tendrán que intentar dormir con ellos alrededor? ¿Intentarán encontrar comida y agua con ellos dando vueltas? ¿Durante cuánto tiempo serán capaces de resistir?

Polly ya apenas puede moverse. Pulga nota cómo cada vez se recuesta más contra él. Cabecea como si estuviera borracha y parece que se va a caer al suelo en cualquier momento.

En el preciso instante en el que Polly está a punto de darse por vencida y caer de rodillas, hay algo que llama su atención. Es el sonido de unos pasos. Una luz tenue aparece a lo lejos y se va haciendo más brillante. Los pasos se hacen más audibles. Polly toca impaciente el brazo de su hermano y le hace una seña para que mire hacia delante, pero él no necesita que le indique nada. No habría habido manera de no verlo.

Más adelante, una criada dobla la esquina y entra en el pasillo. Es una réplica exacta de la que vieron antes, solo que esta sigue funcionando.

A medida que avanza, una sección del techo se enciende, e ilumina al robot. La luz se mueve por el techo con ella, y se enciende un panel cada vez, como si de esa manera estuviese ahorrando energía. Pulga no entiende cómo se lo hace el robot para encender las luces que tiene encima. No hay interruptores. Es como si el robot pudiese controlar la luz usando sus circuitos internos.

Polly y Pulga sonríen cuando la ven, pero sus sonrisas se desvanecen cuando la ven alejarse en dirección opuesta por el pasillo, y se aleja cada vez más. Intentan acelerar el paso para atraparla, pero aunque la criada lleva un ritmo relajado, este sigue siendo demasiado rápido para ellos.

—¡Oye! —le grita Polly al robot—. ¡Estamos aquí, ayúdanos!

Pulga le aprieta la muñeca y le susurra:

—Pero ¿qué haces? Conseguirás que nos maten.

—Vuelve —dice ella—. ¡Necesitamos tu ayuda!

La criada no parece advertir su presencia y sigue caminando por el corredor, como si siguiera una rutina. Los siniestros, por otro lado, se giran al oír la voz de Polly. Sus ojos se fijan en ella, hacen rechinar los dientes y la apuntan con sus astas.

—Corre —grita Pulga.

Polly duda unos instantes, pero se aparta de su hermano y corre por sí

sola. Al principio el dolor le resulta insoportable, pero enseguida la adrenalina hace que ni siquiera lo note.

—Ponte detrás de mí —le ordena.

Baja los cuernos y, como un ciervo en celo, embiste contra los siniestros que se interponen en su camino. Cuando los ha apartado de delante, tienen más espacio para correr.

—¡Espera! —grita Pulga.

Los siniestros chillan y gruñen pisándoles los talones. La horda es tan numerosa que sus cornamentas chocan entre ellas y se entrelazan. Polly reduce la velocidad y su hermano tiene que empujarla. Cuando alcanzan el radio de luz sobre la cabeza de la sirvienta, caen al suelo. Los siniestros se disipan a su alrededor y Polly rueda sobre sí misma para poder respirar.

La criada sigue andando, llevándose consigo la luz, pero justo en el momento en el que las sombras se vuelven a tragar a Polly, Pulga grita:

—¡Para!

Y la sirvienta se detiene.

Los niños dejan caer la cabeza y se relajan mientras recuperan el aliento, a salvo bajo un pequeño panel de luz.



La criada no dice nada. Está quieta, obedeciendo la orden que la ha obligado a detenerse.

—¿Puedes hablar? —le pregunta Pulga.

El robot mira hacia delante sin responder.

—¿Nos puedes ayudar?

El niño se pone delante del robot y ve que este tiene una expresión calmada. No es como la tata. No parece tener vida. Seguramente la tata era una máquina más sofisticada.

—¿De dónde has salido? ¿Hay gente en esta parte de la casa?

Parece un poco más mayor que Polly, pero con el pelo corto de color lila y sin cuernos. Sus enormes ojos, también lilas, están húmedos, como a punto de llorar, cosa que es imposible. Deben de autolubricarse, o tener algún tipo de recubrimiento brillante.

—Necesitamos que nos guíes.

Pulga ayuda a Polly a ponerse de pie. Mientras la abraza, lista para

seguir su viaje, ordena:

—Adelante.

La criada se mueve hacia delante. Los niños van detrás de ella, pero camina demasiado rápido y están a punto de ser absorbidos otra vez por las sombras.

—Baja el ritmo —dice Pulga.

Y la sirvienta lo hace.

—Ayúdame a llevar a Polly —ordena él.

Pulga se sorprende al ver al robot darse la vuelta, situarse lentamente detrás de su hermana y cogerla en brazos. La lleva como si fuera un puñado de almohadas.

—Vale. Ahora, sigue andando —dice el niño.

Caminan por los pasillos durante un par de horas bajo los paneles lumínicos que se van encendiendo de uno en uno y van explorando la planta baja. Aparte de la criada, no vuelven a encontrar más señales de vida. No parece que nada funcione tampoco. Pulga se pregunta si la criada no será capaz de ayudarlos de alguna manera además de llevar a Polly o encender las luces.

—¿Sabes dónde están nuestros padres? —le pregunta.

El robot no responde.

—¿Qué haces? —inquire Polly—. ¿No ves que no sabe nada?

—Pero ¿y si sabe algo? Que no pueda hablar no quiere decir que no sepa nada de nada. Llévanos con nuestros padres —le ordena.

El robot se vuelve a poner en marcha.

—Llévanos con los dueños de la casa —dice.

Pero la criada se detiene.

Polly y Pulga se miran el uno al otro.

Durante un momento se ha quedado quieta, pero entonces se da la vuelta y toma una ruta distinta. Gira una esquina y se mete por un pasillo que parece estar más adornado que los demás, con una alfombra roja floreada y con jarrones chinos expuestos.

—Funciona —exclama Pulga—. Vamos hacia allá.

Aun así, vuelven a caminar por el enorme edificio durante horas, pero ahora al menos tienen esperanza. Las sombras ya no parecen tan oscuras y la casa no parece tan muerta. Y las sonrisas no les desaparecen de la cara.

—Lo vamos a conseguir, Polly. Vamos a estar bien.

Pulga mira a su hermana y ve que está temblando. Tiene la cara empapada de sudor.

—No. No lo vamos a conseguir —dice ella.

—¿Por qué?

—Porque me va a dar otro ataque.



—Tienes que resistir —dice Pulga, pero Polly ya está empezando a gruñir entre dientes.

Pulga se gira hacia la criada.

—Tenemos que ir más rápido —le dice—. Corre.

El robot empieza a acelerar el paso hasta que se pone a correr mientras Polly se retuerce entre sus brazos. Pulga se apresura junto a ellas, tratando de no rezagarse.

—Aguanta, Polly. Intenta relajarte.

Pero el ataque que le da es tan violento como siempre y empieza a agitar los brazos y a pegarle patadas a la sirvienta.

—Sujétala —ordena Pulga—. No dejes que se te escape.

La sirvienta agarra con más fuerza a Polly mientras esta la golpea y la muerde. No hace nada por protegerse de la niña, que trata de clavarle los cuernos en el pecho.

—Sigue adelante —dice Pulga.

Polly continúa gritando y revolviéndose. En ese estado no siente el dolor, pero la herida se le debe de estar abriendo. La sirvienta continúa corriendo hacia delante mientras los siniestros vuelven a aullar a su alrededor.

Pulga ve algo y apenas puede dar crédito. Más adelante, al final del pasillo, hay una puerta doble a través de cuyas rendijas se filtra una luz brillante. La electricidad funciona más allá de esas puertas. El niño se pregunta si ese es el lugar que han estado buscando, y si es allí donde sus padres han estado todo este tiempo.

—Ya casi hemos llegado, Polly. Aguanta.

Pulga no ve cómo ocurre, tan solo oye un fuerte crujido, pero de pronto la cabeza de la sirvienta salta en dirección a las sombras en medio de una lluvia de chispas. El robot cae al suelo y Polly se libera de entre sus brazos muertos. Él se cae de espaldas al contemplar a su hermana, fuera de sí, clavarle una y

otra vez las astas a la sirvienta y destrozarle el uniforme con las garras.

La luz que hay sobre ellos sigue encendida. El destrozar el robot no la ha apagado, pero no es más que un único panel. Pulga tiene que conseguir que su hermana siga dentro del rayo de luz hasta que se calme. Es incapaz de hablar. Se queda sentado, en guardia, contemplando a la niña destrozar el cadáver del robot muerto.

Pero no tarda mucho en perder el interés por la sirvienta. Los siniestros los rodean en las sombras, gruñendo y entrechocando sus cornamentas unos contra otros. Polly alza la vista y gruñe a las criaturas que pueblan la oscuridad. Se inclina y arquea la espalda, preparándose para lanzarse al ataque.

Pulga salta hacia ella y se abraza a sus piernas justo en el preciso instante en el que está a punto de salir de la luz y consigue mantenerla en el sitio. Polly lo mira con el ojo inyectado en sangre y centra en él su ataque.

—Para, Polly —chilla Pulga, mientras su hermana le clava los cuernos en la espalda—. Tienes que volver a ser tú.

Ella no deja de pegarle y arañarle, pero él no la suelta. Deja que ella le rompa la ropa y le rasgue la piel.

—Para ya...

Aquello dura tanto tiempo que Pulga se queda completamente entumecido, pero no lo suficiente para que ella vuelva a la normalidad. Con todos los siniestros agazapados en las sombras a su alrededor, Polly pierde el interés en su hermano. Consigue deshacerse de él y se pone a aullar y arañar en dirección a la oscuridad. Pulga trata de retenerla en el sitio con todas sus fuerzas.

—No lo hagas —llora—. No los ataques a ellos. Atácame a mí.

Pero vuelve a deshacerse de él y choca su cornamenta con la del siniestro más cercano. Pulga se pone en pie y la agarra por la cintura para arrastrarla de nuevo hacia la luz.

—¡Vamos! —grita.

Le pega en la espalda y ella se gira gruñendo hacia él.

—¡Atácame!

Polly arquea la espalda, lista para atacar. Rugiendo, lo mira a los ojos.

Entonces Pulga se adentra corriendo en la oscuridad y Polly lo persigue.

—Vamos —la apremia él—. ¡Atácame!

Pulga corre por el pasillo en dirección a las puertas con su hermana

pisándole los talones.

—¡Atácame!

Debido a sus heridas, Polly ya no es tan rápida, por lo que no puede alcanzarlo y agita sus garras detrás de él. Su hermano continúa provocándola para mantener su atención puesta en él y que no se fije en los siniestros que los rodean.



—¿Pulga? ¿Qué está pasando?

Polly recupera el sentido de golpe y al despertar se da cuenta de que está corriendo a oscuras por un pasillo.

—Sigue corriendo —dice él—. Casi hemos llegado.

Está a punto de caer al suelo cuando el dolor del pecho la vuelve a azotar.

—Pulga... —alcanza a decir.

Él retrocede, sin apenas visión, la agarra de la muñeca y la ayuda a llegar al final del pasillo. Al haber reducido tanto la velocidad, los siniestros van ganando terreno.

—Más rápido —chilla Pulga.

Los gritos y los alientos rancios de los siniestros les golpean la espalda. Cuando atraviesan las puertas dobles de golpe, se caen al suelo y las criaturas desaparecen al inundar la luz el pasillo.

Cuando vuelven a ponerse en pie y miran a su alrededor, ven a un grupo de adultos que los observan.

Diecinueve



—¿De dónde pueden haber salido?

—¿Son niños?

—¿Por qué hay niños en la casa?

Pulga y Polly van tambaleándose por un salón de baile elegante, con candelabros de cristal y brillantes esculturas de hielo. Tienen la ropa hecha jirones, sucia, y están llenos de heridas. Van dejando un rastro de gotas de sangre en el suelo de baldosas immaculado.

—Gente... —dice Pulga.

Hay muchos adultos, docenas de ellos, que llevan trajes negros y largos vestidos de noche muy elegantes. Los hombres llevan las americanas adornadas con joyas de oro y medallas militares. Las astas de las mujeres se alzan hacia el techo, decoradas con cintas y lazos, y con piedras preciosas colgado de las puntas como un árbol de navidad.

—Puaj. Son asquerosos —exclama una de las mujeres, que suelta una risita histérica.

—Parecen perros callejeros —dice un hombre gordo con una gran barba amarilla, y se carcajea tanto que está a punto de tirar la copa de champán que tiene en la mano.

—Mira qué cuernos y qué garras más pequeñas tiene —dice otra mujer, y señala a Polly con el dedo—. ¡Parece un hombre!

Los niños son incapaces de encontrar algo que decir mientras los adultos los rodean. Les parecen poderosos y temibles. Todos ellos son prístinos y majestuosos.

—Estamos buscando a nuestros padres —anuncia finalmente Pulga.

Los adultos ríen y aplauden al oírlo, como si fuesen lo más divertido que han visto nunca.

Una de las mujeres se parece mucho a la madre que Pulga solía dibujar en la guardería. Tiene el pelo verde largo y rizado, como el de Polly. Es la mujer más guapa del salón.

Pulga da un paso hacia ella y le pregunta:

—¿Eres mi madre?

Pero ella está a punto de caer al suelo de risa cuando se le acerca.

—¡No, no, no! —ríe—. ¡Apartadlo de mí!

Pulga le da la espalda y se sitúa en medio del grupo.

—¿De quién es esta casa? —pregunta—. Se supone que es de nuestros padres.

Una pareja borracha se adelanta. Sus ropas son las más elegantes del salón. Parecen un rey y una reina vestidos de cristales brillantes.

—Es nuestra —dice el hombre, y se termina la copa de un sorbo—. Pero no recuerdo haber tenido hijos. —Se gira hacia su mujer—. ¿Recuerdas haber tenido hijos, cariño?

La mujer se encoge de hombros y suelta una risita nerviosa.

—Estoy segura de que no. Si hubiésemos hecho algún niño, me acordaría.

Se tocan con las puntas de los dedos y los agitan en una especie de beso digital. Entonces, vuelven a girarse hacia los niños.

—¿Habéis nacido en esta casa? —pregunta el hombre, y se inclina hacia Pulga.

—Sí —responde él, retrocediendo ante la intensa mirada del hombre—. Venimos de la guardería 507.

El hombre vuelve a erguirse y se gira hacia su mujer.

—Eso lo explica todo —dice—. Son los hijos de los antiguos dueños.

—¿Los antiguos dueños?

—Hará una década se fueron a la bancarrota y perdieron esta casa. Pero se debieron de dejar la máquina de nacimientos encendida.

—¿Qué es una máquina de nacimientos?

—Es el lugar de donde vienen los niños —explica la mujer, inclinándose hacia ellos con voz condescendiente y hablándoles como si fueran bebés—. Los papás y las mamás insertan su ADN en la gran alumbradora, que pone huevos y los manda a todas las guarderías de la casa, donde crecen para convertirse en niños y niñas grandes.

—Entonces, ¿nuestros padres ni siquiera saben que hemos nacido?

—Ni lo saben ni les importa —contesta el hombre—. Abandonaron este lugar hace mucho tiempo. Deben de estar muertos en alguna cuneta en cualquier lado.

Pulga no puede evitar ponerse a llorar. Han hecho todo ese camino y han pasado por todo lo que han pasado para que ahora les digan eso. Los adultos

ríen y aplauden al ver sus lágrimas caer.

—La tata se murió —dice, llorando—. La guardería se incendió y hemos tenido que sobrevivir a oscuras entre los siniestros. ¿Cómo han podido abandonarnos nuestros padres de esta manera?

La pareja de propietarios se miran el uno al otro con expresión confundida.

—¿Qué es un siniestro? —pregunta la mujer.

El hombre de la barba amarilla responde:

—Creo que se refieren a los nativos.

El propietario se vuelve a inclinar hacia Pulga,

—¿Es eso a lo que te refieres? ¿A los terranios? Supongo que debe de haber cientos de ellos merodeando por una casa vieja como esta...

—¿Terra... qué? —inquire Pulga.

—Terranios —repite él—. Eran los nativos que vivían en este planeta antes de que lo colonizáramos. Eran una raza salvaje. Brutal.

—Como animales —conviene la mujer.

—Sí —prosigue el hombre—. Eran demasiado territoriales y no querían ceder sus tierras. Así que, como es natural, tuvimos que exterminarlos. ¿Qué otra cosa podríamos haber hecho? No podíamos volver a la Tierra. Ese planeta ya no es más que un basurero.

—Allí ya no vive nadie importante —dice la mujer.

—Exacto —continúa el hombre—. Así que matamos a todos los terranios de este planeta.

El hombre de la barba amarilla se pone a reír:

—¡El problema es que los muy cabrones no se murieron!

—Sí —dice el propietario—. Sus fantasmas son diferentes de los fantasmas humanos. Cuando mueren, sus espíritus siguen vivos en el reino de las sombras. Son fantasmas como los de los humanos cuando hay luz, pero en la oscuridad se convierten en seres sólidos.

—Y los muy cabrones son imposibles de matar —conviene el hombre de la barba amarilla—. En vez de exterminarlos, los hicimos indestructibles.

—Por lo general no son tan peligrosos —interviene la propietaria—. Las puertas de sombra los suelen mantener alejados.

—Exacto —dice el propietario—. Tenemos barricadas en el reino de las sombras. Si hay luz, los humanos pueden atravesarlas, pero nada puede pasar a través de ellas en la oscuridad. Las puertas de sombra que rodean esta casa

deben de haberse estropeado hace tiempo. Tendremos que repararlas algún día.

El resto de los adultos parecen haberse aburrido de los niños. Empiezan a alejarse para socializar en pequeños círculos. Están en una especie de cóctel. Cuando Pulga vuelve a mirar a Polly, ve que esta no está bien. El entusiasmo por haber encontrado a los adultos se empieza a desvanecer y el dolor de las heridas empieza a tomar de nuevo el control.

—Mi hermana necesita ayuda —dice—. Está muy herida.

—Puj —exclama la mujer al examinar a Polly más detenidamente—. Tienes razón. Necesita un médico... o un veterinario.

Pulga también sangra por las heridas de cuernos que tiene en la espalda, pero no se preocupa por su propia salud. Tiene que salvar a su hermana.

—Tú eres médico, ¿verdad, Mortimer? —le dice el propietario al hombre de la barba amarilla.

—Sí, sí —responde Mortimer. Alza su copa y dice—: Pero esta noche he bebido demasiado como para practicar la medicina. —Entonces mira a Polly y suelta una risita—: ¡Y además, la señorita no podría permitirse mis tarifas!

Todos ríen y aplauden al médico. Entonces cambian de tema, haciendo caso omiso de los niños y sus súplicas.



Pulga ayuda a Polly a tenderse en un sofá.

Cuando la propietaria ve que están ensuciando sus bonitos muebles con su sangre y su suciedad, se aparta de sus invitados y le susurra a Pulga en el oído:

—Ahí no.

Hace chasquear los dedos y un viejo sirviente se adelanta. Vuelve a poner en pie a Polly.

—Por aquí —ordena la mujer—. Vamos a quitarlos de la vista de los demás.

Sacan a los niños del salón de baile y los llevan a la cocina donde los sirvientes están preparando aperitivos y cócteles para los invitados. En una sala más allá de la cocina hay un sofá.

Una vez han depositado allí a Polly, la propietaria dice:

—Cuida de ellos hasta que se acabe la fiesta. Luego llévalos a un centro

de educación.

—Sí, mi señora —responde el sirviente.

Antes de salir, la mujer dice:

—Y haz que alguien vaya a apagar la máquina de nacimientos. No queremos que la casa se nos llene de cosas de estas como si fueran cucarachas.

Cuando se va, el sirviente tiende a los niños una bandeja llena de salchichas y canapés de champiñones que ellos devoran en cuestión de minutos. Es un señor mayor, calvo y con un pequeño bigote gris.

—¿Por qué usan máquinas de nacimientos? —le pregunta Pulga—. Yo pensaba que las madres tenían a sus hijos. ¿Lo hacen para no tener que estar embarazadas?

El sirviente le da a Polly unos calmantes y le limpia las heridas. Va respondiendo las preguntas de Pulga mientras trabaja.

—Tienen que usarlas. Es la única manera de que los humanos se reproduzcan hoy en día —explica mientras venda las heridas de Polly con una gasa estéril—. Hace mucho tiempo, cuando los humanos colonizaron este planeta, descubrieron que la atmósfera era inadecuada para la vida humana. Hizo que las mujeres se volvieran estériles. Los humanos ya no se podían reproducir. Para salvarse de la extinción, tuvieron que alterar su ADN y se cruzaron con los nativos. —Y apuntando a los cuernos de Polly, termina—: Eso hizo que se produjeran muchos cambios en la anatomía humana.

»Ahora los humanos se reproducen utilizando una madre alumbradora. Los nativos no tenían dos géneros, sino tres. Los tres son necesarios para reproducirse. Hay una madre, un padre y una madre alumbradora.

—Entonces, ¿la máquina de nacimientos no es una máquina? —pregunta Pulga—. ¿Es una persona?

—Son seres vivos, pero esta sociedad no las ve como personas de verdad. Hay que crearlas en el laboratorio y, al ser «hechas» en lugar de haber nacido, son vistas como máquinas. Solo los ciudadanos más ricos se las pueden permitir.

—¿Los que son tan ricos como para permitirse una casa así de grande?

El sirviente asiente y les acerca una segunda bandeja de comida.

—Esta casa es lo que ellos llaman una supermansión —explica—. Hay docenas de ellas en todo el planeta. Cada una es como una nación en sí misma. Hay una madre alumbradora por casa, a la que mantienen en el sótano y que se

dedica a llenar la casa de niños. Esos niños son como los ciudadanos de esa nación, y los propietarios son como los gobernantes.

—Parece que estés describiendo a unos insectos —dice Pulga.

—Sí, los humanos se han convertido en una especie de insectos — conviene el sirviente—. Cada supermansión es como una colmena llena de trabajadores para servir a los padres.

—Eso suena terrible.

El sirviente niega con la cabeza.

—No es tan frío como parece. La gente es feliz. A algunos incluso se les permite ser artistas, gente que entretiene a los demás, científicos o filósofos. Es un estilo de vida bastante cómodo. Los miembros de una nación suelen casarse entre ellos, pero no les permiten tener hijos. Solo los padres de cada casa pueden reproducirse hasta que nombran a unos sucesores que asuman su puesto.

—Entonces, ¿la gente solo vive en estas mansiones? ¿Nadie vive fuera de ellas?

—En realidad hay muchas ciudades fuera de estas mansiones —responde el sirviente—. No todos los niños se quedan en la casa después de nacer. Muchos se mudan a las ciudades. El estilo de vida no es tan cómodo, pero muchos lo prefieren por estar libres del yugo de sus padres.

Polly gruñe en el sofá. Está pálida. Aunque los calmantes le han hecho efecto, sigue estando muy grave.

—No tiene buen aspecto —dice el sirviente mientras le pone una mano en la frente.

—¿Qué podemos hacer? —inquire Pulga.

—Hay una enfermería en este piso, a dos o tres kilómetros de aquí.

—¿Funciona?

—Las máquinas deberían estar operativas —responde—. Si no, puedo volver a ponerlas en marcha.

—Entonces, vámonos —ordena Pulga, y trata de levantar a Polly.

Pero el sirviente la vuelve a recostar en el sofá.

—No, no —dice—. Tenemos medio de transporte. Habría que llevarla en un carrito.

Y después de decir esto sale corriendo de la cocina.



Mientras esperan a que el sirviente vuelva, Pulga coge a su hermana de la mano. Está disgustado por lo de sus padres, pero se alegra de haber llegado a un lugar seguro en el que estar a salvo de los siniestros.

—No me lo trago... —dice Polly.

—¿Qué?

—Todo esto. No parece real.

—¿Qué quieres decir?

—Esta fiesta. Esta gente. ¿Cómo pueden estar en medio de una casa que está muerta y oscura, y comportarse como si no pasara nada? Me da escalofríos.

—Es una casa muy vieja y todavía no la han arreglado.

—Son fantasmas —sentencia Polly—. Como los siniestros que hay en los pasillos. No son más que fantasmas que viven en la luz, en lugar de la oscuridad.

—Pero si hemos hablado con ellos. Tienen que ser de carne y hueso.

—¿Te acuerdas de cuando vimos lo que hay fuera de la casa? —pregunta ella—. No había señales de vida en ningún sitio. No era solo esta casa la que estaba muerta. Eran todas. El planeta entero. La civilización desapareció hace mucho tiempo.

—Pero si están ahí mismo —contesta Pulga. Señala a los criados que están preparando comida en la cocina—. Justo delante de nosotros.

—Esa gente no puede ser real —responde Polly—. Este no es su sitio.



Los niños esperan durante más de una hora, pero el sirviente no regresa. Pulga se separa del sofá para mirar por la rendija de la puerta de la cocina y lo descubre en el salón de baile, repartiendo comida y bebida entre los invitados.

—¿Se ha olvidado de nosotros? —pregunta Pulga.

Entra en el salón y le hace señas para que se acerque.

—¿Es que no vamos a llevar a mi hermana a la enfermería, como nos habías dicho?

El sirviente lo mira como si no tuviera ni idea de qué le está hablando. Ni siquiera lo reconoce. Nadie en la estancia parece reconocerlo y, cuando los asistentes a la fiesta lo ven, dicen las mismas cosas que dijeron cuando los

niños llegaron por primera vez.

—¿De dónde puede haber salido?

—¿Es un niño?

—¿Por qué hay un niño en la casa?

Son las mismas personas las que repiten estas palabras.

Polly entra entonces tambaleándose detrás de Pulga.

—Te lo he dicho.

Pulga intenta hacer que Polly vuelva a sentarse, pero ella se niega. Los calmantes que se ha tomado todavía le están haciendo efecto, y gracias a eso puede seguir en pie.

—Mira qué cuernos y qué garras más pequeñas tiene —dice una mujer, mientras señala a Polly con el dedo—. ¡Parece un hombre!

En ese momento, los niños descubren que en el salón pasan cosas raras. Varios asistentes están en el centro de la estancia, congelados en el sitio, vibrando y mirando la nada. Algunos de ellos están atrapados dentro de la pared y se sacuden adelante y atrás. En el techo, uno de los criados da vueltas con una botella de champán en la mano, sirviendo a un grupo de invitados invisibles.

—Es igual que el colegio —observa Polly—. No es más que una simulación. Nada de esto es real.

—Pero cuando íbamos al colegio, eran nuestras mentes las que se teletransportaban hasta allí, no nuestros cuerpos.

—Debe de ser un programa distinto —dice ella—. Una habitación holográfica o algo así. Una tecnología diferente, pero al final es lo mismo.

Exploran el salón, haciendo caso omiso de los invitados pesados que los acribillan a preguntas. Hay una puerta que da a un dormitorio muy grande. Está iluminado por una luz tenue proveniente de una jaula que es exactamente igual que la que tenían.

En la cama están los restos de una persona que debió de morir mientras dormía. El cadáver debe de llevar allí años, quizá décadas.

—Debe de ser el que manejaba la simulación —dice Polly—. El último adulto vivo de esta casa, que pasó sus últimos días viviendo en un mundo ficticio.

—Tenía comida, agua, luz y compañía —contesta Pulga—. Supongo que no necesitaba nada más.

Registran la habitación y se encuentran un libro sucio junto a la cama. Al

soplar sobre la cubierta, sale una nube de polvo.

—Es su diario —anuncia Polly.

La niña pasa las páginas, y extrae pequeños fragmentos de información. Pulga espera paciente mientras ella va leyendo y tratando de enterarse de todo lo que puede sobre la vida del muerto que tienen delante.

—Aquí pone que el planeta fue abandonado hace diez años —dice ella.

—Diez años antes de que escribiera eso, querrás decir —replica Pulga—. Quién sabe cuánto tiempo hace en realidad. Puede llevar muerto cincuenta años.

Polly hace caso omiso del comentario de su hermano y sigue hablando:

—Los que vivían aquí crearon un artefacto para cambiar las órbitas de los otros planetas de este sistema para acercarlos al Sol y poderlos terraformar.

—¿Qué quiere decir eso?

Polly niega con la cabeza.

—Pero parece que algo salió mal. Ahora los planetas se van acercando poco a poco los unos a los otros, y llegará un momento en el que chocarán. A lo mejor no ocurre hasta dentro de doscientos años, pero algún día este sistema desaparecerá.

—¿Por eso veíamos esos planetas tan cerca en el cielo? —pregunta él—. Me pregunto cuánto tiempo nos queda...

—Cuando descubrieron otro mundo habitable, se fueron de este planeta —prosigue Polly—. Este hombre dice que eligió quedarse aquí porque quería morir en el lugar donde nació.

—Entonces, ¿por qué dejaron la electricidad conectada? ¿Por qué permitieron que los niños siguieran naciendo después de irse de aquí?

—A lo mejor es culpa de este hombre —contesta ella—. Decidió conectarla, pero no se dio cuenta de lo que ocurría en el resto de la casa.

Pulga deja escapar un largo suspiro cuando, al fin, Polly cierra el diario y lo deja donde estaba. Al menos ya saben qué pasó con sus padres: abandonaron el planeta, como todo el mundo. De alguna manera se siente aliviado al saber qué es lo que pasó realmente, pero al mismo tiempo le hace sentirse pequeño y solo. Irrelevante.

Va hacia la jaula de luz que hay en una esquina de la habitación. Al tocarla, se ilumina toda la estancia. Pulga se pregunta si aquella era la manera que tenían de iluminar la casa. Es como una linterna que no necesita

recargarse. Con ella estarán a salvo de los siniestros.

—Vámonos —dice Pulga, dirigiéndose a la salida.

—¿Adónde? —pregunta Polly.

—Tienes que ir a la enfermería. Todavía hay que curarte.

Veinte



Después de pasarse un rato tambaleándose por los pasillos con la jaula de luz, Pulga y Polly se topan con algo que no esperaban. Hay una niña de pie en la oscuridad, completamente quieta y que intenta no respirar para que los siniestros no la ataquen.

—¿Esa es Darcy? —pregunta Polly.

Cuando se acercan, ven que es ella y que los mira con desesperación.

—¿Qué hace ahí a oscuras?

Darcy salta para entrar en el círculo de luz cuando ellos se han acercado lo suficiente y cae al suelo de rodillas, tratando de recuperar el aliento.

—Me tenéis que ayudar —dice Darcy.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Pulga.

Cuando se acerca a ella, ve que lleva a Sanguijuela atada a la espalda, y que esta duerme plácidamente. Con toda seguridad, el bicho no se ha dado ni cuenta de que estaba en medio de la oscuridad y rodeado de siniestros.

—Babas —contesta Darcy—. Cogió mi jaula y se fue.

Pulga le quita a Sanguijuela de la espalda y se la ata a la suya. Cuando abre sus enormes ojos y lo ve, se pone a chillar y a babear, quizá porque cree que le va a dar de comer.

—¿Tu jaula? —grita Polly—. Fuiste tú quien nos la robó y luego nos abandonaste para que nos mataran los siniestros. Y ahora parece que a ti te han hecho lo mismo.

—Me tenéis que ayudar a encontrarlo —llora Darcy—. Es casi un bebé. Él solo no sobrevivirá ahí fuera.

—No es problema nuestro —contesta Polly—. Tú nos abandonaste, ¿por qué no deberíamos hacerlo nosotros?

—No os abandoné. Estaba enfadada y me fui corriendo. Cuando me di cuenta de lo que había hecho volví, pero ya os habíais ido.

—Sí, claro.

—Os estuve buscando —se defiende Darcy, y se gira hacia Pulga—. De verdad que sí.

Pulga le devuelve la mirada, pero es incapaz de decir si la niña los está mintiendo o no. Ella se le acerca y lo coge de la mano, tratando de comunicarse con él a través del calor de la palma.

—Por favor —suplica con los ojos anegados en lágrimas—. Él es todo lo que tengo.

—Muy bien —anuncia Polly—. Pero no lo haremos por ti, sino por el niño.

Darcy suelta la mano de Pulga y va hacia ella.

—¡Gracias!

—Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Dame el cuchillo —ordena Polly—. A los siniestros no les vas a hacer nada con él. Tu madre es imaginaria. Las únicas personas a las que puedes hacer daño con él somos nosotros y tú misma. Así que no lo necesitas.

Darcy baja la mirada. Antes de que se lo pueda dar ella misma, Polly se lo arrebató del cinturón y lo lanza hacia atrás. Ella ve cómo va a caer lejos, en medio de la oscuridad y fuera de su alcance.

—Tú primero. —Polly le da la vuelta a la niña y la empuja hacia delante—. Y si nos intentas quitar la jaula una vez más, te clavaré los cuernos en los ojos.



Darcy dice que Babas la abandonó porque tuvo una visión en la que su madre le decía que fuera al sótano a buscarla. Cuando ella se negó a llevarlo hasta allí, tuvo un berrinche y, cuando se descuidó, él salió corriendo con la jaula.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le pregunta Pulga a su hermana mientras vagan por los pasillos buscando al niño.

Polly se lo queda mirando.

—El sirviente dijo que la madre alumbradora vivía en el sótano —prosigue Pulga.

—Pero no era real —contesta ella—. Era una ilusión.

—Que la gente fuese de mentira no quiere decir que la información no fuese de verdad. ¿Y si la madre alumbradora sigue viva allí abajo? ¿Y si es ella la que se nos aparecía en sueños?

—¿Crees que podría seguir viva?

—Seguro que sí —responde él—. ¿Cómo crees que nació Sanguijuela, o cualquiera de nosotros? Debe de seguir ahí abajo, teniendo bebés todo el rato.

—¿De qué estáis hablando? —interviene Darcy.

Pulga le explica lo que acaban de aprender sobre la casa y el cruce entre especies. Ella escucha, pero no reacciona.

—No tenemos solo dos padres —explica él—. Tenemos tres. Una madre, un padre y una tercera llamada madre alumbradora.

—Es la que en realidad nos dio a luz —conviene Polly.

—Es nuestra madre de verdad —dice Pulga.

—Me da igual —contesta Darcy—. Vamos a buscar a Babas.

Pero a Pulga y Polly les gusta la idea de conocer al menos a uno de sus padres. Su madre alumbradora lleva mucho tiempo llamándolos en sueños, y es probable que necesite su ayuda. Lleva mucho tiempo encerrada en el sótano y alguien tiene que liberarla.

—¿Qué es eso? —pregunta Polly.

Llegan a una escalerilla en el centro del pasillo. No es la típica escalera que se han encontrado en la casa. Esta es pequeña, de espiral y está hecha de metal de color negro. Se hunde en el suelo como si fuera un taladro.

—Es aquí —dice Pulga—. La entrada al sótano.

—¿Estás segura de que el niño se ha metido por aquí? —inquire su hermana.

Darcy se acerca a los peldaños y mira por el agujero negro.

—Debe de haberlo hecho —dice.

Y empieza a bajar.



—¡Mamá!

A medida que descienden por la escalerilla de metal cubierta de musgo pueden oír los ecos de la voz de Babas.

—¿Babas? —llama Darcy.

Pero parece que este está demasiado lejos y no alcanzan a verlo.

El sótano resulta ser un hoyo profundo y cavernoso. Del techo cuelgan unas estalactitas amarillas como colmillos de demonio, y una neblina verde se alza en el ambiente. No parece que sigan dentro de la casa. Parece que estén descendiendo por un desfiladero pantanoso.

Allí no hay habitaciones. Es una cueva de decenas de kilómetros de ancho, y es tan profunda que, de estar por encima del nivel del suelo, ocuparía el mismo espacio que cinco pisos de la casa.

—¿Dónde estás, mamá? —llama Babas a través de la niebla.

Debe de andar por ahí abajo, pero podría estar en cualquier lugar. Pulga y Darcy lo buscan con la mirada mientras van bajando la desvencijada escalera. No buscan a Babas, sino la luz que llevaba consigo. Pero ven que hay varias de ellas desperdigadas por todo el sótano que parecen cientos de velas de cumpleaños esparcidas por un pastel gigante.

—Babas, ¿dónde estás? —grita Darcy—. Ven con nosotros.

A medida que se van acercando al fondo, los escalones se hacen cada vez más oxidados y traicioneros. Polly está a punto de resbalarse dos veces y tiene que aferrarse a la barandilla, que también se tambalea.

—¡Mamá! ¡Mamá! —siguen llamando la voz del niño.

—Pero ¿cómo puede estar ella aquí abajo? —pregunta Polly—. Esto parece una mazmorra.

—No la trataban como si fuera humana —explica Pulga—. La consideraban algo parecido a una máquina. Debe de estar encerrada en una celda por ahí abajo.

—O a lo mejor ni existe.

Cuando llegan al suelo, los pies se les hunden en el barro, que los succiona al instante hasta los tobillos, como si se tratara de arenas movedizas.

—¿Babas ha podido caminar por aquí? —exclama Darcy.

Ven una serie de agujeros en el barro que se alejan. El niño debería estar hundido hasta más allá de las rodillas. Les sorprende que, siendo tan pequeño, haya sido capaz de llegar tan lejos.

—Mamá... —La voz de Babas cada vez suena más lejana.

—Parece que se está alejando —observa Pulga.

—Rápido —los apremia Darcy.



Avanzan despacio por el lodazal, siguiendo la voz del pequeño. Cuando llegan hasta una de las luces que hay desperdigadas por el sótano, se dan cuenta de que se trata de otra jaula de planetas, tirada de lado.

—¿Es la de Babas? —pregunta Darcy.

Pulga la examina y ve que está cubierta de musgo y un poco oxidada.

—No —responde al tiempo que se la tiende a la niña—. Esta lleva un tiempo aquí tirada.

Siguen caminando y se topan con otra. Y luego otra. Todas las luces del sótano resultan ser jaulas de planetas. Parece que estén formando un rastro, como si crearan un camino seguro a través del barrizal. De hecho, les da la sensación de que mientras siguen el recorrido de las luces no parece que caminen por arenas movedizas. Y a juzgar por lo que parecen marcar las huellas, es el mismo camino que debe de haber seguido Babas.

—¡Mamá! ¡Mamá! —lo oyen gritar. Ya no parece preguntar por su madre, sino que la llama a gritos.

Darcy acelera el paso a través de la neblina verde, saltando por encima de rocas y agrupaciones masivas de setas.

—¡Ayuda! —llora Babas—. ¡Ayúdame, mamá!

Cuando lo ven, este está encogido de miedo debajo de una criatura tan alta como el propio sótano. Es una enorme masa carnosa medio sumergida en el barro. De su cráneo blanco surgen unas antenas del tamaño de árboles que se retuercen en la niebla.

—¡Babas! —grita Darcy, y se lanza hacia él.

La bestia gigantesca baja la cabeza y succiona a Babas con la boca, sorbiéndolo con unos labios negros y gomosos. La criatura gime mientras lo chupa, como deleitándose con su sabor.

—¡Mamá! ¡Ayuda!

El niño trata de revolverse contra la criatura, pero hasta la lengua de esta es más grande que él. Darcy corre por el barro, sin importarle el tamaño de la bestia, y agarra a Babas de los brazos.

—¡Mamá! ¡Mamá!

El niño no llama en realidad a su madre, sino a Darcy, que es quien lo ha criado desde que nació.

—Sálvame, mamá. No dejes que se me coma.

—Ya estoy aquí, mi bebé —dice Darcy, que tira del niño y golpea a la criatura en sus labios pegajosos.

La criatura observa a Darcy con unos ojos como globos mientras intenta tragarse al niño. Ella grita y la patalea, sin dejar de tirar de él, luchando contra la succión.

Pulga sale corriendo para ayudar a Darcy después de coger a Sanguijuela

y tendérsela a Polly, quien la suelta en el suelo. Cuando llega hasta allí, coge a Darcy por la cintura, y haciendo palanca con las piernas contra la boca de la bestia, tira con todas sus fuerzas. Babas se libera con un chasquido.

Entonces lo cogen y salen corriendo.

—¡Vámonos de aquí! —grita Pulga.

Huyen a través del barro, escapando de la enorme bestia, tan rápido como pueden. Pero las piernas no les van lo suficientemente rápido. Parece que se estén hundiendo en arenas movedizas.



—¿Adónde vais, mis pequeños?

Los niños se quedan congelados. Pulga reconoce la voz. La ha oído casi todas las noches desde que tenía la edad de Babas: es la voz de su madre de papel.

Se da la vuelta.

—¿Es que no os alegráis de verme? —pregunta su madre.

La voz proviene de la criatura, cuyos labios negros se curvan en una sonrisa. Ahora que Pulga tiene oportunidad de examinarla, ve que casi parece humana. Sus ojos de alienígena son dos globos azules, pero la nariz y la boca tienen la misma forma que las de una mujer.

—No puede ser... —alcanza a decir.

—¿Es ella? —pregunta Polly, quien tiembla al ver el tamaño real que tiene la mujer —. ¿Es la madre alumbradora?

—Mamá está muy contenta de veros —dice la bestia, y su voz retumba por toda la caverna—. Llevo mucho tiempo esperando a que vengan más hijos míos a verme.

La mujer tira de sí misma para salir de las arenas movedizas y deja su abdomen insectoide al descubierto. Tiene una forma a medio camino entre humana, animal y de insecto. Unos pechos cubiertos de barro le cuelgan del torso como masas de pudín amorfo. El abdomen se le extiende hacia fuera, como si se derramara. En el centro le cuelga un agujero rodeado de costras, a modo de ombligo. Unos tubos le surgen de la parte inferior del tronco y se conectan con el techo en una docena de direcciones distintas.

—¿Eres la madre alumbradora? —le pregunta Pulga.

La criatura sonríe.

—Soy la Humana Reina —contesta—. Soy la madre de todos los niños de esta colmena. Cada año, un centenar de mis huevos son enviados hacia los nidos que hay más arriba, donde crecéis sanos y fuertes.

El gigante flácido repta hacia delante como un gusano, lo que hace que el suelo tiemble bajo los pies de los niños.

—Mis compañeros me dejaron aquí para que me las arreglara por mí misma —explica la reina—. Me alimentaba con regularidad a través de unos tubos que me mantenían saciada, pero un día, la comida dejó de llegar.

La criatura se les va acercando, pero los niños no huyen. Están hipnotizados por la mirada de su madre.

—Así que implanté un mensaje en los embriones de todos los huevos que puse: «Ven a buscarme». Esas palabras retumban en la mente de cada uno de mis hijos a medida que crecen. Y cuando son lo suficientemente mayores como para salir de la guardería, eso es lo que hacen siempre. Vienen con mamá.

Pulga mira a su alrededor y observa todas las jaulas de luz que hay desperdigadas por el suelo del sótano. Todas ellas las llevaban niños que bajaban hasta allí en busca de su madre.

—Es de lo más triste —prosigue la madre—. Pero tengo que comer. Tengo que sobrevivir, aunque me tenga que comer a mis pequeñines. —Los mira desde arriba, y se relame con una lengua gorda y blanca—. Venid con mamá. Salvadla del hambre terrible que siente.

La criatura abre la boca en dirección al grupo de niños. Ninguno de ellos se mueve: están demasiado cautivados como para escaparse.

Pero antes de que sus labios los toquen, Pulga alza los brazos y grita:

—¡Basta!

La madre abre aún más los ojos para mirarlo.

—Tiene que haber otra manera —dice el niño.

—Oh, no hay ninguna otra manera, mi pequeño. Es el nuevo ciclo vital. Yo pongo los huevos, los niños salen del cascarón en las guarderías, crecen, vienen hasta mí para que me los coma, y así puedo seguir viviendo para producir más huevos. Si no como, la especie humana se extinguirá en este planeta.

—Pero entonces, ¿qué sentido tiene que crezcamos si al final vamos a ser comida?

—Has tenido una infancia feliz, ¿no? —inquire ella—. Te han cuidado y te han dado de comer. Has llevado una vida mucho mejor que la de otros seres

vivos. Tu sacrificio hará que otros niños puedan vivir igual que tú. ¿No ves lo necesario que es? Sin tu sacrificio, es el fin.

—Es el fin, igualmente —contesta Pulga—. Las guarderías se están muriendo una a una. Se están quedando sin electricidad. Tus huevos han estado yendo a parar a nidos muertos. Nuestro sacrificio no servirá para el futuro de nuestra especie. No servirá para nada.

—¿Has visto esos nidos muertos? —pregunta la reina.

—Sí. Hay que arreglarlos. Si alguien no hace algo para arreglar las máquinas, no sobrevivirán más niños.

—Mis hijos casi no han venido a verme durante estos últimos años —dice la madre—. Temía que les hubiese ocurrido algo así. ¿Eres capaz de arreglar las máquinas?

—No, pero puedo aprender —responde él.

—Muy bien. A ti no te comeré para que puedas arreglarlas.

La madre abre la boca para comerse a los demás.

—¡Eh! —grita Pulga—. ¿No has dicho que no nos ibas a comer?

—He dicho que no te iba a comer a ti. No he dicho nada de los demás.

—No puedo hacerlo yo solo. Los necesito.

—Tengo que comerme a alguno de vosotros. Llevo mucho tiempo sin comer.

—No hace falta que nos sigas comiendo —dice el niño—. Te podemos traer algo de las máquinas de comida. No tardaremos.

—No —responde la madre—. Si os pasa algo por el camino, me moriré de hambre. Me tengo que comer al menos a uno de vosotros. Observa a los niños uno a uno.

—Tú —le dice a Polly—. Acércate.

Polly da un paso adelante y Pulga se interpone entre ellas, tratando de hacer retroceder a su hermana.

—Cariño, no podrás sobrevivir con esas heridas —le dice a la niña con una sonrisa—. Deja que mamá se te coma.

Polly intenta apartar a su hermano y acercarse a la boca de la criatura.

—Deja que acabe con tu sufrimiento.

—Polly, apártate de ella —dice Pulga.

—No —responde ella, mirando a su hermano—. Tiene razón. Los dos sabemos que no lo voy a conseguir.

—Sí que lo conseguirás —contesta él—. Solo tenemos que llegar a la

enfermería.

—No hay ninguna estación médica, y lo sabes. Todo lo que hay arriba lleva muerto mucho tiempo.

—Eso no lo sabemos —replica Pulga—. Podemos intentarlo.

—Basta ya, Pulga. —Polly lo mira a los ojos—. Vale ya de intentar salvarme. —Le pone las manos en los hombros—. Hace tiempo que debería estar muerta, pero tú sigues salvándome y empujándome hacia delante. ¿Tienes idea de cuánto dolor he tenido que aguantar porque no me has dejado abandonada?

Polly abraza a su hermano.

—Estoy muy cansada. Quiero que me dejes ir.

Pulga le devuelve el abrazo, pero no cree que vaya a ser capaz de dejarla.

—Esa es mi niña —dice la criatura—. Eres una niña buena, y las niñas buenas saben cómo hacer feliz a mamá.

Polly abandona a su hermano y se dirige hacia su madre alumbradora, que baja la boca hacia ella.

—Entra en mí, mi pequeña —susurra la bestia—. Déjame saborear tu amor.



Cuando Pulga ve a su hermana entrar en la boca de la criatura, siente que estalla de ira. No se puede creer que se vaya a dejar morir de esa manera después de todo por lo que han pasado. La madre alumbradora no es más importante que Polly. El planeta va a morir de todos modos, no hace falta que la especie humana continúe. La madre alumbradora ya no es necesaria.

—¡Polly! —grita, y sale corriendo para agarrar a su hermana de la astas y tirar hacia atrás. La criatura cierra los labios alrededor de la parte inferior de su cuerpo.

—No voy a dejar que te vayas —dice.

—¿Qué te he dicho? —grita Polly—. He dicho que dejes de intentar salvarme de una vez.

—¿Cuándo te he hecho caso?

La coge de los brazos y tira, a la vez que hace palanca contra los labios de su madre.

—Eres un inútil.

Darcy corre en su ayuda. Se saca un cuchillo de la bota y apuñala a la criatura en la boca. Aunque no le produce ningún daño de consideración, para ella es como la picadura de una abeja. La bestia escupe a Polly y retrocede.

Pulga pone a su hermana en pie, mientras esta mira a la otra niña, que blande el cuchillo frente a la criatura, enloquecida.

—Pensaba que lo había tirado —exclama Polly, mirando el cuchillo.

—¿Y tú te crees que solo tenía uno? —replica Darcy, con una sonrisa.

La bestia ruge y hace que el suelo tiemble bajo sus pies.

—¿Cómo te atreves a tratar así a tu madre? Los niños buenos no se niegan a alimentar a su pobre madre hambrienta. Sois muy malos. Ahora os voy a comer a todos.

Abre la boca para atacarlos, moviéndose demasiado rápido como para que los niños puedan escapar. Pero entonces algo detiene a la reina. Se queda congelada y ruge débilmente.

—¿Qué me pasa? —se pregunta la madre—. Estoy mareada. Estoy muy cansada...

La criatura se mece hacia delante y hacia atrás, y tiene dificultades para mantenerse erguida. Cuando Pulga ve qué es lo que hace que se esté debilitando, apenas puede dar crédito. En la espalda de la madre alumbradora hay un globo rosa enganchado del tamaño de un hipopótamo pequeño. El globo se va haciendo cada vez más grande a cada momento que pasa.

—¿Es Sanguijuela? —pregunta Polly.

El bebé ha estado todo ese tiempo bebiendo sangre de la madre alumbradora, engullendo como loco. Entonces Pulga ve que era verdad, que un bebé humano tiene un estómago sin fondo.

—Deja de comerte a tu madre —le pide la criatura—. Le estás haciendo daño a mamáita.

La madre alumbradora intenta sacudirse a Sanguijuela, pero no le quedan fuerzas. Pierde la consciencia y se desploma sobre el barro, lo que hace temblar el suelo.

Los niños se miran los unos a los otros y luego al globo enorme en el que se ha convertido Sanguijuela.

—¿Hacemos que pare o dejamos que le acabe de chupar toda la sangre al monstruo? —pregunta Darcy.

—Mejor detenerla —dice Pulga, negando con la cabeza—. Si sigue

bebiendo, va a explotar.

Entonces se ponen a escalar por el cuerpo carnoso de la criatura mientras se preguntan cómo van a desenganchar al bebé.



—No es como me la esperaba —le dice Polly a su hermano al observar al monstruo gigante de carne que tienen delante.

—¿Quién? —pregunta Pulga.

Mientras va haciendo rodar por el barro la enorme bola chillante en la que se ha convertido Sanguijuela, con cuidado de que no se reviente contra una roca puntiaguda.

—Nuestra madre. Pensaba que iba a ser más guapa.

—Y yo pensaba que iba a ser más bajita —ríe él.

Polly sonríe por un momento, pero no le dura mucho.

—Así que esto es todo. Al menos podré morir satisfecha de haber conocido a mi madre.

—No te vas a morir —dice Pulga.

—Claro que sí.

—Mírate. Aún no te has muerto, sigues andando.

—Es por los calmantes.

—Da igual si es por los calmantes o no. Un humano de los de antes ya estaría muerto, pero tú no eres humana. Eres un híbrido de humana y terranio. Eres más fuerte que un humano normal. Aunque no encontremos nunca una enfermería que funcione, creo que sobrevivirás igualmente.

Polly se encoge de hombros.

—Da igual si sobrevivo o no, ¿verdad? —pregunta—. No tenemos nada que hacer. No tenemos futuro. Todos están muertos o se han ido del planeta. Esta casa no es más que un montón de ruinas. Es el final.

—No es el final —niega Pulga—. Es solo el principio. Podemos reconstruir este sitio.

—¿Con qué?

—Tenemos todas esas luces. —El niño señala las jaulas que están desperdigadas por el sótano—. Podemos estar a salvo de los siniestros. Podemos explorar la casa habitación por habitación y encontrar a los otros niños que viven aquí. Y seguro que habrá otros robots y otras tatas que nos

puedan ayudar a arreglar cosas.

—Pero habrá cosas que los robots y las tatas no sabrán hacer, como arreglar a otros robots.

—Seguramente habrá libros sobre el tema en algún sitio. También tenemos un salón de baile lleno de adultos de los que podemos sacar información.

—Pero esos adultos no son reales.

—Ya, pero tampoco lo eran nuestros profesores y nos enseñaron todo lo que sabemos.

Darcy los adelanta. Va sacando jaulas del barro con Babas. Entonces, le susurra a Polly en el oído:

—Hazle caso. Sabe de lo que habla.

Luego mira a Pulga y sonrío antes de seguir andando.

Polly niega con la cabeza y observa el lodazal iluminado por luces parpadeantes.

—¿De verdad crees que lo podemos conseguir? —le pregunta.

Pulga le pone el hombro para que se recueste.

—Pues claro que podemos.

Epílogo



Suena el timbre de la guardería 637.

Los niños salen corriendo de la habitación de los juguetes, nerviosos y preguntándose si al final su sueño se va a hacer realidad. Uno tiene cinco años y el otro, diez. Ninguno de los dos puede evitar sonreír.

—Tata, ¿qué es ese ruido? —pregunta la niña pequeña.

—No lo sé, Sally —contesta la tata—. A lo mejor son tus padres, que vienen de visita.

Los niños se miran el uno al otro con la boca abierta. Van detrás de la tata hacia la entrada de la guardería y miran desde la esquina.

—¿Crees que son ellos? —le pregunta al niño.

—No lo sé...

La tata descorre los cerrojos y abre la puerta. En el umbral hay un hombre y una mujer y, cuando los niños los ven, se les ilumina la mirada. El hombre tiene el pelo corto negro y está muy elegante con su traje marrón bien planchado. La mujer, con sus astas altas y majestuosas, y su pelo largo y azul es muy bella.

—Entrad —los invita la tata. Entonces se gira hacia los niños, abriendo el camino—. Niños, tenéis visita.

Los niños dan un paso adelante con timidez, todavía sonrientes. La niña pequeña mira a la mujer de largo pelo azul y astas gigantescas.

—¿Eres mi mamá? —le pregunta.

La mujer se inclina y sonríe a la niña.

—Sí, soy yo.

Cuando coge a la niña en sus brazos, la calidez que sienten es abrumadora para ambas. La pequeña se acurruca en el pecho de su madre y hunde la cara entre su ropa para absorber su olor.

Su hermano mayor avanza hacia el hombre.

—¿Es verdad? ¿De verdad sois nuestros padres?

—Así es —anuncia el hombre, y pone una mano en el hombro del niño.

—¿Habéis venido a buscarme? —pregunta este—. ¿Ha llegado la hora de

que me vaya con vosotros?

—No irás muy lejos —asiente el padre—. Solo a otra zona de la casa. Hay mucho trabajo por hacer, y nos serás de gran ayuda.

—¿Y qué pasa con Sally? Se va a quedar sola.

—No te preocupes por ella. Dentro de poco va a tener un hermanito, así que no estará sola. Además, tiene a la tata, que cuidará de ella.

—Pero la voy a echar de menos —replica el niño.

El padre se sorprende al ver que el niño se preocupa tanto por su hermana pequeña. Su hermana lo habría abandonado de haberse encontrado en el pellejo del niño.

—La volverás a ver cuando tenga tu edad —le explica el padre—. No será tanto tiempo.

—¿Podré venir a visitarla?

—Por desgracia es muy peligroso. Esta zona de la casa todavía está desprotegida.

—¿Te refieres a los acechadores?

—Sí —responde el adulto—. Los pisos inferiores de la casa ya son seguros. Allí hay puertas de sombra que los acechadores no pueden atravesar, pero aquí arriba los pasillos son peligrosos. Cuando te vas, ya no puedes volver.

El niño asiente.

—Ahora, ve a por tus cosas —dice el padre—. Tenemos un camino muy largo por delante.

El niño vuelve a asentir y sale corriendo a su habitación para prepararse.

El padre observa a la niña, quien rodea con sus brazos el cuello de su esposa. Ríen y se frotan la nariz la una a la otra. Se han enamorado al instante. Es el efecto que tiene la mujer sobre todos los niños a los que han ido a visitar en las guarderías.

—Ven a que te enseñe mis juguetes, mamá —dice la niña.

La mujer deja a la niña en el suelo.

—Muy bien, vamos a jugar.

La niña guía a su madre de la mano y la lleva a la habitación de los juguetes sin parar de reír y de gritar de contenta durante todo el camino.



El hombre se queda a solas con la tata en el vestíbulo. Ella lo mira de arriba a abajo y niega con la cabeza.

—No sois los verdaderos dueños de la casa, ¿verdad?

El hombre le sonrío, sorprendido de que haya sacado esa conclusión tan rápido.

—¿Cómo lo has sabido?

—Se nota que os importan mucho los niños —contesta ella—. Sus padres de verdad les habrían exigido que les quisieran sin ofrecer nada a cambio.

El hombre se ríe y dice:

—Bueno, sus verdaderos padres abandonaron la casa hace mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo?

—Encontraron un sitio mejor donde vivir y dejaron atrás a los niños. Todos los adultos hicieron lo mismo.

—Pero tú eres un adulto, ¿no?

—No siempre lo he sido —responde—. Mi esposa, mi hermana y yo no somos más que unos niños que decidieron arreglar la casa. Fuimos de guardería en guardería, buscando a otros niños que nos ayudasen. Los primeros diez pisos ya tienen todos luz. Allí viven setenta y seis personas.

—Vamos a mi habitación, no sea que los niños nos oigan —sugiere la tata—. No están preparados para escuchar esta información.

El hombre está de acuerdo. Sigue a la tata hasta su dormitorio y se sienta con ella a la pequeña mesa que hay junto a la cama.

—Los niños más pequeños empezaron a llamarnos papá y mamá —prosigue—. Así que decidimos asumir ese papel. No somos los adultos más mayores, pero parece que somos los únicos que estamos dispuestos a aceptar la responsabilidad.

El hombre le explica a la tata su experiencia en la casa y qué ha sido de la vida humana. Lo único que omite es que el planeta en el que viven desaparecerá algún día. Hace mucho tiempo decidió que lo mejor sería que no lo supiese nadie; al menos, durante unas décadas. Todavía deben de faltar unos ciento cincuenta años antes de que llegue el final, lo que no es una mala esperanza de vida para una civilización. Quizás algún día descubran alguna forma de salir del planeta tal y como hicieron sus padres para encontrar un nuevo mundo.

—Entonces las cosas han cambiado mucho ahí fuera, ¿no? —dice la tata.

—Quizás a mejor —responde el hombre—. He leído mucho sobre la

sociedad de mis padres, y no creo que nos gustase mucho.

—No. Yo tampoco creo que le gustase a nadie —conviene la tata—. Por ese motivo, estas guarderías se parecen más a la vida de épocas pasadas, cuando la sociedad humana era más agradable. Más... *humana*.

El hombre asiente.

—Las tatas siempre habéis hecho un gran trabajo criando a los niños.

Le sonrío a la tata cuando esta no se da cuenta, y mira para otro lado antes de que lo descubra.

—Tengo que pedirte un favor —le dice.

—¿De qué se trata? —La tata alza las cejas.

—Solo será por un momento, pero puedes negarte si no quieres. De todas maneras, no sé si dará resultado...

Pone algo encima de la mesa. Es una caja envuelta en una camisa.

—¿Qué es esto? —pregunta ella.

Él la empuja en dirección a ella. Mientras la tata lo desenvuelve, él explica:

—Hace poco volví a mi guardería, después de diez años. Había un incendio cuando nos fuimos de allí y se quemó todo, así que supuse que no habría quedado gran cosa del cuerpo de mi tata. Hasta que la encontré...

La tata abre la caja, que contiene un chip grande.

—... y vi que su tarjeta de memoria seguía intacta. Me la guardé.

La tata contempla el chip.

—¿Crees que podría tener arreglo?

—Sí —responde ella—, solo habría que limpiarlo un poco. Está algo corroído, pero podría hacer que volviera a funcionar.

Se levanta y va a buscar sus herramientas para limpiarlo, pero el hombre la detiene.

—Ese no es el favor que te estaba pidiendo. Me preguntaba si me dejarías ponértelo. Solo durante un momento. Volveré a poner el tuyo en su sitio enseguida. —Se queda mirando el chip—. Nunca tuve ocasión de despedirme de ella.

La tata le pone una mano en el hombro.

—Por supuesto. Espera un momento. Ahora vuelvo.



El hombre está sentado en el jardín junto al robot, al que está poniendo el chip para volverlo a encender. Cuando la tata vuelve a la vida, respira hondo y exhala con una sonrisa mientras contempla las caléndulas en flor.

—Hola, tata.

Ella gira la cabeza y mira al hombre que tiene al lado. Al principio no lo reconoce, pero entrecierra los ojos para mirarlo mejor y dice:

—¿Ricky? ¿Eres tú?

—Sí, Tata Warbrough. Soy yo.

—Qué grande estás —exclama, y los labios se le curvan en una sonrisa.

—Bueno, es que has estado ausente durante mucho tiempo —explica él.

—¿Sí? —pregunta la Tata Warbrough. Se gira hacia las flores y asiente —. Sí, supongo que he...

El hombre se acerca a la tata y le coge la mano. Le da igual de lo que hablen, solo quiere estar con ella.

—Entonces, ¿qué ha sido de ti? ¿En qué clase de hombre se ha convertido el travieso Ricky?

Él decide no contarle nada acerca del mundo que hay más allá de la guardería. No quiere que sepa nada de lo que ha tenido que pasar.

—Bueno, soy feliz —dice—. Trabajo muy duro y tengo mucha responsabilidad. Intento ayudar a la gente siempre que puedo.

La tata sonrío y le da unas palmaditas en la rodilla.

—Ese es el Ricky que me imaginé. ¿Te has casado?

—¿Te acuerdas de Darcy, la niña de la que siempre había estado enamorado en el colegio?

—Lo sabía —contesta la tata.

—¿Qué quieres decir con que lo sabías?

—Sabía que un día la acabarías encontrando y te casarías con ella. Vuestro destino era estar juntos.

—Pero ¿cómo podías saberlo? —No pensaba que se llegaría a acordar del nombre de Darcy—. La niña que me gustaba en el colegio no era real.

—El colegio funciona así. Está diseñado para mostrarte una versión ficticia de la mujer con la que estás destinado a pasar el resto de tu vida.

—Tengo mucha suerte de haberla encontrado.

—¿Y qué ha sido de Polly? ¿Qué está haciendo?

—Ahora es médico —responde él—. Es una persona muy importante en la casa. Se casó con un hombre un poco más mayor. Está considerado el

hombre más guapo y popular de la casa, pero si le preguntas a ella, te dirá que es un completo inútil.

La tata ríe.

—¿Y Kajhug? ¿Cómo está?

—¿Quién?

—Tu hermana pequeña.

Se para a pensar por un momento, pero enseguida recuerda.

—Oh, te refieres a Sanguijuela. No me acordaba de que la llamabas Kajhug. Nadie la ha vuelto a llamar así.

La tata parece un poco decepcionada de que al final se la conozca por su apodo.

—Está hecha una gamberra. Hace lo que quiere cuando quiere, y nunca escucha a nadie. No para de meterse en problemas.

—Parece que ha salido a su hermano mayor —observa la tata.

—Me da miedo el día en el que le salgan los cuernos.

El robot vuelve a reír.

Los dos se quedan sentados en la habitación del jardín durante lo que parecen horas, contemplando las flores y recordando los viejos tiempos de la guardería. Él desearía que el momento durase para siempre, pero sabe que la guardería tiene que recuperar a su niñera.

—Tata, quería decirte que... —Aparta la vista de las flores para mirarla a la cara—. Gracias. Gracias por todo.

—No tienes que darme las gracias por nada, Ricky —dice, negando con la cabeza.

—Sí, tata. Me pasé la vida buscando a mi madre porque necesitaba encontrar a alguien que me quisiese y me reconfortase, que me leyese cuentos cuando estaba aburrido, y que se quedase despierta conmigo cuando tenía miedo. Todas las noches soñaba con mi madre. Me pasé la vida haciendo dibujos de cómo pensaba que podría ser.

—Por supuesto, todos los niños son así.

—Encontré uno de esos dibujos —explica—. Estaba escondido en el espacio de ventilación de la guardería, donde el fuego no llegó a entrar.

Se saca el dibujo doblado del bolsillo.

—Recuerdo que era el dibujo de mi madre del que más orgulloso me sentía, el que yo pensaba que había capturado su verdadera esencia. Pero durante el resto de mi vida no logré recordar cómo era, ni por qué lo había

escondido. —Desdobla el dibujo y dice—: Hasta que lo vi.

Se lo tiende a la tata, que se lo queda mirando y dice:

—Pero si soy yo.

El hombre asiente.

—Me pasaba la vida deseando estar con mi madre, pero no me daba cuenta de que en realidad ya estaba con ella. —Le coge el dibujo de las manos y lo aparta—. Si no hubiese estado prohibido abrazarte, no habría necesitado ninguna otra madre en toda mi vida.

La tata asiente y le pone la mano en el hombro.

—Bueno, ahora ya eres un hombre adulto. No hace falta que sigas cumpliendo las reglas.

—No, no hace falta.

Abraza a la anciana con todas sus fuerzas. La aprieta tanto que puede notar la máquina caliente bajo la piel sintética. El abrazo que ella le devuelve lo hace sentir como si al fin hubiese encontrado aquello que siempre había estado buscando. Al fin puede abrazar a su madre por primera vez en su vida. Y como sabe que ese abrazo es también el último, se asegura de que lo recordará durante el resto de su vida.

Mientras se abrazan, la tata vuelve a mirar el dibujo, que se ha caído al suelo. En él, se dan la mano y ambos tienen unas enormes sonrisas pintadas con ceras. Encima del niño está escrita la palabra «Pulga» con letra desgarrada. Encima de la tata, la palabra «Tata» está tachada y al lado hay otra: «Mamá».

Tras quitarle el chip, unas lágrimas caen en el regazo del hombre, pero es incapaz de decir si son suyas o provienen de los ojos mecánicos de su madre.

SOBRE EL AUTOR

CARLTON MELLICK III es uno de los autores más destacados del movimiento bizarro y quizás uno de los autores más prolíficos de su generación con cerca de cincuenta novelas publicadas desde 2001. En 2010 ganó el premio Wonderland por su novela *Warrior Wolf Women of the Wasteland* y sus relatos han aparecido en la revista *Vice* y en antologías como *The Year's Best Fantasy and Horror* o *The Best Bizarro Fiction of the Decade*. Puedes visitar su web en carltonmellick.com.

Orciny Press

Colección Midian

1. *Fantasma*. Laura Lee Bahr
2. *La casa de arenas movedizas*. Carlton Mellick III
3. *Bienvenidos al bizarro*. Varios autores (En preparación)
4. *Skullceack City*. Jeremy Robert Johnson (En preparación)

WWW.ORCINYPRESS.COM

«El movimiento bizarro es la literatura *outsider* definitiva.»

3AM MAGAZINE

«El equivalente literario a las películas de David Lynch o Tim Burton. Un género en alza que es como la sección de películas de culto de un videoclub.»

HORROR WORLD

«El Bizarro es fascinante, sesudo, inteligente y, lo que es más importante, la hostia de divertido.»

THE PEDESTAL MAGAZINE

«A veces cómico, a veces violento, a veces sexualmente explícito (si no todo esto a la vez) y sin miedo a ofender.»

DETAILS MAGAZINE

«El bizarro es a ratos repulsivo, estúpido y grosero. Pero en sus mejores momentos también es cautivador, inteligente y bien escrito. Cualquier género literario que puede ser bueno y malo al mismo tiempo merece la pena ser leído.»

THE GUARDIAN

¿QUÉ ES EL BIZARRO?

1. Bizarro, en pocas palabras, es el género de lo extraño.
2. Es el equivalente literario de la sección de culto de un videoclub.
3. Como las películas de culto, el bizarro a veces es surrealista, a veces vanguardista, a veces ridículo, a veces sangriento, a veces al borde de la pornografía y casi siempre una ida de la olla.
4. El bizarro no solo se esfuerza en ser extraño sino también fascinante, que haga pensar y sobre todo que sea divertido de leer.
5. El bizarro suele tener cierta lógica de dibujos animados que, al aplicarla al mundo real, crea un universo inestable en el que lo grotesco se convierte en normal y lo absurdo toma cuerpo.
6. El bizarro fue creado por un grupo de pequeños editores independientes como respuesta a la demanda de buena ficción extraña y al gran número de autores que se están especializando en ella.
7. El bizarro es como:
 - Franz Kafka combinado con John Waters.
 - El doctor Seuss del postapocalipsis.
 - Takashi Miike combinado con William S. Burroughs.
 - *Alicia en el País de las Maravillas* para adultos.
 - *Anime* dirigido por David Lynch.

Aunque los bizarros son en su mayoría un puñado de *outsiders* cuya obra está considerada *underground* y de culto, han conseguido granjearse el respeto de la industria editorial y han sido alabados por gente como Chuck Palahniuk, Christopher Moore, William Gibson, Jonathan Lethem, Piers Anthony, Cory Doctorow, Poppy Z. Brite, Michael Moorcock o Charles de Lint, por nombrar a unos pocos; así como las publicaciones *Asimov's Science Fiction*, *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, *Fangoria*, *Cemetery Dance*, *Publishers Weekly*, *The Washington Post*, *The Guardian*, *Details Magazine*, *Gothic Magazine*, o *The Face*, entre otras. Algunos de los escritores han sido finalistas de los premios Bram Stoker, Philip K. Dick, Rhysling, Wonderland y Pushcart.

El Bizarro no es solo literatura *weird*. Es literatura *weird* de la buena, y crece exponencialmente día a día, así que la ames o la odies, te la vas a seguir

encontrando durante los próximos años.

NOTA: La *Bizarro Fiction* (o género bizarro, literatura bizarra o ficción bizarra) toma su nombre de la acepción inglesa, que significa «extraño, disparatado, grotesco». La definición que ofrece la RAE de su acepción en español es de «valiente». Sea como sea, en Orciny Press pensamos que ambas acepciones le vienen bien a la definición del género. Porque «valiente» es como se les llama a veces a los locos, ¿no?

¡APOYA A UNA PEQUEÑA EDITORIAL INDEPENDIENTE!

Orciny Press es una *small press*, es decir, una pequeña editorial independiente que además autodistribuye sus libros. Queremos hacerte llegar grandes historias fuera de lo común y nos gustaría poder hacerlo durante un tiempo siendo fieles a nuestra filosofía. Por eso, si te gustan nuestros libros, pedimos tu apoyo para que nos ayudes a difundirlos. Además de comprarlos hay muchas cosas que puedes hacer y por las que te estaremos eternamente agradecidos. Estas son algunas:

- Dile a tus amigos que te han gustado nuestros libros. El bocaoreja es la mejor arma.
- Tuitea o comparte en Facebook que estás leyendo alguno de nuestros libros.
- Escribe una reseña en tu blog, en Goodreads, en Lektu o en la plataforma donde los hayas comprado.
- Pregunta por ellos en tu librería independiente favorita. Si contactan con nosotros, se los haremos llegar.
- Anima a nuestros autores a seguir escribiendo y diles lo mucho que te ha gustado su obra.
- ¿Conoces a algún periodista cultural? Dile lo mucho que te ha gustado.
- Apúntate a nuestra newsletter: a lo mejor sacamos más cosas que te interesan.

Todo esto hará que le sonemos a la gente y nos pueda tener en cuenta a la hora de elegir su próxima lectura. Muchas gracias por hacerlo posible.

www.OrcinyPress.com

Twitter: @OrcinyPress

Facebook: /OrcinyPress

Instagram: /OrcinyPress

Notas

[1] Juego que consiste en una pelota de voleibol fijada a una cuerda, fijada a su vez a un poste de metal. Cada uno de los dos jugadores trata de golpear la pelota en un sentido (uno en el de las agujas del reloj, y el otro, opuesto) y gana aquel que consigue enrollar la cuerda al poste. (*N. del T.*)

